

Es TIEMPO DE **PREDICAR**



PRINCIPIOS DE FORMACIÓN PARA PREDICADORES

SEBASTIÁN ESCUDERO

Es TIEMPO DE PREDICAR

Autor: Sebastián Escudero

Primera Edición

ISBN: 978-987-98539-3-1

Córdoba, Argentina, 2021

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Derechos reservados

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Sebastián Escudero es un predicador, músico, profesor de Teología y escritor Católico. Nació en Córdoba (Argentina) en 1979. Está casado con Belén, con quien comparte el llamado de la evangelización itinerante. Tienen dos hijos: Pablo Gedeón y Caleb. Convocado para predicar y cantar en distintos eventos cristianos de su país (al cual lo ha recorrido de punta a punta en sus 23 provincias evangelizando) y de otros países, lleva más de 23 años anunciando la Palabra de Dios a miles de personas en más de cien ciudades de América y Europa, en países como Inglaterra, Francia, España, Estados Unidos, México y casi toda Latinoamérica.

Es profesor de Teología, profesión que ejerce dando clases en los institutos San Pablo Apóstol y en el Instituto Católico Superior que pertenecen al Arzobispado de la provincia de Córdoba.

Pertenece a la Renovación Carismática Católica, donde actualmente sirve como servidor responsable de la comunidad de oración “La Cueva de Adulam” de Córdoba capital.

Ha escrito doce libros sobre distintas temáticas (Cómo superar las crisis, Amor de Dios, liderazgo, noviazgo, matrimonio, superación, autoestima, fe, sanación interior, etc.). Casi todos los libros son editados y distribuidos a nivel mundial por Editorial Claretiana. La mayoría de sus libros tienen varias ediciones. El primero que escribió, “Enfrentando la tormenta”, lleva catorce ediciones.

Además, ha grabado nueve Cds de música católica junto a músicos como Jonatan Narváez, Kiki Troia, Daniel Poli, Metanoia, Pablo Collazo, José Luis Melgar, Itala Rodríguez, Juanjo Cabrera, etc.

Es TIEMPO DE **PREDICAR**

CONTENIDO

Introducción.....	9
<u>Capítulo 1:</u> EXCUSAS PARA PREDICAR.....	13
No me digas que no podrás.....	15
Primera excusa: la edad.....	18
Segunda excusa: la falta de santidad.....	20
Tercera excusa: las limitaciones físicas y/o psicológicas.....	22
<u>Capítulo 2:</u> CARACTERÍSTICAS DE UN PREDICADOR.....	27
El mensajero.....	29
1. La perseverancia.....	29
2. La vida de oración personal.....	32
3. La integridad.....	34
El mensaje.....	37
La pasión en la predicación.....	39
Predicar es mucho más que hablar.....	53

<u>Capítulo 3:</u> TÉCNICAS DE ORATORIA.....	61
Antes de predicar.....	63
Durante la predicación.....	64
El uso de diapositivas.....	76
Las predicaciones virtuales.....	77
La interacción con la gente.....	80
Cómo responder a las provocaciones de la audiencia.....	84
Después de la predicación.....	87
<u>Capítulo 4:</u> CÓMO ARMAR UN BOSQUEJO.....	93
1. Elegir el texto que predicaremos.....	94
2. Estudiar el texto elegido.....	97
3. Armar el bosquejo.....	99
4. Estudiar el bosquejo.....	106
<u>Capítulo 5:</u> EL USO DE ILUSTRACIONES.....	109
1. Textos bíblicos.....	112
2. Anécdotas de los santos.....	112
3. La literatura.....	113
4. Testimonios y anécdotas.....	114
5. Historias y biografías.....	116
6. La naturaleza.....	116
7. Noticias.....	117
8. Películas, series y novelas.....	118
9. Canciones.....	119
10. Cuentos.....	119

Capítulo 6: DISTINTOS DESTINATARIOS Y MENSAJES.....121

La clasificación del mensaje.....122

Tipos de mensajes.....123

1. El mensaje textual.....124

2. El mensaje expositivo.....124

3. El mensaje verso a verso.....125

4. El mensaje con divisiones.....125

5. El mensaje biográfico.....126

6. El mensaje temático.....127

Capítulo 7: EL ESTUDIO BÍBLICO DEL PREDICADOR.....129

Importancia del estudio bíblico.....130

Ayudas prácticas para el estudio de la Biblia.....131

Método para el estudio de un texto bíblico.....138

Capítulo 8: LAS TENTACIONES DEL PREDICADOR.....143

Preparados para el combate.....144

Detrás de la tentación.....147

Las tentaciones más frecuentes.....148

La tentación de la carne.....148

La tentación del activismo.....159

La tentación de la ansiedad.....165

La tentación de la fama.....166

La tentación del artista frustrado.....170

<u>Capítulo 9:</u> LOS PELIGROS DEL PREDICADOR.....	175
El peligro del estancamiento.....	176
El peligro de la costumbritis.....	177
El peligro de la tradicionitis.....	178
El peligro del publicista.....	181
El peligro de la simonía.....	182
El peligro del sensacionalismo.....	183
El peligro del llanero solitario.....	184
El peligro del fanfarroneo.....	185
Conclusión.....	189

INTRODUCCIÓN

Este libro es el resultado de numerosos años de triunfos y fracasos como predicador. Cuando empecé a predicar la bendita Palabra de Dios a los 17 años hubiera deseado tener a mi alcance algún tipo de enseñanza o herramienta que me ayude a predicar mejor y a no cometer tantos errores como cometí.

Tuve que aprender a predicar a la fuerza de caídas, de ensayos y fracasos. Y desde hace bastantes años tengo en mi mente y corazón la idea de hacer un libro que resuma todo lo que he aprendido a lo largo de mi vida sobre este ministerio tan glorioso de la predicación.

He aprendido sobre predicación de vivencias, de consejeros, de observar otros predicadores y especialmente de la guía del Espíritu Santo, que sin haberme yo formado en oratoria ni en predicación previamente, me ha enseñado a predicar de un modo que hace poco, instruyéndome para escribir este libro, me di cuenta que coincide con lo que los expertos enseñan de oratoria y predicación. Y sin duda, Dios me ha ayudado a aprender de los errores mucho más que de cualquier otra cosa.

A lo largo de más de 23 años de ministerio de predicación, y luego de predicar miles de mensajes en más de 100 ciudades del mundo, he aprendido bastante de lo que hay que hacer, pero sobretodo de lo que no hay que hacer cuando se predica la Palabra de Dios. Por eso este humilde libro estoy convencido que puede ayudar a quien lo lea, y aplique los

principios que enseñó en su propio ministerio, a no cometer los mismos errores que cometí yo y a crecer como predicador para ser de bendición para otros.

El libro está escrito para toda persona que quiera aprender a predicar o que ya lo está haciendo hace mucho tiempo. Habrá quienes encuentren principios que sean una novedad en sus vidas, y otros para los cuales sólo serán recordatorios de enseñanzas que ya aprendieron en su ministerio.

Mi intención no es impresionar a quienes lo lean, ni impartirles sabiduría, sino más bien compartir principios que considero que pueden llegar a ser importantes tenerlos en cuenta para llevar a cabo un ministerio de semejante envergadura.

Aclaro que usaré a lo largo del libro el término “predicador” genéricamente, por cuestiones prácticas, sin hacer distinción entre varones y mujeres. Cuando digo *predicador* no estoy refiriéndome solo a los varones, por supuesto, sino a ambos sexos.

Le coloqué el título: ES TIEMPO DE PREDICAR porque creo que hoy, más que nunca, tenemos que poner en práctica aquel mandato de Jesús: *“Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15).*

Evangelizar no es una opción para los cristianos, es un mandato, una comisión, un llamado que tenemos todos los bautizados. Pero vivimos en un mundo cada vez más necesitado de una formación seria en oratoria si queremos que nuestra evangelización sea eficaz. San Pablo le dice a Timoteo:

“Trata de que Dios pueda contar contigo; sé como un obrero irreprochable, experto en el manejo de la Palabra de la Verdad”

2 Tim 2, 15

Si bien existen muy diversas maneras de evangelizar, un llamado específico tiene que ver con la predicación de la Palabra de Dios. Y para poder llevarla a cabo es imprescindible una adecuada formación que nos ayude a mejorar nuestras formas, métodos, desarrollo de habilidades, conocimientos bíblicos y destrezas relacionadas con el arte de la oratoria.

Algunos evangelizadores tienen una buena oratoria, pero necesitan mayores bases teóricas y escriturales para que su mensaje sea más eficaz. La Iglesia primitiva era muy consciente de esta necesidad de formarse antes de predicar o de seguir predicando.

Un joven llamado Apolo, tenía experiencia en el arte de predicar y mucho entusiasmo, pero carecía de conocimientos doctrinales acerca de Jesús y su mensaje. En Éfeso, el matrimonio de Aquila y Priscila tuvo que enseñarle a evangelizar correctamente; y él humildemente aceptó dejarse instruir, a pesar de que sabía predicar (Cf. Hech 18, 24-26).

El ejemplo de Apolo es exactamente el camino que debe seguir cualquier persona que haya sentido el llamado del Señor para predicar su Palabra. Apolo predicaba con gran fervor y valentía y tenía además un profundo conocimiento de las Escrituras, pero desconocía el mensaje de Jesús. Si no lo ayudaban, su predicación carecería de una correcta eficacia. Cuando el matrimonio se le acercó invitándole a recibir instrucción, Apolo podría haberse negado a que le instruyeran alardeando de sus reconocidas dotes de orador y su conocimiento de las Escrituras. Sin embargo accedió a la proposición y fue instruido gracias a su humildad y a su sencillez al aceptar que no lo sabía todo aún.

Si un predicador no recibe la indispensable instrucción, ya sea por orgullo propio o por comodidad, no será nunca útil para el trabajo evangelizador que debe llevar a la comunidad. Apolo nos enseña que para ser predicador no basta la facilidad de palabra ni el conocimiento de las Escrituras (hay quien habla mucho, pero no dice nada), sino que además se

Es TIEMPO DE **PREDICAR**

requiere humildad y deseo de aprender para así mejorar en el Ministerio de la Palabra. Este humilde libro intenta brindar justamente algunas herramientas que combinan espiritualidad, formación bíblica y técnicas precisas de oratoria para ayudar a todos los agentes pastorales que quieran aprender a predicar mejor.

No estás por leer un libro más de mi ministerio, ni lo escribí para agrandar mi “currículum”, sino que es una carga, una pasión que puso Dios en mi vida de dejar un legado a mi generación y a las venideras sobre lo que aprendí en esta área de la predicación. Le pido a Dios que te sea de bendición e inspiración en tu vida y ministerio.

Sebastián Escudero

Enero de 2021

CAPÍTULO 1:

**EXCUSAS PARA
PREDICAR**

Cuando conocí al Señor, a los quince años, el primer sueño que puso Dios en mi corazón fue el de ser un predicador. Por las noches soñaba literalmente con estadios llenos de jóvenes escuchándome predicarles mensajes llenos de esperanza. Anhelaba viajar por todos lados hablándole a la gente del amor de Dios, que nos perdona y nos sana, como lo había hecho conmigo. Pero ese deseo estaba muy lejos para mí, por varios motivos.

Por un lado estaba el hecho de que aún era **muy jovencito** y no conocía bien la Biblia; y en ese tiempo yo imaginaba que sólo los sacerdotes podían predicar la Palabra de Dios.

Por otro lado **no me sentía digno** aún. Me parecía hasta un sacrilegio que un pecador como yo, con el tipo de vida que había llevado hasta hacía poco, se atreviera a predicar la Palabra de Dios. Inclusive había pecados que aún arrastraba de aquella vieja vida.

Pero sin lugar a dudas la razón más importante era lo que yo consideraba mi **limitación física y psicológica**. Desde niño sufría una especie de fobia social que me provocaba pánico a la exposición pública. Al punto de que la única vez que recuerdo haber hablado en público fue a los 10 años, cuando una maestra me hizo pasar a dar una lección oral, y de los nervios me oriné en los pantalones al frente de todos mis compañeros. Esa experiencia fue realmente lo más traumático que marcó mi infancia. Fue sin dudas ese día el que marcó un antes y un después en mi vida. Recuerdo que tuve que dejar el colegio por la vergüenza que ese hecho me causó. En los siguientes meses tuve tres intentos de suicidio y durante unos meses quedé casi mudo, sólo cruzaba algunas palabras con mi madre y mi hermano.

Esto, sumado a otros problemas familiares que estaba viviendo, hizo que mi madre tenga que tomar la decisión de llevarme un tiempo con dos psicólogas que me hacían hacer dibujos durante horas lo que no podían sacarme palabra alguna.

Una de las cosas que pensé desde ese entonces es que nunca jamás volvería a exponerme públicamente. Se trataba de un monstruo demasiado gigante como para volver a lidiar con él. Sin embargo, mi realidad hoy es que vivo hablándole a las masas y no quedan ni rastros de aquellas dificultades de mi pasado. Déjame contarte cómo empezó todo.

No me digas que no podrás

Tenía 17 años cuando una tarde, como cualquier otra, salí de casa para ir a misa. Era un sábado como todos los demás. Lo que no sabía era que estaba a punto de cambiar drásticamente para siempre mi destino. Como no pude confesarme antes de empezar la misa, esperé al sacerdote y le pedí que me confiese al terminar la misma. El sacerdote aceptó. Era un sacerdote carismático que dirigía un grupo de oración de jóvenes. Luego de darme la absolución me preguntó:

-*“¿No te gustaría predicarle a unos jóvenes?”*

Mis ojitos tienen que haber brillado de la emoción. Pensé que me iba a invitar a formarme para algún día llegar a ser un predicador como él.

-*“Me encantaría padre”* – contesté con entusiasmo.

-*“Bueno, vamos. Es un grupo de jóvenes que están esperando que les predique yo. ¿Te animarías a predicarles vos?”*

– Me dijo el sacerdote cambiando absolutamente el clima de la conversación.

Yo me negué rotundamente, creo que me agarró una especie de pánico. Y a partir de ese momento me las ingení para poner las tres excusas básicas que tenía en mi mente para un día poder predicar: la edad, la falta de santidad y la incapacidad física y psicológica.

- *No voy a poder* – le respondí – *soy muy joven aún.*

Es que en mi mente la única idea que tenía de poder ser un predicador era siendo un hombre mayor y vestido con una sotana.¹

- *¿Quién te dijo que tienes que ser cura para predicar? Todos los bautizados pueden y deben predicar el Evangelio* – Me dijo el sacerdote ya en un tono de exhortación. Luego empezó a explicarme de algunos personajes bíblicos que siendo jóvenes fueron usados poderosamente por Dios.

Entonces me puso la mano en el hombro y me empezó a conducir hacia el salón donde tendría que predicar. Sólo me atreví a hacerle una pregunta más:

-*¿Y de qué tengo que predicar padre?*

-*De la Santidad* – me respondió, como para terminar de acrecentar mi pánico. Yo sólo largué una carcajada, supongo que por los nervios. Pero tenía la suficiente confianza como para plantearle mis miedos:

- *Acabo de confesarme padre, y ¿tengo que predicar sobre la santidad?*

Y entonces me dio una respuesta sabia que yo la escuché como del mismo Dios, que me acompañaron toda la vida:

-*Si vas a esperar a que seas santo para empezar a predicar no vas a empezar nunca.*

Pero sin dudas percibió que esas palabras no eliminaban mi miedo. Así que entregándome en mis manos su Biblia me dijo:

-*Cuando no sepas qué decir cuéntales tu testimonio. Eso será muy fuerte para ellos.*

Y allí estábamos los dos parados al frente de ese bendito salón lleno de jóvenes carismáticos. Qué desafío el mío, esos jóvenes no eran de una asociación intelectual de la Iglesia, eran jóvenes esperando un mensaje poderoso para ir a buscar a los muertos y resucitarlos.

¹ Dicho sea de paso, en esa época me encontraba haciendo un discernimiento para entrar a una congregación religiosa y allí prepararme para ser sacerdote. Sentía el llamado a evangelizar y creía que la única manera posible era siendo sacerdote.

Cuando comprendí que el momento de mi presentación era inminente, aún me quedaba la tercera excusa: la incapacidad física y psicológica. No tuve mejor idea que recurrir a la lástima. Quizás así se conmovía el curita y entendía que no podía yo predicar; no al menos ese día. Entonces le recordé mi testimonio, mis enormes crisis de la infancia que me incapacitaban para poder dar este mensaje.

Pero, como si no le hubiera contado nada, el sacerdote me hizo pasar, e ignorando completamente mi planteamiento, me presentó a los jóvenes anunciándoles que yo sería el encargado del mensaje de hoy.

Tremendo momento histórico de mi vida. Era un punto sin retorno, un momento decisivo para el resto de mi destino. Si volvía a fracasar quizás nunca más me pararía delante de dos o más personas a predicarles. Había que hacerlo. Así que empecé a hablar. Me invadieron los nervios y comencé a decir literalmente cualquier cosa. Hacía bibliomancia; abría la Biblia al azar y en el personaje que me salía hablaba acerca de su santidad. Debo haber canonizado hasta a Caín y a Judas. Pero “algo” tenía que hablar.

El sacerdote me miraba con cara de arrepentimiento. Los jóvenes se reían disimuladamente; y otros se miraban con asombro por la capacidad que tenía para inventar cualquier cosa. Entonces recordé las palabras del sacerdote: *Cuando no sepas qué decir cuéntales tu testimonio*. Así que les pedí perdón por estar así de nervioso y empecé a narrarles de mi conversión. Fue ese momento exacto en el que sé claramente que recibí el don de la Palabra. Algo sucedió en el ambiente. Mi lengua se soltó. Empecé a hablar fluido.² Era la primera vez en mi vida que sentía su Unción en mi ministerio. Los jóvenes quedaron impactados, varios de ellos no paraban de llorar, entre ellos el mismo sacerdote en primera fila.

² Así ha sido hasta el día de la fecha. Jamás volví a tener problemas de tartamudez en público, ni fobia social, ni pánico escénico, ni nada de eso. Ahora soy un predicador verborrágico que he llegado a predicar durante ocho horas seguidas en una ocasión; sólo descansando para almorzar media hora. Es que cuando Dios hace los milagros los hace bien.

Cuando terminé de predicar el sacerdote me invitó a acompañarle a predicar a jóvenes de su congregación el próximo fin de semana; sería un viaje al norte del país que incluía jornadas de evangelización en tres provincias.

Así empezó mi ministerio hace más de 23 años. Cuando menos me di cuenta mi agenda estaba llena de viajes alrededor de mi país y luego del mundo hablándole a la gente acerca de su Amor. He visto a miles y miles de personas ser tocadas por Dios a través del tesoro que llevo en mi frágil vasija de barro. Y cuando alguien me pregunta cómo puede hacer para ser un predicador, como lo soy yo, lo primero que les enseño es a vencer las tres excusas básicas que yo vencí en aquella ocasión. Vamos a analizar cada una de ellas.

Primera excusa: LA EDAD

Unos seis siglos antes del nacimiento de Jesús, Dios decide hablarle al pueblo de Judá en plena época de invasiones de los caldeos, cuya invasión será la peor desgracia de la historia judía. Necesitaba de un profeta que anuncie y denuncie con su palabra para evitar la catástrofe del cautiverio en Babilonia y la destrucción del reino de Judá. Evidentemente se trataba de una elección un tanto complicada, pues había que hallar a un hombre de carácter y de autoridad capaz de semejante empresa.

Sin embargo, conforme al estilo que lo caracteriza, Dios decide convocar para esta misión a un **joven** (tal vez era apenas un adolescente) llamado Jeremías.

Pero el jovencito, víctima de su complejo de inferioridad, le responde así:

“Ay, Señor Yavé, ¿Cómo podría hablar yo que soy un muchacho?”

Jer 1, 6

Pero Dios, que siempre ve mucho más allá de nuestras limitaciones, le reprende diciendo:

“No me digas que eres un muchacho. Irás donde te envíe y proclamarás todo lo que te mande”

Jer 1, 7

La edad es apenas un detalle para el Dios eterno. Pero muchas personas se creen eliminadas de la elección divina por la edad. Algunos por pensar que son demasiado jóvenes, otros porque se consideran demasiado ancianos, como Abraham o Zacarías cuando se les comunicó la noticia de que serán padres a su avanzada edad.

Es un gran error y una sutil tentación el complejo de inferioridad a causa de la edad. Dios no tiene en cuenta la edad, sino la persona, tal cual es. Nunca te compares con alguien por la edad; hoy, con esos años exactos de vida que tienes, puedes empezar a predicar y dejar una marca para siempre en la historia de la humanidad.

Recordemos que Jesús era apenas un niño de doce años cuando, con un alto sentido de propósito, les hablaba a los maestros de la Ley en el Templo de Jerusalén (Lc 2, 46). Y si pensamos en los Papas, ellos empiezan a predicar recién en lo que el mundo considera la “ancianidad” mensajes que tienen un eco mundial llegando a millones de personas en todo el planeta. No hay una edad particular para empezar a predicar. Es ahora y punto. Lo demás es un prejuicio humano.

Segunda excusa: LA FALTA DE SANTIDAD

Otra de las cosas que nos paraliza a la hora de aceptar un llamado a la evangelización es la mirada pesimista que tenemos sobre nuestra propia vida moral. En otras palabras: nos sentimos los peores pecadores. Y ese no sería el problema en sí, pues es conveniente sabernos, reconocernos pecadores. Pero el problema se plantea cuando ese sentimiento permanente de culpa y de impureza nos paraliza y no nos deja actuar en la vida.

Cuando Dios se le manifiesta al profeta Isaías para confiarle una gran misión, este le pone una barrera diciendo:

“¡Ay de mí, estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y habito en un pueblo de labios impuros.”

Is 6, 5

Entonces Dios tiene que tocarle los labios y mostrarle que sí puede, no por sus propias fuerzas, no por su vida de santidad, sino por la gracia de Dios. Y se termina convirtiendo en uno de los más grandes de todos los profetas.

Siglos después se da una situación parecida a orillas del lago de Galilea: un pescador llamado Simón, luego de contemplar la pesca milagrosa realizada por Jesucristo de Nazareth, se siente llamado por Él para algo grande. Pero se reconoce pecador y lo rechaza diciendo:

“Apártate de mí que soy un pecador”

Lc 5, 8

Pero Jesús, haciendo caso omiso de esa respuesta, le dice:

“No temas, en adelante serás pescador de hombres”

La pureza nunca fue ni será una condición para servirle a Dios; Él quiere que cada día seamos más perfectos, más santos, más puros, pero conoce de nuestras debilidades, y nos acepta así, y espera nuestra conversión con paciencia. **“Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los llamados”**.

En muchas ocasiones nos tocará predicar la verdad, aunque nosotros no la podamos vivir en plenitud. Porque no tenemos que predicarnos a nosotros, sino a Él.

Por eso, no debemos dejar que la culpa nos paralice. Hay personas que viven en un estado de culpa permanente, a causa posiblemente de una conciencia escrupulosa que los hace vivir un verdadero infierno.

Satanás significa en arameo *“el acusador”*; y eso es precisamente lo que él vive haciendo. Nos quiere hacer sentir en todo tiempo que no servimos para nada, que debemos alejarnos de la Iglesia, que no podemos servir a Dios, etc. Y para ello nos susurra al oído a cada instante cada uno de los pecados que hemos cometido, con el fin de hacernos sentir que Dios ya no nos necesita.

Pero debemos seguir adelante sabiendo que estamos en un camino de conversión, y que Dios nos acepta así como somos, que Él tiene un amor tan infinito que es capaz de perdonar cualquier pecado nuestro, y es muy poderoso para transformar nuestra vida miserable. Debemos ser compasivos con nosotros mismos, y entender que **Dios todavía no nos terminó**.

En muchos casos Dios ya nos perdonó todos y cada uno de nuestros pecados, pero somos nosotros los que no nos perdonamos a nosotros mismos. Y eso es una gran muralla que levantamos. Nos auto marginamos, nos declaramos derrotados y no podemos ser felices.

Por eso deja de verte como un pecador desgraciado y empieza a visualizarte como un pecador como cualquier otro, que se cae y se deja levantar por Dios nuevamente cuantas veces

sea necesario. No eres menos hijo de Dios a causa de tus pecados, ni puedes lograr con tus faltas que Dios te ame ni siquiera un poco menos de lo que te ama.

Que te sientas “pecador” es algo que probablemente venga del Espíritu Santo, que nos da convicción de pecado y que te quiere mantener humilde y dependiendo de su gracia. Pero que te sientas “demasiado pecador” ya puede ser una tentación de Satanás para mantenerte dependiendo de tu culpa. Toma con pinzas esos momentos en que te sientes condenado, derrotado, demasiado pecador, pues es muy probable de que sea el demonio el que te exagere el sentimiento. Él sabe que teniéndote con esa auto imagen deteriorada te tiene bastante cerca suyo y alejado de los propósitos de Dios para tu vida.

Tercera excusa: LA LIMITACIÓN FÍSICA y/o PSICOLÓGICA

Sin duda, de todos los factores que nos pueden hacer sentir inferiores y que nos pueden hacer tener una mirada negativa sobre nosotros mismos a la hora de predicar, los que más fuerzas tienen son los factores relacionados con limitaciones, sean físicas, psíquicas o emocionales.

En la Biblia podemos leer preguntas como estas:

*“¿Quién es tu servidor para que te hayas fijado en un **perro muerto** como yo?”*

2 Sam 9, 8

Estas palabras están en la boca de Mipibaal³, hijo de Jonatán, a quien el rey David quiso favorecer en consideración a

³En algunas traducciones también figura como *Mefiboset* o como *Meribaal*

su padre, que era su mejor amigo. Jonatán había fallecido en la guerra, junto a su padre, el rey Saúl.

Mipibaal era tullido desde los cinco años a causa de habersele caído de los brazos a su nodriza, mientras esta intentaba huir de las tropas de David (*Cf. 2 Sam 4, 4*). Ya de grande, el rey David se entera de que Mipibaal vivía y decide bendecirlo obsequiándole todas las tierras de su abuelo Saúl e invitándole a comer a su mesa, la mesa real, todos los días de su vida. La propuesta, en definitiva, era considerarlo como a uno de sus hijos, es decir, como a un príncipe.

Pero como podemos observar en el relato, Mipibaal estaba muy lejos de sentirse merecedor de semejante honor. Por el contrario, se sentía como un *perro muerto*. Él tenía sangre de príncipe antes de que viniera a visitarlo David, pues era el nieto del rey Saúl, antecesor de David en el trono. Pero fíjate cómo puede dañar la imagen que tenemos de nosotros mismos el tener una mutilación, un defecto, una discapacidad, etc. El joven se termina viendo no sólo como un perro, lo cual ya es bastante duro, sino más aún, como un *perro muerto*; se considera a sí mismo como alguien insignificante para la sociedad.

La gran mayoría de las personas que han sido marcadas por una cierta discapacidad, sea física o psíquica, se ven a sí mismos como personas que no valen demasiado. Y por eso les cuesta recibir el mar de bendiciones que Dios quiere regalarles, porque no se sienten dignos. Creen que nacieron para vivir infelices toda la vida, mereciendo sufrir, mendigando la compasión de todo el mundo.

También Moisés se veía asimismo como alguien incapacitado para grandes misiones a causa de su tartamudez. Varias veces rechazó la propuesta de Dios de ser el libertador del pueblo de Israel, siempre con un discurso semejante:

«No me van a creer, ni querrán escucharme, sino que dirán: ¡Cómo que se te ha aparecido Yavé!»⁴

“¿Quién soy yo para ir donde Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?”

“Mira Señor que yo nunca tuve facilidad para hablar...mi boca y mi lengua no me obedecen.”

“Por favor Señor, ¿Por qué no mandas a otro? Yo no sirvo para nada.”

Ex 3, 11; 4, 10.14

Y Dios, como siempre, tuvo que reprenderlo diciéndole:

“Anda, yo estaré en tu boca y te mostraré lo que has de hablar.”

Ex 4, 13

Es muy difícil sentirse sano en la autoestima cuando uno tiene algún defecto sobresaliente. A veces, lo que más contribuye al debilitamiento de nuestra sana auto concepción, es la cantidad de burlas recibidas desde la niñez sobre ese defecto. Sin darnos cuenta, esas voces van creciendo lentamente en nuestro interior y nos van haciendo sentir poco a poco que valemos cada vez menos. Y es entonces cuando comenzamos a compararnos con todo el mundo sintiéndonos inferiores a los demás.

Es que muchas veces una mentira repetida muchas veces se puede convertir en una verdad. En el famoso cuento de Rapunzel

⁴Aquí vemos que Moisés también luchó con la intimidación. Se preocupó sobre la reacción de las personas hacia él. Estaba demasiado preocupado del qué dirán, de su reputación, de su imagen social. Eso le acompañó durante toda su vida. Al punto de que será recordado para siempre como alguien que fingió tener el rostro resplandeciente cuando ya no lo tenía. El Apóstol San Pablo dirá al respecto, muchos siglos después: *“No hacemos como Moisés, que se tapaba la cara con un velo para que los israelitas no vieran que el brillo de su cara se iba apagando.”* (2 Cor 3, 13)

Tú y yo también solemos estar demasiado pendientes de la opinión ajena, al punto de dejar que esta termine dirigiendo nuestras decisiones. Ser predicador, por su propia naturaleza, implica las críticas. Es que la gente generalmente tiene puesto sus ojos en los que están de pie delante de sus ojos.

La única manera de eludir las críticas es “no hacer nada”. Aristóteles dijo: *“La crítica es algo que puede evitarse fácilmente: si uno no dice nada, no hace nada y no es nada”*

se puede ver cómo una hermosa jovencita se considera una bestia por vivir toda su vida encerrada en un castillo al lado de una bruja que le repetía esa mentira todos los días. Esta mentira se convirtió en una verdad en su vida. Ella se consideraba a sí misma como una niña horrible.

Hasta que un príncipe rompió con esa “mentira” declarándole y haciéndole ver que era extremadamente bella en realidad.

De la misma manera, son demasiados los casos de personas que son objetivamente muy bellas, pero ellas no se consideran tal, y no precisamente por humildad, sino más bien por heridas en su autoestima aún no resueltas.

Por eso debemos reconciliarnos con nuestro ser, y aceptarnos tal cual como somos antes de pretender ser embajadores del Reino, ser predicadores de su Verdad.

Cuando sientas que no vales nada, o te compares con la manera de predicar de otros, revisa si no estará habitando dentro de ti algún monstruo de la baja autoestima que haya crecido gracias a tus defectos y limitaciones. Y entonces recuerda que Dios te ama así, tal cual eres, y así te eligió para ser su mensajera/o.

La mayoría de los grandes predicadores que conoces son personas normales, ordinarias, pero que un día tuvieron que aprender a amarse y a creer en sus propias capacidades de transmitir su Palabra.

El gran Demóstenes, uno de los padres de la oratoria, cuando era niño, quedó huérfano a una edad muy temprana. Tenía un serio problema de tartamudez que no le permitía en ocasiones ni hablar y que provocaba la burla y los apodosos de sus pedagogos y de sus propios compañeros de juegos. Se llenaba la boca de piedras intentando así hablar, con la idea de que cuando superara esa prueba sería capaz de hablar en público. Así y todo, la primera vez que se presentó en la Ekklesía (la asamblea

ateniense) tuvo que retirarse triste a su casa porque la gente no quiso escucharle.

A pesar de eso, hoy, 2300 años después de su paso por este mundo, es considerado uno de los oradores más relevantes de todos los tiempos y quizás el político ateniense más influyente de la historia.

Así que, llegados al final de este capítulo, permíteme darte un consejo final: deja de poner “excusas” y empieza a predicar así como estás, así como te sientes, así con lo que hoy tienes. Las excusas son los argumentos de los fracasados, y tú no lo eres en absoluto. Los fracasados piensan: “¿Qué puedo aducir como excusa que me ayude a explicarle a la gente por qué no triunfo en la vida? ¿Mala salud? ¿La forma en que fui educado? ¿La edad? ¿La falta de santidad? ¿Las limitaciones físicas?...” Y cuando encuentran una “buena” excusa se aferran a ella y se valen de ella para explicarse a sí mismos ante los demás. Tú no hagas eso, simplemente no necesitas hacerlo, ¡basta de excusas! Y si te sientes como Moisés, recuerda también las palabras que Dios le dijo: *“Anda, yo estaré en tu boca”*.

CAPÍTULO 2:

**CARACTERÍSTICAS
DE UN
PREDICADOR**

Una iniciativa divina

Empecemos diciendo que la predicación tiene que ver con un **llamado**. No se trata de una buena idea que tuvimos nosotros un día, sino que se trata de un sueño, un anhelo de Dios que nació antes de que tú existas. El profeta Jeremías recibió esta palabra de parte de Dios, que tranquilamente aplica para tu vida hoy:

«Antes de formarte en el seno de tu madre, ya te conocía; antes de que tú nacieras, yo te consagré, y te destiné a ser profeta de las naciones.»

Jer 1, 5

Y en el Nuevo Testamento, el evangelista Marcos comenta algo similar:

“Jesús subió al monte y llamó a los que él quiso, y se reunieron con él. Así instituyó a los Doce (a los que llamó también apóstoles), para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar”

Mc 3, 13-14

Para esto nos llama Dios a nosotros también: para que estemos con Él y para enviarnos a predicar. Y para esto tenemos que estar preparados; por eso estás leyendo este libro.

A continuación veremos las cualidades del mensajero y el mensaje que este debe transmitir.

EL MENSAJERO

El mensajero de Dios, por semejante encargo que tiene, debe poseer numerosas cualidades. Y aun siendo perfectos jamás seremos “dignos” de semejante llamado. Pero vamos a sintetizar todas las cualidades en tres que considero esenciales si queremos ser verdaderos predicadores de la Palabra de Dios:

1) La perseverancia

“No hay nada que pueda sustituir a la perseverancia. El talento no la sustituye, no hay nada más corriente que los hombres con talento que fracasan. El genio no la sustituye...los estudios tampoco...solo la perseverancia y la firmeza constituyen el poder que lo vence todo.”

Calvin Coolidge

Las crisis son una realidad que deben afrontar los predicadores en sus vidas. Estas crisis no son un peligro en sí mismas, lo que se convierte en peligro es el dejar que esas crisis dirijan nuestras vidas y que intenten dirigir nuestro llamado a la evangelización. Muchas veces los predicadores dejamos que nuestros problemas de salud, nuestras situaciones laborales, los problemas matrimoniales, las crisis en el noviazgo, etc. nos absorban tanto que terminamos posponiendo nuestro llamado bajo el pretexto de que *“estamos pasando una crisis”*.

Indudablemente nuestras crisis son importantes, y debemos prestarles atención; de hecho, no estoy queriendo decir que debemos ser unos esquizofrénicos, tratando de separar por completo nuestro ministerio de nuestras situaciones personales. Simplemente no lo podremos hacer, porque no somos ángeles. Nuestras crisis en un área repercuten inevitablemente en todas las demás. Pero me estoy refiriendo a

esa capacidad que el Señor nos pide que tengamos de no dejar que las crisis personales detengan nuestra pasión por el Reino, como muchas veces suele suceder.

Un experto en esto fue el Apóstol Pablo, quien le escribe a su discípulo Timoteo:

“No hagas caso de tus propias penas, enfócate en tu trabajo de evangelizador, cumple bien tu ministerio”

2 Tim 4, 5

Esto lo dice nada más y nada menos que Pablo, que sufrió todo tipo de persecuciones y problemas personales; sin embargo, nada impidió que llevara a cabo aquello que Dios le había encomendado. Y esto no significa que minusvaloraba sus problemas personales, como si tuviera una especie de delirio místico, desentendido de la realidad, sino que los ponía en su lugar adecuado, profundamente confiado en la promesa del Señor de que si nos dedicamos a sus asuntos Él se encargará de los nuestros (Cf. Mt 6, 33).

Por eso, hermana y hermano llamada/o a la predicación, no dejes que tus crisis manejen tu vida, al punto que no puedas seguir ejerciendo correctamente tu ministerio. Tampoco veas a tus crisis como enemigos personales, pues, en muchas ocasiones son esas tormentas las que nos hacen crecer más que mil cursos de formación de predicación que podamos realizar.

Abandonar es la primera reacción de los cobardes. Debemos aprender a resistir esa fuerte tentación que nos suele azotar a todos los predicadores de renunciar a nuestro llamado apenas nos vienen las pruebas, apenas sentimos que las situaciones nos sobrepasan.

Son demasiados los factores que en determinadas ocasiones nos quieren hacer creer que no debemos continuar predicando:

Los chismes

La rutina

El tedio de viajar tanto y dejar sola a la familia

El estar pasando una situación espiritual de desierto

El compararnos con otros predicadores más eficientes

Las crisis personales

Las personas o cosas que han venido a ocupar un puesto indebido en nuestros corazones

La falta de apoyo de parte de quienes debieran ser nuestros pastores

La falta de reconocimiento de lo que uno está haciendo por la comunidad

El cansancio después de muchos años sirviendo en el anuncio del Evangelio

La deserción de otros predicadores queridos, etc. etc.

Son tantos factores, y todos ellos son legítimos, pero el Señor no quiere evangelizadores abandónicos de su tarea. Tenemos un Dios que quiere que terminemos lo que empezamos para su servicio. Pablo, que conocía bien el corazón de su Señor, les dice a los filipenses:

“Si Dios comenzó tan buen trabajo en ustedes, estoy seguro de que lo continuará hasta concluirlo el día de Cristo Jesús.”

Flp 1, 6

Y él mismo vivió en persona esta perseverancia hasta el final, por lo cual terminó sus días afirmando con honra:

“He luchado el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado lo que depositaron en mis manos”

2 Tim 4, 7

Que esa pueda ser también nuestra oración al finalizar nuestro servicio encomendado de evangelización en el atardecer de nuestras vidas.

2) La vida de oración personal

Esta segunda cualidad es la más específica de un predicador. Para un evangelizador la oración es el fundamento de su accionar.

El Papa Francisco enseña al respecto de los predicadores:

Lo indispensable es que el predicador tenga la seguridad de que Dios lo ama, de que Jesucristo lo ha salvado, de que su amor tiene siempre la última palabra. Ante tanta belleza, muchas veces sentirá que su vida no le da gloria plenamente y deseará sinceramente responder mejor a un amor tan grande.

Pero si no se detiene a escuchar esa Palabra con apertura sincera, si no deja que toque su propia vida, que le reclame, que lo exhorte, que lo movilice, si no dedica un tiempo para orar con esa Palabra, entonces sí será un falso profeta, un estafador o un charlatán vacío.⁵

Podemos convertirnos tristemente en eso: en falsos profetas, en estafadores del Evangelio, en charlatanes vacío, si no pasamos tiempo con el que nos envía a dar el mensaje.

En cambio, el resultado de una vida de oración es la unción, el don más preciado al que debiera aspirar un predicador. La **unción**⁶ significa morir a uno mismo para que viva en su lugar Dios. Y eso se obtiene de una vida de oración. Por eso, la unción del predicador dependerá de su oración personal. Si tienes el ministerio de afectar masivamente a las personas debes aprender la siguiente máxima de memoria:

⁵ FRANCISCO. *Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium” #151*

⁶En la Biblia la Unción viene a ser como un nombre propio del Espíritu Santo; el evangelista Juan enseñaba a las primeras comunidades: “Ustedes tienen esa **Unción** que viene del Santo, por lo que todos tienen ya conocimiento...Les he escrito pensando en aquellos que tratan de desviarlos, pues en ustedes permanece **la Unción** que recibieron de Jesucristo, y no necesitan que nadie venga a enseñarles” (1 Jn 2, 20.26-27). De allí que invocar al Espíritu Santo debe ser un hábito permanente del evangelizador.

“La unción caerá en público solamente si antes ha caído en tu habitación”

Memorízate por favor esa frase.

Hay personas que con sólo pararse a predicar se le reconoce algo “especial”. Mientras habla, los corazones son transformados; hay un alto impacto en la vida de los oyentes. Es como si la atmósfera cambiara inclusive. ¿Sabes qué es eso? LA UNCIÓN.

La unción es el Espíritu Santo ministrando directamente a las vidas; es el poder de Dios derramándose sobre la Iglesia. Pero para que esta unción se derrame es necesario tenerla. La unción no se puede imitar. Tú puedes hablar lo mismo que el que tiene unción, de la misma manera, en el mismo tono de voz; y sin embargo los corazones no son alcanzados. La unción no se imita; *se tiene o no se tiene*. Puedes anunciar la Palabra de la misma manera que lo hizo tal ungido hombre o mujer de Dios, en el mismo tono, de la mismísima manera; pero si no tienes la unción habrás dado simplemente un bonito espectáculo nada más.

Y la pregunta seguramente es: ¿Y cómo se obtiene la unción? Evidentemente no la puedes comprar, ni se trata de hacer tal o cual cosa para que Dios te la dé. ***La unción se te pega estando en comunión con Dios.*** Si luego de orar has estado verdaderamente con Dios, pues entonces la unción estará en tu vida, tendrás poder, tendrá sentido tu ministerio...un bálsamo de sanidad correrá por tu ministración, por tu servicio, por tu predicación, por tu manera de evangelizar.

De allí lo sumamente importante que es tu vida personal de oración, predicador. Aprende esto: *cuando se trata de predicar tu habitación lo es todo.*

El Señor enseña en el Evangelio de Mateo:

“Tú, cuando ores, entra a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está allí, a solas contigo...”

Mt 6, 6

La habitación es simbólica; no es necesariamente tu cuarto (de hecho hay personas que no tienen su propio cuarto o que se les hace imposible orar allí). La habitación es tu momento diario de intimidad con el Señor, de estar a solas con Él; es como ese momento de intimidad que tienen los esposos donde sólo ellos pueden estar y disfrutarse mutuamente.

Ni sueñes tener unción sin entrar en la habitación. Ni pienses que Dios va a actuar a través de ti sin tener una vida de oración personal y de comunión con Dios.

Sólo cuando la unción te haya alcanzado a ti en privado podrás alcanzar con la unción a los demás en público. Por la lógica razón de que *no se puede dar lo que no se tiene*.

3) La integridad

La integridad es indispensable en el predicador que pretenda ser eficaz. *“El testimonio no es lo más importante para influenciar a otros, es lo único”* dijo Albert Schweitzer.

Nuestra manera de vivir es la mejor prédica que podemos realizar. *“Debemos ser esa Biblia que los demás quizás nunca leerán”*. San Francisco de Asís lo decía de este modo:

“Procura en todo momento predicar el Evangelio, y si te es muy necesario usa palabras”

Y Pablo VI enseñaba:

“El mundo de hoy necesita más testigos que maestros, y si acepta los maestros es porque antes han sido testigos”.

Si eres predicador de jóvenes, más coherente debe ser aún tu manera de vivir con lo que enseñas, pues los jóvenes son muy

sensibles a esta coherencia.⁷ Es sin duda lo que sucedía con San Juan Pablo II y su capacidad de convocatoria respecto de la juventud. El apóstol Pablo le exhortaba a Timoteo, en su trabajo de liderazgo juvenil:

“No dejes que te critiquen por ser joven. Trata de ser el modelo de los creyentes por tu manera de hablar, tu conducta, tu caridad, tu fe y tu vida irreprochable...Cuida de ti mismo...pues actuando así te salvarás a ti mismo y a los que te enseñan”.

1 Tim 4, 12.16

Y el mismo San Pablo, al escribirles a los corintios, les confiesa que él mismo está luchando para no perder autoridad:

“¿No han aprendido nada en el estadio? Muchos corren, pero uno solo gana el premio. Corran, pues, de tal modo que lo consigan. En cualquier competición los atletas se someten a una preparación muy rigurosa, y todo para lograr una corona que se marchita, mientras que la nuestra no se marchita.

Así que no quiero correr sin preparación, ni boxear dando golpes al aire. Castigo mi cuerpo y lo tengo bajo control, no sea que después de predicar a otros yo me vea eliminado.”

1 Cor 9, 24-27

Integridad y autoridad

La integridad está totalmente unida a la autoridad, y eso produce indefectiblemente eficacia en la predicación. Podríamos decirlo de este modo:

AUTORIDAD - INTEGRIDAD= Escasa eficacia

AUTORIDAD + INTEGRIDAD= Alta eficacia.

⁷Es impactante el testimonio que da en la Biblia Eleazar en la época de las masacres griegas, para poder dejar un noble testimonio a los jóvenes y a toda la nación (Cf. 2 Mac 6, 18-31)

No es lo mismo predicar siendo íntegros que no siéndolo. La credibilidad es clave para un evangelizador. Y esta credibilidad le viene dada de su vida personal. Muchas personas famosas o populares viven su vida personal como algo al margen de su vida pública. Si se les pregunta algo de la vida privada responden que “eso a nadie le importa, es mi vida”. Inclusive muchos gobernantes dicen poder gobernar correctamente sin necesidad de llevar una buena vida privada. Como si esta no afectara de manera alguna la capacidad de gobierno.

Pues bien, puede que en el sistema del mundo suceda así; que se pueda vivir una especie de disociación o esquizofrenia entre su vida personal y su vida pública. Pero de ninguna manera puede ser así para un predicador; sencillamente por lo siguiente:

“La eficacia en la predicación está determinada por la vida privada del predicador”

La manera de vivir determina prácticamente todo el que hacer de un predicador. *Dime cómo vives en tu vida privada y te diré cuán lejos llegarás en la predicación.*

Veamos un ejemplo: una persona que escucha a un predicador hablar sobre la prosperidad económica y el recto uso del dinero, lo primero que hará inconscientemente es preguntarse en su interior si dicho predicador será próspero y transparente en sus finanzas; si lo que dice lo está viviendo en su vida personal. Si conoce la vida del predicador y sabe que tiene una buena vida económica y un honesto uso de sus finanzas se romperá la muralla de duda y recibirá el mensaje con poder posiblemente. Pero si, conociéndole, sabe que está en la quiebra económica por uso incorrecto del dinero, difícilmente aceptará bien el mensaje.

De la misma manera el evangelizador debe saber que la gente inspeccionará inconscientemente su vida personal antes de adherir su corazón a sus palabras. De allí aquel refrán que dice: *“bien predica quien bien vive”*.

Es muy poco digno de crédito el predicador cuya vida privada es un fracaso o un escándalo. Debemos ser sumamente cuidadosos de nuestra manera de conducir nuestra propia vida, pues ello determinará el alcance de nuestro ministerio.

Ahora bien, puede que uno sea un modelo exterior, un buen testimonio, pero tampoco hay que confundirlo con integridad. Integridad no es sinónimo de testimonio. Puede que uno sea un modelo, un testimonio, por fuera; pero en lo profundo de su corazón, en su intimidad, su conciencia, Dios y él mismo saben que no es así. Podemos ser *sepulcros blanqueados*, como le dijera Jesús a los fariseos. **Testimonio es lo que los demás ven. Integridad es lo que realmente somos a los ojos de Dios.**

EL MENSAJE

El mensaje que anunciamos, si bien está unido al mensajero, también tenemos que saber que tiene vida propia, porque se trata de la Palabra viva de Dios:

"En efecto, la palabra de Dios es viva y eficaz, más penetrante que espada de doble filo, y penetra hasta donde se dividen el alma y el espíritu, las articulaciones y los tuétanos, haciendo un discernimiento de los deseos y los pensamientos más íntimos."

Heb 4, 12

El profeta Isaías lo expresará de este modo:

*“Como baja la lluvia y la nieve de los cielos
y no vuelven allá sin haber empapado la tierra,
sin haberla fecundado y haberla hecho germinar,
para que dé la simiente para sembrar y el pan para comer,
así será la palabra que salga de mi boca.
No volverá a mí con las manos vacías
sino después de haber hecho lo que yo quería,
y haber llevado a cabo lo que le encargué.”*

Is 55, 10-11

El mensaje que damos viene de parte de Dios, así que tiene eficacia para llevar a cabo su obra. No estamos dando una conferencia, ni estamos haciendo comedia, stand up, política, ni docencia, aun cuando el mensaje pueda contener mucho de estos elementos. Estamos anunciando la poderosa Palabra de Dios, que tiene poder para obrar por sí misma aun con un pobre canal que la transmita, aun con nuestros mil errores a la hora de transmitirla.

Esto nos tiene que brindar esa paz de saber que todo está en manos de Dios. Él puede hacer llegar el mensaje que Él había anhelado llevar a los corazones de mil maneras y con recursos que solo Él conoce.

Por ello es muy importante ser conscientes de que estamos predicando su Palabra y no la nuestra. Que no nos estamos anunciando a nosotros, ni pidiéndole a la gente que nos siga a nosotros. Sino que estamos conduciendo a la gente a que lo siga a Él. San Pablo se lo dijo de este modo a los corintios:

“No nos pregonamos a nosotros mismos, sino que proclamamos a Cristo Jesús como Señor; y nosotros somos servidores de ustedes por Jesús. Con todo, llevamos este tesoro en vasos de barro, para que esta fuerza soberana se vea como obra de Dios y no nuestra.”

2 Cor 4, 5.7

Llevamos el tesoro del mensaje en vasijas de barro. He conocido a muchas personas que no se sienten dignos de predicar por no ser santos ni perfectos. Y si bien tenemos que ser lo más puros posibles para que Dios pueda usarnos con mayor eficacia, también es cierto que **predicamos la verdad, aun cuando muchas veces no podamos vivirla plenamente a esa verdad.**

Personalmente, en muchas ocasiones me he sentido y me siento indigno de pasar a predicar frente a una multitud; pero nunca empiezo a predicar sin buscar una voz de Dios que resuena en mi interior desde hace muchos años:

“No vas a ser vos, voy a ser Yo”

LA PASIÓN EN LA PREDICACIÓN

Otra característica indispensable que debe tener aquella persona que precise tener una prédica de impacto, deleite y eficacia es la pasión con la que transmite la Palabra de Dios.

El pathos de Aristóteles

Han pasado más de 23 siglos desde que Aristóteles (384-322 a.C.) escribiera, en su libro el "Arte de la Retórica", los tres pilares de la persuasión a la hora de dar un discurso: el **ethos**, el **logos** y el **pathos**.

Haciendo una aplicación contemporánea de estos conceptos antiguos, el *ethos* se refiere a la credibilidad del orador, esa coherencia e integridad que veíamos recién. Sugiere la pregunta: ¿Por qué la audiencia debería creer lo que dice el orador? Así, el camino del *ethos* se anticipa a dar muestras de

credibilidad, no solo con respecto a lo que dice, sino también, a la veracidad de sus anuncios.

¿Cómo te sentaría que una persona corrupta que tú conozcas te diese un discurso sobre honestidad y buenas prácticas?

Para poder persuadir a tu audiencia lo primero que necesitas es tener credibilidad. Si ellos no te ven como alguien en quien confiar, poco importa lo bien estructurados que tengas tus argumentos o lo rico que sea tu lenguaje ya que será muy difícil que consigas convencerlos.

El *logos* implica la lógica y el razonamiento. Así, el orador apela a la razón y espera elocuencia por medio de argumentos racionales. La audiencia, para poder internalizar un mensaje necesitará que el emisor transmita el mensaje con argumentos que le convenzan y persuadan de que es cierto lo que está diciendo, pero que además tiene una lógica y razonamiento digno de ser asimilado.

Finalmente, el *pathos*, se refiere a la persuasión de las emociones, el enfoque de apelar a las emociones de los oyentes para con ello, capturar la atención y el deleite del oyente.

Pathos se refiere a la capacidad que tienen las palabras del orador para generar emociones en la audiencia.

¿Se te ha puesto la piel de gallina alguna vez al oír el discurso de alguna película o de algún político? Apelar a las emociones es uno de los recursos más potentes que tiene un orador.

Podríamos decir que el *ethos* responde a la pregunta *¿Quién lo dice?* El *logos* responde a la pregunta *¿Qué dice?* Y el *pathos* responde a la pregunta *¿Cómo lo dice?* Y es en esta última pregunta en la que quisiera enfocarme en este momento: *¿Cómo estamos predicando la Palabra viva de Dios?*

Los predicadores solemos cometer el error, cada tanto, de poner nuestro énfasis en el *ethos* y en el *logos*; es decir,

descansamos en la autoridad de nuestro testimonio de lo que estamos diciendo y en los argumentos sólidos que preparamos para que nos escuchen con entusiasmo. Pero a veces descuidamos el aspecto de las emociones con las cuales tenemos que transmitir el Evangelio para que el oyente pueda, no solo aceptar el mensaje, sino para emocionarse al punto de poder cambiar realmente su vida. Olvidamos que las emociones mueven a la acción más que los razonamientos.

Una sola persona apasionada

Para poder mover a la gente a la acción necesitamos estar emocionados por lo que transmitimos. Si nosotros estamos emocionados, conectaremos a la gente con sus propias emociones. Y para ello, un elemento indispensable es sin dudas estar *apasionados*.

No basta la vida de oración y la capacidad de oratoria que tenga el predicador, es necesario que este sea un motivador, que tenga un entusiasmo, una fuerza motivadora que inspire y mueva las masas; en definitiva, que tenga **pasión**.

Jesús dijo:

“He venido a traer fuego a la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!”

Lc 12, 49

Ese fuego es símbolo de la pasión que vendría sobre la Iglesia para que se dedique a evangelizar y para que llegue inclusive hasta dar su vida por esta causa. Pero dicho fuego llegaría recién cuando el Espíritu Santo se derrame en Pentecostés. Jesús anhelaba que “ya” ese fuego estuviese ardiendo en los corazones de sus discípulos, pero aún no había llegado *“el tiempo de la pasión”*.

Una sola persona apasionada es capaz de cambiar la historia de la humanidad. Es increíble lo que Dios puede hacer por medio de un predicador apasionado. Si repasamos la historia del cristianismo nos cansamos de encontrar testimonios de hombres y mujeres de Dios que con una pasión desbordante produjeron un impacto en la época que les tocó vivir a través del mensaje que el Señor les pidió que anunciaran. Nombremos algunos para ejemplificar esto:

- San Francisco de Asís: fue capaz de cambiar la historia de la Iglesia de su época, corrompida y en decadencia, proponiendo desde su humilde, pero poderoso mensaje, los ideales evangélicos vividos radicalmente.

- Martín Lutero: hay una frase que sobre él dice un historiador católico que quisiera destacar como modelo de su pasión: *“En muy pocas ocasiones un solo hombre ha sido capaz de desencadenar un cambio tan radical en el curso de la historia”*⁸

- Martin Luther King: conocido como el emancipador de los negros, supo luchar como ningún otro en la historia por la libertad de los negros esclavos y en contra de su discriminación racial. Es reconocido como uno de los oradores más magníficos que pisaron la tierra. Su martirio fue una semilla de alto impacto en su época y en las venideras.

- Teresa de Calcuta: su pasión por servir a Jesús en la persona de los más pobres ha hecho de ella uno de las mujeres más amadas de todos los tiempos. Con un mensaje apasionado por Jesús y por los pobres, su influencia para la humanidad es incalculable.

- San Juan Pablo II: hay un antes y un después de la vida del cardenal Karol Wojtyla por este mundo. Su pasión hizo

⁸ÁLVAREZ GÓMEZ, Jesús. Manual de Historia de la Iglesia. Ed.Claretianas. Madrid. 1995. pág. 205

que su pontificado sea uno de los más fecundos de todos los tiempos. La conmoción mundial que provocó su muerte en gente de toda raza, credo, lengua y nación da una evidencia cierta de la diferencia que puede marcar un solo hombre apasionado. ¿Quién puede dudar de la pasión con la que anunció el Evangelio este Papa polaco en sus inagotables viajes alrededor del mundo?

Me he limitado a darte solo algunos nombres de apasionados cuya influencia es perenne. Pero si de predicador apasionado tengo que hablarte, hay “uno” del cual quiero hacer un apartado especial.

El apasionado de los apasionados

De todos los predicadores apasionados de los cuales estudié en mi vida existe uno que se destaca, al menos así lo veo yo, en gran manera: el Apóstol Pablo.

Para alcanzar a comprender el alcance de su ministerio habría que situarse en lo que era la historia de la humanidad (fíjate que digo de la humanidad y no sólo de la Iglesia o del cristianismo) antes de su conversión y ver su influencia a partir de que este hombre se entregó a Cristo.

Hace 2000 años este joven hombre de Tarso tenía una pasión extraordinaria por acabar con el cristianismo. Lo perseguía a muerte. Era un fariseo a ultranza y servía a Dios con devoción. Cuando Dios lo elige para que sea el apóstol de los paganos, no le cambió para nada su temperamento apasionado, por el contrario, se lo exacerbó por medio de su gracia. Lo que necesitaba cambiarle era su motivación, no su pasión.

Lo que Dios puede hacer con un solo hombre apasionado lo podemos ver claramente en los frutos de la labor paulina en la historia.

En una época donde no existían los faxes, teléfonos celulares, correos electrónicos, Internet, televisión ni radio, se dedicó a propagar el Evangelio de Jesucristo por todo el Imperio Romano, de punta a punta, recorriendo una y otra vez a pie o en barco, decenas de naciones de distintas lenguas, enfrentándose a peligros constantes, de los cuales él mismo da cuenta en una de sus cartas:

“Yo lo soy más que ellos. Por mis numerosas fatigas, más por el tiempo pasado en cárcel, mucho más por los golpes recibidos, y muchas veces me encontré en peligro de muerte. Cinco veces fui condenado por los judíos a los treinta y nueve azotes, tres veces fui apaleado, una vez fui apedreado, tres veces naufragué y una vez pasé un día y una noche perdido en alta mar.

Viajes frecuentes, peligros de ríos, peligros de bandidos, peligros por parte de mis compatriotas, peligro por parte de los paganos, peligros en la ciudad, peligros en lugares despoblados, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos. Trabajo y agotamiento, con noches sin dormir, con hambre y sed, con muchos días sin comer, con frío y sin abrigo.

Además de estas y otras cosas, pesa sobre mí la preocupación por todas las Iglesias ¿Quién vacila que yo no vacile con él? ¿Quién se viene abajo sin que un fuego me devore?”

2 Cor 11, 23-27

Esta carta la escribe alrededor del año 50, recién comenzado su ministerio. Murió en el año 67, y fueron los últimos años de su vida los más duros, pues desde el año 64 empezó a imperar un tirano cruel llamado Nerón que lo persiguió (al igual que a todos los cristianos que vivían en Roma) despiadadamente. Imagina lo que dirían sus relatos de aventuras hacia el final de su vida.

¿Qué lo puede haber movido a vivir semejante vida? ¿Qué lo habrá hecho entregarse a tan delirante causa? ¿Sabes qué es lo que lo impulsó? Su Pasión por Jesucristo.

A los filipenses les relata:

“Al tener a Cristo consideré todas mis ventajas como cosas negativas. Más aún, todo lo considero al presente como pérdida en comparación con esa extraordinaria ganancia que es conocer a Cristo Jesús, mi Señor. A causa de Él ya nada tiene valor para mí y todo lo considero como basura mientras trato de ganar a Cristo...quiero conocerlo, quiero probar el poder de su resurrección y tener parte en sus sufrimientos; y siendo semejante a Él en su muerte, alcanzar, Dios lo quiera, la resurrección de los muertos.

No creo haber conseguido ya la meta ni me considero un “perfecto”, sino que prosigo mi carrera hasta conquistarlo, puesto que ya he sido conquistado por Cristo. No, hermanos, yo no me creo todavía calificado, pero para mí ahora sólo vale lo que está adelante; y olvidando lo que dejé atrás, corro hacia la meta, con los ojos puestos en la vocación celestial, quiero decir, de la llamada de Dios en Cristo Jesús.”

Fil 3, 7-14

Como vemos, Pablo era casi un fanático de Jesús, tenía una pasión descabellada por Él. Eso es lo que movilizaba a las masas: su entusiasmo, su garra para avanzar siempre por más. En una ocasión lo apedrearon hasta verlo desangrándose; cuando creyeron que había muerto, lo lanzaron fuera de la ciudad. Pero al reaccionar de los golpes de las piedras, lejos de dejarse conducir a un albergue donde lo sanen y le curen sus heridas, se puso de pie apresuradamente, pues le urgía seguir predicando a los demás poblados (Cf. Hch 14, 19 -20). Eso, señoras y señores, se llama PASIÓN.

Tiempo después, se encontraba sólo en Atenas, a donde había tenido que huir por causa de las persecuciones, y dice la Palabra de Dios que *“su espíritu hervía viendo la ciudad plagada de ídolos”* (Hch 17, 16). Y empezó a buscar la ocasión propicia para anunciarles el Evangelio a los griegos. Si eso no es pasión, la pasión ¿Dónde está?

Al momento de su conversión había tan solo un pequeño puñado de seguidores de Jesús considerados como una secta religiosa a la que llamaban “El Camino”. Al cabo de unas generaciones, la religión oficial del Imperio sería el cristianismo,

gracias a la expansión del Evangelio por cuya causa quiso consagrarse un solo hombre apasionado.

Pablo, es además, el escritor de la mayor parte del Nuevo Testamento. Sobre su doctrina se afianzó el cristianismo, que marcaría y sellaría profundamente los siglos posteriores de la humanidad. Toda la edad media, la moderna y la contemporánea, están impregnadas por la influencia del cristianismo; basta estudiar la historia universal de los últimos veinte siglos para constatarlo.

Se lo ha acusado a lo largo de la historia a Pablo de tantas cosas: de fanático, de zelote, de intransigente, de machista, etc. etc. Pero de lo que jamás se lo podrá acusar es de haber sido un “tibio”.

El poder que viene de lo alto

Antes de ascender a los cielos, Jesús les indicó a los apóstoles:

“Recibirán el poder que viene de lo alto (el Espíritu Santo) y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra”

Hch 1, 8

Esa fuerza, ese poder, esa pasión, la recibieron el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo se derramó sobre sus vidas, movilizándolos a dar testimonio de Jesús. Hasta entonces habían permanecido escondidos, atemorizados por la persecución de los judíos, sin ánimo, sin entusiasmo...sin pasión. Pero cuando ese poder prometido vino sobre sus vidas, decidieron salir a evangelizar, aún a costa de perderlas. De hecho, todos los apóstoles, salvo Juan, murieron mártires, algunos colgados de una cruz, otros mutilados, otros arrojados

de murallas, otros decapitados. Todos por la causa de Cristo dieron su vida.

En el primer discurso de Pedro se convirtieron 3000 personas. Hoy día, como diría el padre Emiliano Tardiff, con 3000 discursos no convertimos a una sola persona. ¿Qué nos estará faltando? ¿Sabes que es lo que nos falta? La PASIÓN del Espíritu Santo.

Es muy peligroso que un predicador pierda el entusiasmo, la pasión del principio. Hay algunos que se excusan diciendo *“Bueno, yo no tengo el ardor del principio, pero sigo predicando, mantengo el compromiso, al menos soy fiel”*. Error, eso es pereza disfrazada de reverencia. Es conformismo, es dejar de subir y estancarnos donde estamos. Además, otra corrección: no eres “fiel” por seguir estando en el lugar que te comprometiste a estar. Simplemente eres “perseverante”. Ser “fiel” es mucho más que permanecer, ser “fiel” es procurar siempre crecer, mantener siempre viva la pasión.

El Señor le dice a la Iglesia de Éfeso:

“Conozco tus obras, tus dificultades y tu perseverancia. Sé que no puedes tolerar a los malos, y que pusiste a prueba a los que se llaman a sí mismos apóstoles y los hallaste mentirosos. Tampoco te falta la constancia, y has sufrido por mi nombre sin desanimarte, pero tengo algo en contra tuya, y es que has perdido tu amor del principio”

Ap 2, 2-4

Hay matrimonios que después de varios años de convivencia pierden la pasión, pero se conforman con mantener el amor. Es cierto que el amor es mucho más que pasión, el amor ciertamente es un compromiso. Pero la pasión ayuda a que ese compromiso de estar con el otro deje de ser una carga y se convierta en gozo.

Ahora bien, quizás te preguntes *“Y si he perdido la pasión con mi pareja ¿Cómo puedo recuperarla?”* Bueno, no es fácil,

pero la pasión se puede restaurar. Para ello se necesita invertir tiempo en tu pareja, buscar aquellos elementos del principio que los enamoraron, tener gestos nuevos y creativos, etc. Se trata de soplar las brazas para que se vuelvan a encender.

Lo mismo sucede en el área espiritual, puede que hayas perdido la motivación, el entusiasmo, la pasión del principio por servirle al Señor, pero no debes conformarte con esa situación. Al Señor le dan asco los mediocres. A la Iglesia de Laodicea le dice:

“Conozco tus obras: no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, y no frío o caliente, voy a vomitarte de mi boca”

Ap 3, 15-16

Ni se te ocurra estar tranquilo mientras ya no tienes pasión por Dios. Desespérate, llora, clámale al Cielo por socorro, invierte horas de oración, de estudio bíblico, de lecturas espirituales que te edifiquen, de retiros...no sé, pero haz algo por favor. Más aún si eres predicador. El Señor dice:

“Si la sal deja de ser sal ¿Con qué se la salará de nuevo? Ya no sirve para el campo ni para el estiércol, por lo tanto se la tirará afuera”

Lc 14, 34-35

En una ocasión, Timoteo, el gran discípulo de Pablo, cayó en esta trampa de andar desanimado, triste, sin pasión. Y esto le preocupaba bastante a Pablo, pues Timoteo era nada más y nada menos que el obispo encargado de pastorear el rebaño que él mismo no podía pastorear a causa de las persecuciones permanentes que le hacían. Por lo tanto decide escribirle una carta desde la cárcel diciéndole:

“...por eso te invito a que reavives el don de Dios que recibiste por la imposición de mis manos. Porque Dios no nos dio un espíritu de timidez, sino un espíritu de poder, de amor y de buen juicio”

La palabra “reavives” es una palabra griega compuesta, la palabra “*anazo-purein*”, que traducida significa:

Anazo: soplar

Purein: fuego

Se trata, pues, de soplar el fuego para que arda más fuerte, como cuando uno prepara un asado.

Es el Espíritu Santo el que debe soplar en nuestras vidas, como lo hizo en Pentecostés con los apóstoles. Por eso, nuestra primera oración debe ser de clamor al Espíritu Santo cuando nos encontramos faltos de pasión. Pues, dice Pablo que se nos dio un espíritu de “poder”. Esta palabra “poder” es la traducción de la palabra griega “*dynamos*” que también se puede traducir como fuerza, energía, pasión. Podríamos decir entonces que el Espíritu Santo coloca en nuestro ser un espíritu de pasión. Se trata del **poder que viene de lo alto.**

El poder de la pasión

La pasión tiene un poder especial para encender en otros esa pasión. Donde hay predicador apasionado habrá gente recibiendo la Palabra de Dios con gozo, con alegría, con entusiasmo. Pero si el evangelizador está apagado, habrá gente desmotivada, que dejará pronto de escuchar el mensaje y con su mente se dispersará en cualquier otro sitio. Es como aquella semilla que dice Jesús en el Evangelio que cae al costado del camino y las aves se la llevan.

La pasión se contagia, pero también el desánimo.

Necesitamos urgente los predicadores entender sobre esta necesidad imperiosa de estar encendidos, apasionados. Juan Pablo II decía acerca de la Iglesia Latinoamericana:

“Necesitamos una nueva evangelización, nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión”

No dice nueva en su contenido, porque la doctrina es siempre la misma. Se trata de una novedad en el ardor, en la pasión, porque si no estamos entusiasmados con lo que proclamamos nadie creerá; porque si no estamos convencidos de lo que anunciamos, no convenceremos a nadie; porque si no estamos apasionados por el Señor, nadie querrá vivir una vida cristiana, no querrán ser como nosotros.

Los obispos de toda Latinoamérica y del Caribe reunidos junto a Benedicto XVI en Aparecida, Brasil, han soslayado como una situación preocupante el éxodo masivo que se está dando de la Iglesia Católica a las Iglesias pentecostales evangélicas en nuestro continente. Habrá seguramente muchas causas de dicha emigración, pero una que no podemos desconocer es la falta de pasión con la que muchas veces vivimos nuestra fe los católicos, más cerca del “velorio” que de la “fiesta” en nuestras celebraciones, con mensajes aburguesados que entran por un oído y salen por el otro, con ministerios que se viven más como una “profesión” que como una “vocación”. Es fácil entender que muchos católicos no bien formados, pero sí con sentido común, sean atraídos por la manera como celebran y viven su fe otros cristianos más enardecidos que están apasionados por el Evangelio de Jesucristo y por su Reino.

Cómo cambiarían las cosas en nuestra santa Iglesia si pudiéramos con más insistencia, como hace 2000 años, el poder que viene de lo alto; entonces viviríamos ese avivamiento que tanto necesitamos para gozarnos en el Señor.

El poder del entusiasmo

"El entusiasmo es contagioso. Es difícil mantenerse neutral o indiferente en presencia de una persona de pensamiento positivo."

Denis Waitley

Recuerdo que, cuando era más joven, salí a comprarme mi primer teléfono celular; yo quería que sea uno de esos con tapa, que al abrirlos puedes atender directamente la llamada entrante. Fui a un hipermercado. Al llegar al puesto de celulares la jovencita que debía atenderme estaba atendiendo una llamada que parecía personal. Al rato de varios minutos haciéndome esperar, por fin se dignó a atenderme, sin cortar su llamada. Había una especie de tedio en su rostro, la notaba un poco furiosa lo que había interrumpido su llamada. Le conté el tipo de celular que buscaba y me dijo:

-No, no tengo de esos. Bah, tengo uno, pero no te va a gustar. ¿Querés que te lo muestre lo mismo?

-No, está bien, gracias.

Me quedé indignado del pésimo modo de atender al cliente. Decidí ir a otro hipermercado. En este, había dos puestos de celulares. En el primero me atendió un varón que simplemente se limitó a mostrarme un aparato que me parecía horrible. Mientras yo lo miraba tratando de convencerme a mí mismo de que no era un cocodrilito de juguete, el joven sólo miraba en silencio. Ni una palabra.

Fastidiado nuevamente por la calidad de atención de estos promotores de celulares, decidí ir al otro puesto. Si aquí también me atendían mal desistiría de mi propósito de comprar un celular. En el puesto se encontraban dos jovencitas conversando.

-Hola, disculpen ¿Tienen algún celular con tapa?

-No

-Ahhh...y... ¿Traerán en algún momento?

-No creo

Imagino que ya estás imaginando mi rostro furioso al salir de ese hipermercado. Decidí no comprarme un celular, estaba indignado. Sin embargo, en el camino a casa, en una calle cualquiera de un barrio sencillo, vi un cartel de venta de celulares y opté por hacer el ultimísimo intento.

Al entrar al local me recibió un hombre canoso con una sonrisa en sus labios, como si me hubiese estado esperando desde hacía tiempo. Cuando le mencioné mi necesidad de comprar un celular con tapita, inmediatamente sacó uno de su mostrador, y empezó a decirme verbosamente:

- Ja, ja. Claro que sí. Este es el celular que vos estabas buscando. ¡No sabés lo que es este aparatito! Ya no se fabrican más de este modelo. Mi hija tiene uno hace años; tiene un millón de funciones, te vas a volver loco, además bla...bla...bla...

Yo quería meterme en su monólogo publicitario para explicarle que no me convencía mucho ese modelo, que yo buscaba otra cosa, pero no me dejaba. Me hablaba con tanta pasión de este celular. Los próximos minutos se los pasó mostrándome una a una sus funciones; le colocó un chip y empezó a hacer llamadas para probarlo. Realmente se lo veía convencido de que estaba promocionando un hermoso producto.

Terminé comprándole ese celular allí mismo, y me acompañó por casi tres años. La actitud de este hombre fue lo que me motivó y me convenció. Era la antítesis de los anteriores vendedores.

Ese suceso me llevó a pensar que tú y yo muchas veces podemos estar evangelizando como esos promotores avinagrados, sin pasión ni entusiasmo alguno. Y lo que estamos logrando es que la gente se aleje de Dios por nuestra culpa.

Tú y yo debiéramos ser como aquel vendedor canoso enamorado de lo que vendía y estar tan apasionados por lo que

creemos que contagiemos a los que nos rodean a vivir como vivimos nosotros.

Imagínate lo triste y decepcionante que sería que como predicadores les digamos a quienes están escuchándonos:

- Bueno gente linda, no tengo muchas ganas de predicar, así que voy a decir algunas cositas así nos vamos rápido a nuestras casas. Hoy quería hablarles de Jesús. Sinceramente no sé si existe, pero bueno...si existe habrá que pedirle algo. Y si no existe estamos perdiendo el tiempo acá hoy.

Yo de ningún modo me quedo sentado escuchando a una persona que hablede ese modo. Tú seguramente tampoco. Porque el entusiasmo del orador es un elemento determinante para captar la atención del oyente.

Quizás no seas una persona enérgica, ni tengas una personalidad apasionada; no hace falta necesariamente que la tengas. Se puede tener pasión sin tener una personalidad apasionada. La pasión se mide por el entusiasmo, la entrega y el amor por una causa.

Predicador, **¡Apasionate!**

PREDICAR ES MUCHO MÁS QUE HABLAR

No solo tenemos que cuidar nuestra correcta manera de hablar, sino también de escuchar a Dios y de hacer vida su Palabra en nosotros.

No es suficiente conocer todas las técnicas de oratoria, de retórica, ser un eximio predicador en la elocuencia de dar un mensaje, en las ilustraciones elegidas a la hora de dar un mensaje o en el modo de armar un bosquejo, como veremos en los siguientes capítulos. No. Hay algo más importante aún, y que tiene que ver con dos verbos que necesita profundizar un buen

predicador además del verbo hablar: son los verbos **escuchar** y **vivir**. De esto se trata predicar principalmente, de escuchar al que nos envía a dar el mensaje, y de hacer vida ese mensaje. Solo después de estas dos acciones podemos pararnos a hablarle a una asamblea. Analicemos ambas acciones.

1. ESCUCCHAR LA PALABRA DE DIOS

Shemâ Israel

En cierta ocasión un escriba le preguntó a Jesús cuál era el mandamiento principal. Los judíos tenían un catálogo de preceptos bíblicos y les salían nada menos que 613: 365 prohibiciones y 248 mandamientos positivos.

Jesús responde al escriba citando el Deuteronomio (Dt 6,4), y le dice que el primer mandamiento es:

"Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es uno solo. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas tus fuerzas"

Mc 12,29

Solemos decir que el primer mandamiento es amar, pero si nos fijamos bien, lo primero que dice el texto es "Shemâ Israel": "Escucha". Según esto, cronológicamente el primer mandamiento es escuchar. Lo primero que Dios espera de nosotros es que le escuchemos. Si no escuchamos, no sabremos qué tenemos que transmitir a los demás de parte de Dios.

Decía San Ambrosio que *"a Dios hablamos cuando oramos, y le escuchamos cuando leemos las palabras divinas"*. Si la oración es un intercambio de amor, es también un intercambio de palabras entre Dios y nosotros.

Desgraciadamente muchos usan tantas palabras en su oración, que no le dejan a Dios meter un bocado. Por eso Jesús reprende la mucha palabrería en la oración, y nos advierte que

esa manera de orar es propia de los paganos, que creen que por mucho hablar van a ser escuchados, pero en realidad sólo escuchan el eco de sus propias voces (Mt 6,7).

Y encima nos quejamos del silencio de Dios, y le tachamos de mudo, cuando en realidad somos nosotros los que estamos sordos (Sal 83,2). Para poder oír hay que tener los oídos abiertos. En el rito del bautismo hay un momento en que el sacerdote pone sus dedos en los oídos y la boca del bautizando y pronuncia las palabras de Jesús al sordomudo de la Decápolis: "Efatáh": "¡Ábrete!" (Mc 7,32-34).

La capacidad de escucha es una gracia bautismal, pero desgraciadamente a muchos cristianos se les cierra el oído después. El profeta notaba cómo Dios *"le abría el oído cada mañana para escuchar como un discípulo"* (Is 50,4). Todos tenemos la experiencia de que ha habido momentos en que hemos escuchado claramente la palabra de Dios, pero que un momento después se nos ha vuelto a cerrar el oído. Es necesario que se nos abra el oído cada mañana al desperezarnos del sueño.

El mejor hábito que existe

Es verdad que Dios habla de muchas maneras distintas, y su palabra nos llega también a través de los acontecimientos de la vida y de los signos de los tiempos, pero el lugar privilegiado para escuchar su palabra es la Sagrada Escritura. Nunca deberíamos sentarnos a orar sin tener a mano algún texto bíblico. Como decía San Ambrosio, Dios se sigue paseando por el paraíso cuando leemos las Escrituras.

Uno de los signos de una persona que ha nacido de nuevo es el deseo de leer la Escritura, y el gusto espiritual que experimenta al hacerlo. Uno devora el texto, que como dice el Apocalipsis es primeramente dulce en la boca, pero luego abrasa las entrañas (Ap 10,10; Ez 3,1-3). Por eso antes de leer la Escritura conviene invocar al Espíritu Santo, para que el mismo

Espíritu que inspiró a los autores sagrados inspire también al lector de hoy.

El salmo 119 es el más largo del salterio hebreo. Se ve claro que su autor había tenido esta experiencia espiritual cuando se refiere a la palabra de Dios como "delicias del fiel (v. 22), dulce al paladar más que la miel a la boca (v. 103), antorcha para mis pies y luz en mi sendero (v. 105), mi herencia para siempre, la alegría de mi corazón (v. 111), mejor que miles de monedas de oro y plata (v. 72), cantares para mí en el lugar de mi destierro" (v. 54).

Es sumamente conveniente proponerse un tiempo cronológico estable de meditación de la Palabra: 10, 20, 30, 60 minutos; lo que tu espíritu te indique. Si lo haces cada día, puede que te cueste mantener el hábito al principio, pero a medida que te afiances en el desafío verás que se te irá haciendo cada vez más fácil orar; hasta que finalmente orar se convierta en algo necesario y por qué no en *tu mejor momento del día*. Consigue el hábito. Aristóteles decía, y hoy lo confirma la ciencia, que un hábito se logra al repetir 21 días una misma acción. Menos de un mes te tomará desarrollar lo que considero el hábito más importante que puede desarrollar una persona: orar con la Palabra de Dios.

Lograr el hábito te ayudará mucho cuando no tengas ganas de orar; de la misma manera que uno está predispuesto a dormir a las noches aun cuando no tenga sueño. En este caso el cuerpo está entrenado para descansar. De la misma manera tu espíritu debe ser entrenado para estudiar y meditar su Palabra.

Una manera maravillosa y privilegiada que tiene un predicador para prepararse para la prédica es orar leyendo y meditando la Palabra de Dios a través del método de la *Lectio Divina* como un modo de acercarnos a la Biblia y rumiarla

preguntándole a Dios en oración acerca del texto: *¿Qué dice? ¿Qué me dice a mí? ¿Qué le respondo yo?*⁹

Adquirir este sagrado hábito de meditar orando un texto bíblico por día puede transformar nuestras vidas por completo en unos pocos días, porque *“la Palabra de Dios es viva y eficaz”* (Heb 4, 12). Un solo versículo bíblico puede más que todas las enciclopedias y libros de predicación que podamos leer.

La dependencia de Dios

Los predicadores deben recurrir a Dios antes que a cualquier otra cosa en sus vidas. Dios no es el último recurso de la vida del predicador, *es el primero*.

Depender de Dios es sencillamente no moverse sin encomendarse a Dios. El predicador que ha hecho de Dios su primer recurso depende de Él para todo. Cuando digo para todo no digo sólo sus tareas espirituales; digo TODO. Sus tareas de cualquier tipo tienen a Dios como acompañante y protector: cocinar, manejar el automóvil, ver una película, encontrarse con un amigo, hacer algún tipo de deporte. Depender de Dios pasa a ser un estilo de vida.

No hay nada que Dios no esté dispuesto a hacer por la persona que depende de Él. No es la cantidad de oraciones, ayunos, procesiones, peregrinaciones, etc. lo que mueve la mano de Dios, sino tu dependencia de Él. Y sólo podemos comenzar a ser utilizados como predicadores cuando dependemos por completo de Dios.

El rey David es un testimonio maravilloso de dependencia en la Biblia. Por eso tenía un corazón conforme a Dios, porque ante cada situación importante de su vida le consultaba al mejor consejero. Lo vemos a cada paso de su vida dependiendo de Dios

⁹ Más adelante explicaré cómo adaptar la Lectio Divina al armado de un bosquejo para predicar.

para cada paso que tenía que dar (Cf. 1 Sam 23, 1-13; 30, 6-8; 2 Sam 2, 1).

Cuánto más necesitaremos nosotros ese tipo de dependencia para transmitir a la gente una palabra que venga de Dios y no de nuestras emociones o deseos personales.

2. VIVIR LA PALABRA DE DIOS

También es imprescindible a un predicador vivir la Palabra de Dios, y no contentarse solo con oírla. Así lo dice Santiago:

“Pongan por obra lo que dice la Palabra y no se conformen con oírla, pues se engañarían a sí mismos”

Stgo 1, 22

Somos influencia

Una persona que predica de por sí es influencia. La gente que nos escucha, antes de escuchar nuestras palabras mira nuestra manera de vivir; nos están observando para saber cómo actuar en sus propias vidas.

Por eso debes estar atento a la manera como vives. Porque hay mucha gente que quiere ser como tú. Inconscientemente comenzarán a imitar actitudes tuyas que le hayan impactado, o a repetir palabras o gestos tuyos. Y esto no es porque al otro le falte identidad o personalidad, sino porque tu manera de ser es inevitablemente una influencia para ellos.

Pablo sabía del poder de influencia que tenía su ministerio sobre los demás. Y por ello mismo es que entendía lo importante que es el testimonio personal. Cuando le dice a Timoteo: *“no dejes que te critiquen por ser joven, sino que más bien procura ser un modelo de los creyentes por tu manera de actuar, tu*

conducta, tu caridad, tu fe y tu vida irreprochable” (1Tim 4, 12), lo que le está indicando es que es influyente sobre los demás. Por ello el testimonio personal es tan importante para ser predicador.

Ser predicador tiene una gravedad extrema porque de nuestro estilo de vida va a depender que uno, diez o millones de millones conozcan a Jesús y se entreguen a Él. No tenemos idea de lo que puede hacer en la vida de los demás un simple gesto o palabra nuestra. A veces son cosas totalmente insignificantes para nosotros las que impactan a otros. Tengo el caso de varios alumnos míos que besan la Biblia cada vez que la cierran por el sólo hecho de haberme observado hacerlo a mí.

Somos influencia. No es algo de nosotros lo que influencia, sino nuestra vida entera. Todo lo que hacemos y decimos, lo que pensamos y sentimos puede influenciar la vida de los demás para siempre. La música que escuchamos, la manera de vestirnos, lo que hablamos, lo que estudiamos, dónde trabajamos, nuestro pasado, nuestras metas en la vida, la forma de caminar y de reírnos, nuestros hobbies, etc. TODO, absolutamente TODO lo que somos y hacemos es influencia. Es tu ESTILO DE VIDA lo que afecta a los que te observan. Ven como vives y eso empieza siendo un llamado de atención hasta convertirse en una marca en el destino de las personas.

Un día Francisco de Asís invitó al hermano León a predicar. Salieron del convento, recorrieron la plaza pública y luego regresaron. Entonces, el fraile preguntó:

- *¿A qué horas vamos a ir a predicar?*

- *Ya lo hicimos* -le respondió Francisco-

- *Pero, si no hemos hablado...*

- *Si nos parecemos a Cristo, quienes nos vieron ya se quedaron pensando en él. Ya les predicamos con nuestro ejemplo, pues un hombre que está lleno de Dios lo comunica a*

ES TIEMPO DE **PREDICAR**

todos. Procura predicar siempre fray León, y si te es muy indispensable...habla.

CAPÍTULO 3:

**TÉCNICAS DE
ORATORIA**

Veamos ahora algunas técnicas de oratoria que ayudarán al mensajero a ser más efectivo a la hora de comunicar la Buena Nueva de parte de Dios.

Empecemos analizando tres términos que necesitamos conocer como predicadores:

Oratoria: es el arte de hablar con elocuencia.

Retórica: ciencia de hablar bien para lograr una buena comunicación. La Real Academia Española la define así: “Arte de dar al lenguaje escrito o hablado suficiente eficacia para deleitar, persuadir y conmover.”

Homilética: Arte y ciencia de predicar la Palabra de Dios.

Como vemos, los tres términos están relacionados. Podríamos decir que la homilética es una rama de la retórica, y esta a la vez se desprende de la oratoria. En este capítulo trataré de brindar técnicas que se entremezclan de estas tres ciencias que tienen que ver con la comunicación eficaz.

Para que nuestra predicación tenga impacto en la gente tendremos que lograr deleitar, persuadir y conmover a la audiencia. Y como los seres humanos llevan más de mil años estudiando técnicas para lograr estos propósitos, quiero acercarte algunas de las que considero las más importantes a tener en cuenta a la hora de evangelizar. Las distribuiré según tres momentos claves de una predicación: antes, durante y después de la misma.¹⁰

¹⁰ Sigo para este capítulo y el siguiente, la estructura y algunos que otros conceptos que iré parafraseando, de dos eminencias en el tema de la Formación para Predicadores Católicos, como son Salvador Gómez y Pepe Prado Flores en su libro *Formación de Predicadores*. GÓMEZ, Salvador y PRADO FLORES, José H. *Formación de Predicadores*. Ed. Rabunni, México. 2005. Cap. 8: “Cómo organizar el mensaje”.

ANTES DE PREDICAR

Tener una correcta presentación física

Muchas veces una deficiente presentación es un obstáculo para que todos los demás acepten el mensaje. La ropa manchada, una camisa sin botones o los zapatos sin lustrar dan una apariencia que empaña el mensaje que transmitimos. La presentación debe ser adecuada al público que vamos a abordar, pero al mismo tiempo nos debemos sentir a gusto nosotros: dientes limpios, uñas cortadas y en orden todo lo referente a la higiene corporal.

Estar en paz con Dios

Si la presentación exterior es importante, la interior es mucho más. Reconciliarse con Dios, incluso si es necesario a través del Sacramento de la Reconciliación; perdonar o/y pedir perdón, purificar motivaciones, etc., son aspectos esenciales para no ser acusados interiormente por Satanás mientras predicamos.

Llegar a tiempo al lugar de la predicación

Debemos intentar no llegar retrasados, sudando, nerviosos, al lugar donde predicamos. Si llegamos con prisa, esto se reflejará en nuestra predicación. En vez de transmitir paz, vamos a comunicar desasosiego. Especialmente en los primeros minutos de la predicación, que son esenciales para entablar contacto con los oyentes.

Es bueno estar en el lugar de la predicación desde antes que llegue todo el mundo, observar los detalles, adornos, posters. etc. Allí encontrarás un motivo para la predicación.

Además, es muy importante pasar un tiempo tranquila/o y solo frente a Dios, la Palabra y nosotros mismos antes de empezar a predicar. También repasar mentalmente el mensaje que vamos a dar. Nada de esto sería posible si llegamos sobre la hora o tarde a nuestra propia predicación.

Procurar estar bien descansados y alimentados

Está demostrado que descansar poco o mal reduce considerablemente la capacidad de pensar y tu nivel de energía física. Ambas son necesarias para predicar con eficacia la Palabra de Dios.

Lo mismo podríamos decir acerca de la correcta alimentación. Ej: si tienes que predicar después de un almuerzo o cena, procura comer sano y en la medida correcta. Ni más ni menos. Tenemos que lograr que nuestro cuerpo, principal canal para transmitir el mensaje, esté en condiciones óptimas para la evangelización.

DURANTE LA PREDICACIÓN

Tomar autoridad

De pie frente al auditorio, debemos tomar autoridad en el nombre del Señor. No debemos sentirnos frustrados si hay poca gente, ni ponernos nerviosos frente a otros predicadores más famosos o a las autoridades religiosas que allí se encuentren. No cometamos el típico error de tratar de quedar bien ante ellos. Si tratamos de agradar a los hombres, vamos a quedar mal delante del Señor. Si Dios ha permitido que estemos allí, a punto de predicar, delante de ellos, es porque tenemos algo que comunicarles. Y el mismo Señor nos dará autoridad y palabras de poder y bendición para hacerlo, como se lo prometió a Jeremías:

“No le temas a nadie, que yo estoy contigo para librarte» (...)
He puesto en tu boca mis palabras.

Mira, hoy te doy autoridad sobre naciones y reinos,
para arrancar y derribar,
para destruir y demoler,
para construir y plantar».

Jer 1, 8-10

No va en contra de la humildad reconocerse enviado, embajador celestial, a cargo de un mensaje especial que transmitir, que si nosotros no lo hacemos, nadie lo hará por nosotros. Si titubeamos y nos menospreciamos, el mensaje de Dios no va a llegar como Él quiere. Por eso, tomemos autoridad. No estamos allí por iniciativa propia, sino porque hemos sido llamados y enviados por quien tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra. Jamás tenemos que bajar la cabeza ni hablar mal de nosotros mismos al presentarnos a predicar, no nos ridiculicemos a nosotros mismos.

Mirar correctamente

Miremos a la gente a la cara; no bajemos la vista, ni prediquemos al techo. Prediquemos a los ojos, que son la ventana del corazón.

En la Biblia está muy claro que Jesús los miraba a todos, pasando sus ojos sobre las personas. Así tenemos que mirar a la gente, con seguridad, serenidad y amor.

Es conveniente pasear la mirada de atrás hacia adelante. Y en todo caso, es conveniente cada tanto detener la mirada en los de atrás, porque así el tono de nuestra voz va a ser más fuerte. Si miramos sólo a los de adelante, nuestro tono será más moderado. Recordemos que todos han venido a escucharnos. Por tanto, hablemos siempre para los de atrás, capturemos la mirada de ellos y podemos estar seguro de que los de adelante nos están viendo y escuchando bien.

No usar un mismo tono de voz

El uso de la voz es determinante en la predicación. Habla como eres tú, sin imitar a otro. Una cosa es impostar la voz, lo cual significa levantar el tono, para que surja una tonalidad más brillante, y otra muy distinta es imitar la voz de algún otro predicador al que admiramos.

Nunca comiences gritando, porque así te rechazarán desde el inicio. Y lo más importante: no uses siempre el mismo tono de voz. La voz se usa como la palabra escrita de un periódico, que contiene siempre todo tipo de letra: pequeñas, grandes, cursivas, normales, negritas. De igual manera existen cosas que se tienen que decir con fuerza, en voz baja, llamando la atención, subrayando, lentamente, enfatizando, aclarando, etc. Es indispensable saber poner el énfasis donde se necesita.

Alguna vez escuché a Steven Spielberg en una entrevista contar que el éxito de Jurassic Park consistía en colocar emociones variadas a lo largo del film. No se puede tener a la audiencia con muchos diálogos porque se duerme, pero tampoco con momentos de suspenso aterrador eternos. Se trata de ir nivelando las emociones que se pretende suscitar en la audiencia. Y cada diez minutos tiene que haber una escena de máxima tensión. Esa entrevista me hizo pensar que en la predicación se pueden aplicar tranquilamente estos conceptos del cine. Un buen orador sabe suscitar distintas emociones en el oyente a lo largo del mensaje.

Hay ocasiones que impacta más la voz suave, para atraer la atención, porque la gente no quiere perder ni una sola palabra. El éxito no está en el grito, sino en lo interesante que estás diciendo para ellos. No está en cómo lo digas, sino en lo que estás diciendo, aunque también sea importante la forma de expresión. Ejemplo: "Ahora les voy a decir un gran secreto, pero no se lo digan a nadie". Entonces, con voz, muy suave, añades: "*Hay más alegría en dar que en recibir*": Hech 20, 35.

Pero hay otras ocasiones en que el mensaje que estamos diciendo amerita una acentuación por medio del grito. No es un

grito estridente, sino una voz potente para declarar algo al oyente. Igualmente, cabe aclarar, que nunca debemos caer en el vicio de buscar el aplauso del oyente con nuestra elevación de voz. Uno de los peligros del predicador, como veremos más adelante, es caer en el “sensacionalismo”.

Modular correctamente

Con la voz hay que tener cuidado con no saber modular correctamente. Hay personas que hablan con una voz arrastrada, que embarra todas las palabras y no se entiende nada.

Para solucionar esto es bueno analizarse en una grabación. También se le puede pedir a un amigo que nos señale las fallas, porque casi siempre un predicador es el último en saber sus defectos. Y una técnica antigua, que la usaba el mismo Demóstenes, padre de la oratoria griega, hace más de 24 siglos atrás, es la de colocarse algo en la boca y ensayar hablar. Demóstenes se colocaba una piedra; hoy en día los expertos aconsejan colocarse una lapicera o lápiz en la boca y ensayar frente de un espejo lo que vamos a decir. Esto, está comprobado, ayuda a tener una correcta dicción y modulación de la voz.

Usar correctamente el micrófono

Un buen sonido es fundamental para la prédica. Hay lugares con tan pésimo sonido, que a la gente no le interesa estar esforzándose en poner atención para captar cada palabra. La falta de sonido adecuado suele ser el gran fracaso de muchos predicadores.

De todos modos, el uso del micrófono depende por lo general del auditorio que tenemos. Y tenemos que aprender a usarlo correctamente si queremos lograr una eficaz transmisión de la Palabra de Dios.

El micrófono de pedestal tiene la ventaja de que se puede regular más la voz, alejándose o acercándose, pero se pierde cierta libertad de movimiento. En todo caso, es conveniente

usar, en la medida de las posibilidades, un micrófono inalámbrico que nos permita movernos con facilidad. Tenemos que colocar la boca a unos 15 centímetros aproximadamente del mismo. Pero cuando gritamos nos tenemos que alejar del mismo, y viceversa, cuando hablamos suave nos tenemos que acercar.

También se puede usar un micrófono de solapa. En este caso se debe tener cuidado de no golpearse el pecho.

Predicar con el cuerpo

Cada día se subraya más la importancia del lenguaje corporal. El predicador no es simplemente un Cd que trasmite una idea. Toda su persona es comunicadora de un mensaje.

Esto no significa que debemos exagerar con gestos espectaculares o brincos, ni haciendo dramas de telenovela con cambios exagerados de voz y sollozos. Todo lo que sea artificial estropea la predicación.

Todo nuestro cuerpo debe ser mensajero de paz. Toda gesticulación, expresión y movimiento debe ser bendición para los oyentes y no ocasión de crítica o distracción.

Las manos, por ejemplo, deben servir para dibujar lo que estamos diciendo. Son como la orquesta que acompaña a un solista. El predicador debe sentir en sus manos cada frase que dice. Es un arte mover las manos con suavidad, elegancia y ritmo, sin gestos bruscos ni ofensivos.

Respirar correctamente

La respiración es clave, porque es la batería que alimenta de energía a la voz. Por ello es conveniente aprender a respirar bien mientras predicamos, para no quedarnos sin aire mientras hablamos, lo cual, además de que queda mal, le hace daño a nuestros pulmones.

Y procura inhalar el aire siempre por la nariz, no por la boca. Así se calienta y se purifica el aire y no daña tu garganta.

Procura no predicar sentada/o

Predicar sentados en una silla puede dar la impresión de cansancio o desgano. También puede sugerir más bien una clase o conferencia magistral más que un anuncio poderoso de la Palabra de Dios.

Por supuesto que si se trata de una necesidad física del predicador, estar sentado es legítimo. Nada impide que prediquemos con fervor un excelente mensaje estando sentados. Pero de ser posible, es mejor usar más que una silla, una banqueta (o piso, como le suelen llamar en algunos lugares del continente).¹¹

No ser tan autoreferenciales

Es importante dar testimonio de lo que el Señor ha hecho en nuestras vidas. Pero debemos tener cuidado con caer en una autoreferencialidad permanente. Predicamos la Palabra de Dios, no nuestras vidas. La gente se tiene que quedar con Dios, no con nosotros.

Hay un momento peligroso en el que se mezclan nuestras motivaciones correctas de dar testimonio de la obra de Dios con nuestras heridas de autoestima. Una cosa es inspirar a la gente y otra muy distinta enfocarla en nuestra propia persona. Nunca le quitemos la Gloria al que le corresponde.

¹¹En mi caso, hace diez años atrás, me diagnosticaron una sacralización congénita en mi columna (unión de nacimiento del sacro a la quinta vértebra lumbar) que me produce mucho dolor cuando estoy más de veinte minutos de pie. Eso me ha llevado en esta última década a pedirles a los organizadores de eventos que me tengan a mano, en la medida de sus posibilidades, una banqueta o silla alta para poder descansar la columna de vez en cuando.

No atacar a la audiencia

Otra cosa que debemos separar es la legítima exhortación que hacemos en el Nombre del Señor, del ataque agresivo a la audiencia en el nombre de nuestros desórdenes emocionales.

¡Cuidado con la soberbia! Algunos predicadores señalan con el dedo al oyente con un tono arrogante marcándoles sus errores y pecados. Como si uno fuera inmaculado y libre de todo pecado. No. La gente debe vernos tan frágiles como ellos.

Por eso conviene descartar el “ustedes” por el “nosotros”. Ej: En vez de decir: “Ustedes son pecadores que deben ser rescatados por Jesús”, debiéramos decir: “Nosotros somos pecadores que debemos ser rescatados por Jesús”.

No decir palabras duras sin usar aceite

Eso no significa que no debemos exhortar, edificar e indicar con fuerza el camino que debemos seguir. Pero no con soberbia, sino con la humildad de reconocer que somos iguales que esas personas que nos están oyendo. Y en todo caso, nunca debiéramos decir palabras duras sin utilizar aceite. Esta expresión significa que no debemos decir una frase bíblica fuerte, por ejemplo: “servidor infiel y perezoso” sin antes robarle una sonrisa a la comunidad con un comentario agradable.

En mi caso me gusta usar el humor como “aceite”. Cuando logramos que la gente se ría de lo que estamos diciendo, previo a decir una verdad fuerte, lo que conseguimos es que la gente pueda digerir más fácilmente la Palabra. A veces estoy diciendo que somos “razas de víboras o sepulcros blanqueados”, pero la gente se está riendo. Créeme que la risa es uno de los mejores filtros que existe para procesar una palabra dura.

No usar la prédica para corregir a alguien

Otro error grosero que podemos cometer al predicar es aprovechar el espacio para corregir las actitudes, pecados o

errores de una persona en particular. Ej: Nos enteramos que un miembro de la comunidad que está allí presente en la prédica está cometiendo adulterio. Y en medio del mensaje empezamos a condenar a los adúlteros y mandarlos al infierno. No. Además de ser muy cobarde, porque no nos animamos a confrontar a la persona cara a cara, estamos actuando al margen del consejo divino de la corrección fraterna que nos enseñó Jesús.

Revisar nuestras motivaciones

No pocas veces el predicador se descubre predicando por motivaciones incorrectas: para impresionar a la gente, para ganar dinero, para ser famosos, para quedar bien con alguien que está en la asamblea, para que nos vuelvan a invitar, etc.

El problema de estas falsas motivaciones es que nos hacen predicar los mensajes que a nosotros se nos ocurren, en vez de predicar lo que Dios nos manda. Nos hacen manipular las emociones del oyente o mentir al narrar historias o testimonios personales. Todo con el propósito de alcanzar una ambición personal que no tiene nada que ver con el carácter profético que debe tener un predicador.

Tener cuidado con las muletillas

Es normal el uso de ciertas muletillas que tenemos incorporadas en nuestra manera de predicar, ej: “eh”, “bueno”, “esteee”, etc. Pero si notamos, o alguien nos hace notar que son exageradas las mismas, debiéramos revisarlas, y procurar evitarlas, porque terminan distrayendo mucho a la audiencia.

Decir a cada rato una expresión, por ejemplo: “amén”, “Señor”, “aleluya”, etc. le quita la fuerza expresiva a la misma y se convierte en un obstáculo para la predicación.

No insultar la inteligencia de la audiencia

Cada vez que preguntamos a la audiencia: “¿Me entienden?”, le estamos diciendo prácticamente: “¿Tienen la

inteligencia suficiente para entender lo que les quiero decir?”. En lugar de eso, debíamos preguntar: “¿Soy claro?”, “¿Me estoy haciendo entender?” De ese modo cambiamos el foco del entendimiento a nuestra capacidad de explicación y no a la inteligencia del oyente.

No repetir tantas veces un mismo concepto

Es muy importante ser claros en la idea central que estamos predicando, pero no hay que abusar respecto de la repetición excesiva de la misma. A veces, como predicadores, repetimos y hacemos repetir tantas veces a la comunidad una misma idea, que termina perdiendo la fuerza evangelizadora que le queríamos dar inicialmente.

Tenemos que pedirle al Espíritu Santo que nos ayude a discernir en qué momento acentuar el concepto y en qué momento decir lo mismo, pero con otras palabras, para no aburrir al oyente.

No abusar del tiempo de predicación

Otros de los discernimientos indispensables que precisamos a la hora de predicar es el de saber cuándo terminar el mensaje. La comunidad oyente suele ser el mejor instrumento de discernimiento. Cuando vemos que la gente se empieza a mover en sus asientos, que comienza a mirarse el reloj, que bosteza o se dispersa frecuentemente, es hora de ir redondeando el mensaje.

Una ayuda importante que podemos brindarle al cerebro de las personas es anunciarles que estamos por terminar el mensaje. Eso le genera una especie de ventilación al cerebro y le motiva a perseverar en el uso de energía de concentración.

Pero procuremos no cometer el error de la mayoría de los predicadores, que es anunciar cinco o seis veces el final. Además del cansancio que generamos en la gente, perdemos credibilidad para la gente. Y si un día tenemos que volver a predicarles, ya no

nos creerán nuestro anuncio de cierre, y buscarán una vía de escape para desistir de la atención del mensaje.

No tenemos que aferrarnos a la idea de terminar todo el bosquejo que hemos armado. Cuando vemos que la gente se está desconectando del mensaje, tenemos que ir a la conclusión y resumir la idea central que queríamos transmitir. Esto, por supuesto, sin que la gente se dé cuenta que nos quedaron muchas cosas por decir. En todo caso, tendremos que manejar internamente la especie de angustia típica que le queda al predicador de no haber dado todo lo que se había propuesto transmitir.

Es muy importante el control del tiempo con un reloj de pared en la sala, o el nuestro puesto junto a nuestro bosquejo o al lado de la Biblia. Esto evita el andar mirándose uno el reloj permanentemente, lo cual genera mucho estrés y nerviosismo a la audiencia.

Ponerse en el lugar del oyente

La empatía no es una opción para el evangelizador, es un deber imprescindible. Tenemos que intentar con todas nuestras fuerzas de conectar con las emociones de los oyentes. Y para eso es indispensable ponernos en su lugar. ¿Cómo se estarán sintiendo con mi mensaje? ¿Estarán contentos, divertidos o más bien aburridos y desconectados del mensaje? Si yo estaría sentado entre el público, ¿me gustaría estar escuchándome? Si la respuesta es NO, definitivamente estamos en un problema.

Hace unos años me invitaron a predicar en una comunidad del interior de mi provincia para un Martes Santo. El sacerdote, que no me había escuchado nunca predicar, me dijo que estaban las cámaras de televisión de un canal del pueblo para filmar el mensaje y pasarlo durante la semana. El espacio del programa televisivo era de una hora. Lo que el sacerdote no sospechó es que mi mensaje duraría más de dos horas.

Cuando terminé el mensaje el sacerdote me invitó a cenar. Entre los comentarios que me hizo, en un momento me preguntó con asombro:

- ¿Cómo haces para mantener atenta a la gente tanto tiempo? Tengo entendido que la capacidad de captación de un mensaje de la gente es de veinte minutos como máximo. Y yo lo he comprobado en mis homilías. Cuando predico más de eso la gente se me duerme.

- Uy padre – le respondí – he llegado a predicar hasta ocho horas seguidas en un retiro. Sólo paramos para almorzar. El primer secreto es el Espíritu Santo, que me dio el don de la Palabra inmerecidamente. Pero el segundo secreto está en mi infancia. Cuando era niño sufrí de un déficit atencional algo elevado. Me era prácticamente imposible tener a alguien al frente mío hablando por más de dos minutos seguidos y no volar por las nubes. Tenías que ser sumamente didáctico para mantenerme atendiendo. Hoy, casi 30 años después, tengo la sensación cada vez que me paro a predicar de que tengo al frente mío a algún Sebastián Escudero que se me puede distraer. Por eso trato de ser dinámico y creativo al predicar. Cuando veo a alguien a punto de mirar su reloj agarro la guitarra o el piano, cuento un chiste, les hago repetir frases, pego uno que otro grito, cuento un cuento, una película o una anécdota personal, etc. El gran secreto consiste en ponerme en el lugar del oyente.

No abusar de las dinámicas

Ciertamente que tenemos que ser dinámicos, pero como en todos los casos, los extremos son peligrosos. No podemos exagerar de los recursos para mantener despierta y enfocada a la audiencia. He conocido a predicadores maravillosos, pero que desvían la atención de la gente haciéndoles repetir muchas veces una misma frase, o pedirle a la gente que le diga al del lado, o que levante las manos, etc.

Terminan logrando, paradójicamente, lo que quieren evitar: que la gente se aburra y se distraiga.

Tenemos que saber en qué momento usar cada recurso. Las personas no se pueden sentir, luego de escucharnos predicar, que estuvieron en una clase de aeróbic, o que se los trató como si fueran niños a los que tratar de mantener atentos.

No leer todo el tiempo

Conocí un equipo de evangelización que predicaban leyendo prácticamente todos sus mensajes. Es el método más pobre para predicar la Palabra de Dios. Desmerece en gran medida al predicador, pues da la imagen de una persona que no conoce su tema.

Además, tiene el inconveniente de su gran inflexibilidad, que impide cambiar el curso de la exposición y responder a preguntas no contempladas en el texto.

No obstante, en circunstancias muy especiales resulta necesario leer mientras predicamos. Es en aquellos casos en que se debe medir exactamente el peso de cada palabra o sentencia, o en aquellos otros en que la complejidad de los datos (por ejemplo cifras estadísticas) hacen virtualmente imposible su memorización. Cuando es muy grande el riesgo de olvidar un dato, se aconseja leer. Sin embargo existen predicadores que han llegado a dominar este método y al exponer su mensaje lo hacen con tanta naturalidad que pocos son los oyentes que notan que el predicador está leyendo.

El método más utilizado por los predicadores eficientes es la elaboración de un bosquejo bien estructurado. El bosquejo funciona como «ayuda-memoria» en la mente y no debe leerse, sino memorizarse. El predicador no es un memorista, sino un estudioso que ha razonado su tema, ha recopilado material, lo ha organizado, y por último ha memorizado una síntesis conceptual (el bosquejo).

Una ventaja importante es que da una imagen brillante del predicador, quien parece ser un gran conocedor del tema. Otra

es que permite tener flexibilidad en la exposición, dando lugar a desviaciones sobre la marcha y a la respuesta de preguntas de los oyentes, y ya que se ha memorizado la secuencia de las ideas, en cualquier momento se reencauza el discurso, volviendo nuestro pensamiento al punto respectivo en el bosquejo. En el siguiente capítulo veremos cómo armar un buen bosquejo para predicar.¹²

El uso de diapositivas

Para ayudar a las personas a interiorizar el mensaje que estamos transmitiendo, es indiscutible que el uso de diapositivas marca una diferencia enorme. Está comprobado desde la neurociencia que la gente, luego de escuchar una exposición solamente oral, al cabo de 72 horas, solo recuerda el 10% de lo que han oído. Pero si el orador utiliza diapositivas con palabras claves escritas puede recordar en el mismo tiempo 50%, y 65% si usa imágenes.

El uso de diapositivas aumenta la posibilidad de asociación en el cerebro de las personas con aquellas ideas que queremos que incorporen. Pero, como en todo, no se puede hacer un uso abusivo de las mismas. He conocido predicadores que se la pasan leyendo de las diapositivas todas las ideas que transmiten. Las terminan usando como una ayuda memoria ineficaz, porque el oyente se cansa rápidamente con tanta información. Es mejor, en ese sentido, colocar una palabra clave y desarrollarla oralmente.

En el caso de las predicaciones con divisiones ya anticipadas de antemano, el uso de diapositivas implicará una alta cuota de responsabilidad en el manejo del tiempo. Porque no podremos concluir el mensaje sin explicar cada uno de los

¹² RAMIREZ NAVAS, Juan Sebastián. *Manual de Homilética*. Ed. Lab MSD, Cali, Colombia, 2012. Métodos en la oratoria (páginas 105-106). *Parafraseado en algunas ocasiones para una mejor comprensión del lector*.

temas que avisamos a la audiencia que recibirían. Ej: si el tema que estamos dando es el Padrenuestro, y hemos anunciado que hablaremos de cada parte del mismo, tenemos que tener cuidado de no abusar del tiempo en los primeros temas, porque entonces, cuando la gente ya esté cansada, podemos cometer el error típico de acelerarnos y hacer una ensalada de datos en la mente de la gente, y por ende una traición a los temas del final del Padrenuestro que merecían el mismo tiempo que los del principio. Tenemos que ser prudentes en el manejo del tiempo que le damos a cada división que hemos establecido o anunciado.

Esto resulta un peligro para quienes usan diapositivas y tienen una obsesión con terminar de dar todo lo que habían planificado y colocado en las mismas. En ocasiones, tenemos que saber cuándo es conveniente renunciar a algunas diapositivas que habíamos colocado para no cansar al oyente y dejarlo sobrecargado de información que no pueda procesar luego.

Las predicaciones virtuales

Mientras estoy escribiendo este capítulo, estamos atravesando, a nivel mundial, un tiempo particular de pandemia que ha favorecido ampliamente las predicaciones de tipo virtual. El confinamiento a nivel mundial ha traído, entre tantos cambios que vinieron posiblemente a quedarse, las teleconferencias, las clases virtuales y las predicaciones por medios digitales en videos online en vivo.

Frente a esta “nueva normalidad” hay algunos tips básicos que debiéramos tener en cuenta a la hora de predicar un mensaje por plataformas virtuales:

El aspecto

Vestirse bien, íntegramente bien, no de la cintura para arriba, a la hora de dar una prédica virtual, además de ayudarnos

a sentirnos mejor y brindarnos mayor seguridad, hace que transmitamos también más seguridad al oyente. No podemos predicar en zoom, por nombrar una plataforma, con pantuflas y pijama puesto y creer que vamos a transmitirles confianza a las personas.

El error de muchos predicadores en este último tiempo ha sido el de no tener en cuenta su aspecto visual, con la excusa de que no se trata de una prédica presencial. Por el contrario, a través de una pantalla se notan más nuestros descuidos estéticos y de vestimenta. Por eso debemos ser cuidadosos en la vestimenta.

En el caso de las mujeres, estar bien maquillada ayuda mucho, como estar afeitado en el caso de los varones.

La conectividad

No contar con una buena conectividad puede arruinar el mensaje que quieres transmitir. Por eso es importante que procures, antes de pensar en hacer una prédica virtual, contar con una buena conectividad. La misma te permitirá evitar algunos malestares que trae la escasez de señal de WiFi como es el hecho de que se congele la imagen o que salga con cortes el mensaje. Eso, además de generarte bastante estrés, te hará perder credibilidad la próxima vez que te tengan que escuchar predicar.

Contar con una velocidad de 50 Mb por segundo sería lo ideal, pero al menos más de 10 Mb tendrías que tener en tu ordenador para poder hacer una prédica de calidad.

La calidad de imagen

Debes procurar contar con dos cosas esenciales respecto de la calidad de imagen: una buena cámara y una buena iluminación. La cámara ideal tendría que tener 720 o 1080 Mp en lo posible. Y la iluminación debiera estar de frente, para que se

vean bien tus expresiones, sin sombras que estorben tu expresividad en el mensaje.

Invertir en un aro de luz y en un teléfono móvil por ejemplo con una buena resolución en su cámara, es algo que debiera considerar seriamente un predicador que quisiera evangelizar en estos tiempos de manera virtual, sea para predicar en vivo como para grabar mensajes y luego subirlo en sus distintas redes sociales.

La posición frente a la cámara

En el plano horizontal, tienes que procurar siempre estar al medio. Y en el plano vertical, no debe haber demasiado espacio entre tu cabeza y el marco superior. Para ello será importante que coloques la cámara a la altura de tus ojos y que hagas un ensayo previo de cómo sale la imagen.

El sonido

Más importante aún que la calidad de imagen y que tu posición respecto de la cámara, es contar con un buen sonido en la predicación. Es más importante que la gente escuche lo que le estás diciendo aunque no te vea del todo bien.

Para ello puedes contar con mismo micrófono que tiene incorporada tú cámara profesional o tu teléfono móvil. El problema es que, al estar tu a una cierta distancia de la misma, el sonido perderá calidad. Por lo cual te aconsejo inviertas ante nada en un micrófono externo que le brinde calidad al sonido para que la gente escuche bien lo que estás transmitiendo. De no contar con ello puedes usar el micrófono de los auriculares, que tomará de manera más eficiente la sonoridad de tu voz.

El fondo

A la hora de pensar en una prédica virtual, una de las cosas más importantes que uno tiene que tener en cuenta es el fondo adecuado que verá el auditorio. Tener un fondo visual muy llamativo o un desorden interesante, puede quitar

considerablemente la atención de los oyentes de lo que estamos transmitiendo.

Si bien hoy en día la mayoría de las plataformas trae una apariencia virtual de fondos que puedes elegir a tu gusto para que aparezca atrás tuyo sin tener en cuenta cómo se encuentra tu hogar, siempre es de mayor calidad y genera una mejor impresión tener un fondo real.

LA INTERACCIÓN CON LA GENTE

Digamos algo ahora respecto de la interacción con los oyentes, pieza fundamental para una correcta oratoria.

Primeramente digamos que es sumamente importante hacer participar a la gente en nuestra exposición. Pero hay que tener claras algunas pautas para que dicha participación no obstaculice nuestra predicación, sino que la favorezca.

La primera impresión

Es crucial para la eficacia del mensaje que queremos transmitir tener mucho cuidado con nuestra presentación. Los primeros cinco minutos son de lo más importante de toda nuestra presentación. Tenemos que conectar a la gente con sus mejores emociones. Si logramos hacerlos reír genuinamente con algún comentario oportuno, estamos haciendo posible la apertura de sus corazones al mensaje que a posterior les queremos transmitir.

En mi caso, utilizo a menudo el humor en estos primeros minutos de un mensaje. Más aún cuando estoy predicando a adolescentes o jóvenes. Además de romper el hielo en el ambiente, el humor sirve para distendernos a nosotros y entablar un vínculo de cercanía con la gente. Nos libera del nerviosismo y le hace sentir a la gente que es agradable escucharnos y que el mensaje que escucharán será ameno.

Caminar entre la gente

Cuando avanzamos hacia la gente en una predicación, estamos usando los gestos corporales para transmitirles varios mensajes:

- Yo soy uno más de ustedes
- Estoy dispuesto a dejar mi zona de confort donde me siento seguro para compartir con ustedes
- No les tengo miedo
- Es agradable estar entre ustedes.

Pararse en medio del auditorio es un excelente recurso, pero, como siempre enseñé, no hay que abusar del mismo. Quedarse hablando desde el medio de un auditorio mucho tiempo hará sentir a los que están adelante, que no son importantes, porque encima les estaremos dando la espalda. Recuerdo un sacerdote que presidía las misas de los domingos cuando yo era más joven, que toda la homilía la pasaba parado en el medio de los bancos de la Iglesia. Era desagradable la sensación mía, que generalmente me sentaba adelante, lo que estaba a cargo del coro de la misa. No sé al resto de los que estaban adelante, pero a mí, me hacía sentir que el mensaje no era para mí.

El poder de la sonrisa

Desde la neurociencia se asegura que sonreír mientras uno está dando una exposición es asertivo y eficaz, ya que ayuda a las neuronas espejos de los oyentes a adherirse con mayor entusiasmo al mensaje. Además, si tenemos en cuenta que lo que estamos predicando es la Buena Noticia de Jesucristo, es totalmente incompatible con nuestro propósito el predicar con cara de vinagre todo el mensaje.

Debiéramos revisar cada tanto los videos que tenemos de nosotros predicando, si es que los tenemos, para ver nuestros gestos faciales al anunciar la Palabra de Dios.

Al encargado de un bar en el que se podía comer plácidamente y había un clima de confianza y amabilidad increíble le preguntaron:

– *¿Qué hace usted para contratar estos camareros y que atiendan con tanta amabilidad y servicio?*

La respuesta del encargado fue contundente:

– *Yo no contrato camareros... contrato gente que sonría y luego les enseño a hacer las mesas.*

Quizás Dios dice lo mismo: *"Yo no contrato predicadores expertos...contrato gente que sabe sonreír y luego les enseño a predicar mi Palabra"*

Buscar aliados

Es sumamente importante la conexión visual que hacemos con la asamblea que nos escucha. Pero no hacemos el mismo contacto visual con todos los oyentes. Hay algunas personas más empáticas que otras, algunas personas están con un gozo permanente al escucharnos, asienten todo lo que decimos, nos miran con una especie de admiración, se ríen de nuestros comentarios graciosos, etc. Esas personas son nuestros "aliados", y serán una pieza fundamental para nuestra confianza y seguridad mientras predicamos. Por eso debemos identificarlos desde el primer momento de la prédica y hacer una conexión especial con ellos durante todo el mensaje.

Ciertamente que no podemos convertir los aliados en "cómplices" nuestros. No se debe tener una fijación exclusiva en ellos, sino que deben ser un punto de contacto permanente al que volver cada tanto, mientras miramos a todo el auditorio.

Tenemos que aprender a quitar nuestro enfoque de los que están distraídos, conversando, usando sus teléfonos o de los que nos miran mal durante el mensaje. Si entre el público hay personas que representan para nosotros una amenaza a nuestra

seguridad personal (por ej. un sacerdote, un teólogo, otro predicador de renombre, etc.), si bien no podemos serles indiferentes, tenemos que tratar de no centrar nuestra atención en ellos. Al menos, hasta que nos afiancemos en nuestra seguridad y confianza.

La participación de la gente

Es un excelente recurso el hacer participar de nuestro mensaje a la gente, sea con preguntas o pidiéndoles que lean un texto bíblico o hagan un comentario acerca de lo que estamos enseñando. La iniciativa puede ser nuestra o de la gente misma que quiere participar. Y es para esos momentos en que la gente participe que hay que tener en cuenta algunos aspectos.

Pararse lejos del que habla

Jamás olvidé la corrección que me hizo mi profesora de Práctica Docente IV, Martha Berlincourt, cuando yo tenía 23 años y realicé mi primera práctica como docente en una institución. Un estudiante de secundario había levantado la mano para hacerme una pregunta y yo me acerqué a él para escucharlo mejor. Cuando terminó la clase, mi profesora me corrigió ese error y me señaló que en realidad hay que pararse lejos del estudiante que habla. Esto es para lograr dos cometidos: que el estudiante se anime a hablar en voz lo suficientemente alta para que el resto de la clase escuche. Y por otro lado, para que no exista un diálogo privado entre ese estudiante y el profesor.

Nunca olvidé aquella corrección, que me acompaña desde entonces, no solo como docente, sino especialmente como predicador.

Lejos, de lo que nuestra lógica y empatía nos indican, tenemos que alejarnos del que habla, por supuesto, sin dejar de mirarle atentamente. No cometamos nunca el error de dialogar en privado con alguien en medio de una prédica, sino que hagamos extensivo a todo el auditorio lo que estamos dialogando.

Adelantarnos a las preguntas de la audiencia

Es importante hacer participar a la gente, pero a veces, por múltiples razones no se puede o no es conveniente, sea por el espacio físico, por la cantidad de gente, por el tiempo limitado, o por lo que sea. Es entonces cuando podemos utilizar un recurso de los profesionales: adelantarnos a la pregunta que pensamos que podría realizar la audiencia y contestarla, obviamente.

Ejemplo: Si estamos hablando del amor de Dios, podríamos decir algo así:

-Sé que ustedes deben preguntarse ¿Cómo es posible que un Dios tan amoroso permita el sufrimiento de sus hijos? Bueno, la respuesta a esa pregunta por lo general se encuentra en la libertad de la que gozamos....

En la Edad Media, más precisamente en la época de la Escolástica, se usaba frecuentemente en los discursos académicos y en los escritos llamados “Summa” un método llamado objeción, que tenía que ver justamente con esto, hacer uno mismo la pregunta que la audiencia o los lectores podrían hacer a lo expuesto. La más famosa de las summas fue la *Summa Teológica* del genial Santo Tomás de Aquino, el cual, en cada uno de los artículos agregaba objeciones que refutaban la verdad de lo que él mismo enseñaba. Luego ocupaba un tiempo para argumentar y responder a su propia objeción.

Es un método ideal para generar un espacio de monólogo en medio de la predicación, que, usado con discreción, ayuda bastante a la audiencia a incorporar el mensaje que queremos transmitirle.

Cómo responder a las provocaciones de la audiencia

No es de extrañar que alguien, en medio de nuestra prédica, realice un comentario hostil que, a través de provocaciones y cuestionarios, nos quieran hacer perder el

control. Sería un error ponernos a la defensiva y responder con ironía o inclusive involucrarnos emocionalmente con los agresores. Y aunque nos quedemos callados, nuestra proyección no verbal les estará indicando lo mal que estamos al respecto (sudor, agitación, mirada agresiva o evasiva, voz temblorosa, volumen elevado, etc.).

Para que eso no te suceda, te quiero brindar dos consejos importantes de qué puedes hacer al respecto:

1. Esquivar al agresor

Se trata de mantener silencio y responder con el lenguaje corporal. Hay que mirar intensamente unos segundos a la persona en gesto de asombro de lo que acaba de decir, hacer un ademán con la cabeza, como quien saluda a alguien al caminar y luego retomar nuestra prédica como si nada hubiese sucedido.

Esto le dará a la asamblea el mensaje clarísimo de que tenemos el control de nuestras emociones, y de que ponemos el mensaje que estamos dando por encima de cualquier provocación.

Claro que hay que tener bastante carácter para hacer esto, sin ser hiriente, sin mostrar una cruel indiferencia y sin quedar mal emocionalmente con lo sucedido. Pero tenemos que estar preparados para este tipo de situaciones si estamos dispuestos a dedicarnos a la evangelización. Me encanta, al respecto, el consejo que San Pablo le da a Timoteo:

“No hagas caso de tus propias penas, sino más bien enfócate en tu trabajo evangelizador, cumple bien tu ministerio”

2 Tim 4, 5

No tenemos que invertir energía en discusiones inútiles que solo pueden estar guiadas por nuestro orgullo personal. No justifiques lo que quisiste decir, no hagas del espacio de evangelización una mesa de debate. Las críticas desconsideradas

son ideales para poner por obra aquel consejo que nos da el libro de los Proverbios:

“Nunca respondas a las estupideces de un necio, te volverías como él”

Prov 26, 4

Cada vez que nos ponemos a discutir con uno de estos críticos destructivos lo único que logramos es rebajarnos al nivel de ellos, y le damos a entender que está bien discutir así. Lo que pasa es que muchas veces estamos más preocupados de nuestra reputación o de salvar nuestra buena fama que de predicar el mensaje que se nos ha encomendado.

El necio es necio, no oye de razones, ¿por qué habríamos de razonarle? Piénsalo. Es como tratar de hablarle en francés a alguien que no conoce tal idioma. Por eso Salomón comienza el pensamiento de su proverbio con la palabra “nunca”. Es que “nunca” debemos enfrascarnos en una discusión con un necio porque tal discusión “nunca” funciona. Si él quiere pelear, que se pelee solo. Si él quiere confrontación, que reciba de ti paz. Si quiere ofenderte, que reciba de ti la inmutabilidad de quien sabe que su interlocutor es -ni más, ni menos-... ¡un necio! Recuerda que “para pelear se necesitan dos”... ¡cállate! No caigas en la tentación de ponerte los guantes de boxeo y “defender tu honor” como si de eso dependiera la vida.¹³

Esto no quiere decir, por supuesto, que nos cerremos a escuchar todo tipo de críticas de parte del público, porque hay muchas críticas que son “constructivas”. Sería soberbio e inmaduro no querer recibir ninguna crítica. Me refiero a las críticas ofensivas que solo buscan agredir o iniciar un debate público.

¹³ Cf. CONTRERAS, Julio. *Para pelear se necesitan dos*. Artículo publicado en su blog: <http://ibvn.wordpress.com>. 31/10/12

2. La respuesta desintoxicante

Quizás no te animes a practicar el silencio frente al agresor y necesitas decir algo, conforme a tu estructura psicológica. Bueno, si es así, la respuesta debe ser hecha con altura, debe ser precisa y con un objetivo claro: desintoxicar el ambiente tenso que se generó.

Déjame darte un ejemplo claro al respecto:

Si el agresor te dice: *“No sé quién te ha nombrado predicador/a. No tienes idea de lo que estás hablando”*

Tu respuesta, con altura, podría ser la siguiente: *“Bueno, es tu opinión al respecto, y la respeto. Continuando con lo que estaba hablando...”*

Otro recurso podría ser el de responder con una pregunta. Jesús solía usar este recurso frente a sus numerosos oponentes (Cf. Mt 21, 23-27).

Ejemplo: Si el agresor te dice: *“¿Por qué no dejas de decir herejías?”*

Podrías responderle: *“¿Cómo definirías “herejía”?”*

Si te dan una respuesta acertada, académica, puedes aprobar su respuesta con la cabeza y seguir tu predicación. Si no tiene respuesta, ese silencio generado será más que suficiente como cierre de la conversación.

DESPUÉS DE LA PREDICACIÓN

El cansancio que produce predicar la Palabra de Dios es similar al de un largo entrenamiento de rutina. Uno suele quedar extenuado por la cantidad de concentración mental que ponemos en una exposición de este tipo. Sumado al hecho de que en la atmósfera espiritual estamos ante un verdadero combate contra las fuerzas del mal (Cf. Ef 6, 10 ss.). Por eso quisiera terminar este capítulo brindándote algunos consejos

que aprendí en mi vida a tener en cuenta cuando acabamos de predicar.

Correr a los pies del Señor

Toda predicación debe empezar y terminar de rodillas, en oración. Al finalizar, la oración será una entrega agradecida de todo lo sembrado, con la confianza absoluta de que es el Espíritu Santo el que se encargará de la cosecha, de recoger los frutos de nuestro anuncio en la vida de las personas.

Si en el lugar donde estamos se encuentra el Santísimo, allí debiéramos correr a orar al finalizar el mensaje. Y si no lo hubiera, tenemos que buscar un lugar privado donde poder orar aunque sea unos minutos. En mi caso, suelo usar hasta los baños para entregarle al Señor lo predicado.

Al final de un mensaje, siempre asalta la duda: ¿Dije lo que tenía que decir? Lo peor es si recordamos que olvidamos decir algo importante. Por tanto, no hay que darle vuelta al asunto, sino entregarlo en manos de Dios. Sólo El da vida y a El corresponde cosechar los frutos.

Generalmente creemos que Dios está usando solo nuestros labios para anunciar la Palabra. Pero Él se vale de miles de recursos que desconocemos. Me encanta el siguiente relato al respecto:

Había un fogoso predicador que en una charla cuaresmal hablaba con gran ímpetu sobre la conversión, y de la necesidad de volverse a Dios. La gente estaba emocionada y conmovida. Al terminar su predicación bajó del pulpito y se fue a descansar a la sacristía. Se le acercó una viejita que le dijo: "Padre, ahora sí estoy decidida a cambiar mi vida". El sacerdote le preguntó: "¿Cuál fue la palabra que dije, que te tocó para tomar tal decisión?". La ancianita contestó: "No, padre, no fue nada de lo que usted dijo, sino que cuando usted se sonó la nariz delante del micrófono, me hizo pensar en las trompetas del juicio final y entonces decidí reconciliarme con Dios.

Dios puede usar cualquier detalle, aun el más inesperado, para convertir a alguien. No es nuestra elocuencia ni nuestros chistes, sino la acción discreta y misteriosa de Dios.

El discurso que Pablo preparó con más esmero y dedicación, fue el que menos fruto dio. Pocos, muy pocos atenienses, se convirtieron. Los demás le dijeron irónicamente que mejor regresara otro día.¹⁴

Evitar la consejería

Este consejo me hubiese encantado recibir cuando empecé a predicar en mi adolescencia. Pero lo aprendí a los golpes a lo largo del ministerio. Una de las cosas frecuentes con la que tenemos que lidiar los predicadores es con la “desconsideración” de la gente, que luego de vernos predicar durante una hora o más, hacen largas colas para seguirnos estrujando la poca energía que nos queda. Y uno, como mensajero de Dios, no quiere ser pedante con la gente y dar una mala impresión que haga a la gente escandalizarse. Entonces ¿qué hacemos generalmente? Nos quedamos media hora o más hablando con la gente. Algunos sin caridad ni con el predicador, ni con los demás hermanos de la comunidad que están esperando para saludar o compartir unos minutos, empiezan a contar sus eternos testimonios: *“Mire, yo quería contarle un poco mi vida. Yo nací en 1952. Mis padres llegaron a estas tierras como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial...”* Y luego de quince minutos de exposición, quieren que en un minuto les digas una palabra mágica que solucione su vida para siempre.

No se dan cuenta de que estamos estresados luego de predicar, y que necesitamos y merecemos descansar, alimentarnos, ir al baño, comunicarnos con nuestros seres queridos...o simplemente hacer “nada”. Tampoco sospechan que la capacidad de discernimiento de una persona que acaba de

¹⁴ GÓMEZ, Salvador y PRADO FLORES, José H. *Formación de Predicadores*. Op. Cit. Cap. 8: “Cómo organizar el mensaje”.

predicar será escasa como para convertir esos minutos en un espacio de consejería.

No tienes una idea de la cantidad de veces que he terminado una prédica de una hora y media; tener media hora de “descanso” que la paso escuchando a la gente o realizando oración por ellos y luego tener que volver a predicar nuevamente una hora y media más sin haber tomado siquiera un café o haber podido ir al baño a lavarme la cara.

Ahora bien, déjame serte claro en esto: muy difícilmente alguien esté velando por tus necesidades. Así que tendrás que tener un carácter firme para dejarle claro a la gente que luego de predicar, inmediatamente luego, tú tienes que descansar tu garganta, tu atención mental, tus pies, y todo tu ser entero.

Centrar a las personas en su comunidad

Ahora bien, que no compartamos ni escuchemos a la gente cuando termina nuestra prédica no significa que no lo hagamos nunca. No somos unos ermitaños antisociales y desconectados de las personas que se nos acercan. Eso sería borrar con el codo lo que escribimos con la mano. Pero cuando lo hagamos, en los tiempos oportunos para ello, es importante no caer en los chismes baratos en los que la gente suele querer meter a los predicadores.

Nunca dejes que te quieran hacer juez de una situación comunitaria en conflicto. Especialmente cuando se trata de críticas a los líderes de la comunidad.

El predicador invitado sólo tiene un trabajo temporal. Los que se quedan con la tarea permanente son los dirigentes de la comunidad. Por tanto, es a ellos a quien hay que remitir a la gente. Mucha gente le preguntará qué debe hacer con su ministerio, o con un problema de la comunidad, pero esa respuesta le toca darla a sus dirigentes normales. El predicador nunca debe usurpar el papel de sus pastores.

Si el predicador se aprovecha de su don para llevarse a la gente a su propia comunidad, no está cumpliendo el papel para el que fue llamado.

Su responsabilidad es enraizar a la gente en la comunidad donde está, para que allí dé fruto.¹⁵

Descansar y alimentarse bien

Te resultará conocido este consejo final. Claro, es el mismo que te di al comienzo de este capítulo, para antes de empezar a predicar. Y acá, la necesidad de descanso y alimentación es tanto o más importante que al principio. Más aún si tienes que volver a predicar pronto nuevamente. El desgaste de energía física, mental, emocional y espiritual que se produce en una predicación amerita que seas muy generoso con el consumo de los nutrientes necesarios para tu cuerpo, como del descanso general que necesitas para volver a pararte a predicar la Palabra de Dios.

A propósito de esto, es importante que, si nos alojamos en una casa de familia, les pidamos a los miembros de la misma, o le hagamos entender de algún modo, que en una cena o almuerzo no quisiéramos seguir predicando, cantando, orando, aconsejando, etc. Me llevó largos años de mi vida aprender esto. Y fue hace poco que tomé la decisión de ser más firme en el pedido de este requisito indispensable de mi vida que es el descanso físico, mental, emocional y espiritual.

¹⁵*Ibíd.*

Es TIEMPO DE **PREDICAR**

CAPÍTULO 4:

**CÓMO ARMAR
UN BOSQUEJO**

Como expliqué en el capítulo anterior, el método más utilizado por los predicadores eficientes es la elaboración de un bosquejo bien estructurado que le sirva como «ayuda-memoria». La estructura que podría tener el mismo es de lo que me ocuparé en el presente capítulo.

PASOS PARA ARMAR UN BOSQUEJO

Para armar un bosquejo necesitamos tener en cuenta cuatro pasos importantes:

- 1. Elegir el texto que predicaremos**
- 2. Estudiar el texto elegido**
- 3. Armar el bosquejo**
- 4. Estudiar el bosquejo**

Analicemos cada uno de los pasos:

1. Elegir el texto que predicaremos

En ocasiones es la comunidad organizadora la que nos pide que prediquemos sobre tal o cual texto bíblico. Pero son más las veces que nos toca a nosotros el trabajo difícil de discernir qué pasaje bíblico usaremos para predicar.

Ciertamente suele ser complicado elegir el texto bíblico que predicaremos, más aún si no tenemos mucha ejercitación en la predicación. Por eso te aconsejaré seis elementos importantes a considerar en la elección del mismo:

a. Elegir algo que te apasione predicar

En el segundo capítulo vimos la importancia que tiene que un predicador esté apasionado por lo que predica. Para eso es indispensable elegir un tema que nos llene de entusiasmo

predicar. Nunca debiéramos evangelizar sobre algo que no nos genere pasión.

Hace un tiempo una comunidad de Latinoamérica me pidió que evangelice sobre los estigmas de San Francisco de Asís. Y con mucho cariño les aclaré que no soy experto del tema y peor aún, no me entusiasma hablar al respecto. Por lo tanto les sugerí que elijan a otro que pueda transmitir con mayor eficacia el mensaje que a ellos les interesaba. Ellos me dejaron que predique lo que yo quiera finalmente. Y eso estoy absolutamente convencido que fue más eficaz que hablar de los estigmas del santo de Asís.

Nuestro entusiasmo es uno de los canales favoritos de Dios para impactar en la vida de las personas cuando predicamos. No dejes tu tema de predicación al azar o al criterio de lo que otros quieran que tú enseñes. Si coincide el tema que te piden que prediques con aquello que amas predicar, adelante. Y si no es así puedes considerarlo seriamente.

b. Tener en cuenta la necesidad de la comunidad

También tenemos que tener en cuenta la necesidad de la comunidad en la que estamos por predicar. El beato Monseñor Enrique Angelelli enseñaba que tenemos que tener *“un oído en el Evangelio y otro en el pueblo”*. No podemos ser predicadores descontextualizados, eligiendo mensajes de escritorio, sin tener en cuenta cuál es la situación concreta de la comunidad a la que estamos por servir.

Ej: Si en la comunidad hay un temor generalizado por una pandemia mundial que se ha instalado y nosotros tenemos un mensaje al respecto que nos apasiona predicar, no hay que discernir tanto al respecto.

c. Tener en cuenta el contexto social y geográfico

No es lo mismo predicar en un lugar en el que hay mucha riqueza que en uno donde predomina la pobreza. No será lo mismo pararse a hablar en un geriátrico que en una capilla. No es igual predicar en una ciudad que en un lugar rural. Tenemos que saber discernir en todo caso cómo adaptar nuestros bosquejos de predicación a los distintos auditorios en los que nos coloque el Señor.

d. Tener en cuenta el período litúrgico

Otro aspecto a considerar es el tiempo litúrgico en el que estamos. Obviamente que sería desubicado pararnos a predicar sobre la pasión del Señor en medio del Adviento. O dar un mensaje navideño en medio del triduo Pascual.

Cuando nos toca predicar en el tiempo Ordinario no habría problemas al respecto. Pero igualmente, no está demás tener en cuenta si hay alguna solemnidad o fiesta importante por celebrarse en el día en el que estamos por predicar. Ni hablar cuando se trata de una invitación que nos hacen a participar en una novena parroquial. Es importante, y muy considerado de nuestra parte, tener en cuenta el santo patrono que convoca a la gente en esta novena. Si no tenemos herramientas para hablar del santo, podemos hablar de virtudes del mismo que la Iglesia pide que imitemos.

e. Tratar de tener autoridad en el tema

Me refiero a la autoridad moral sobre lo que predicaremos. Si tenemos el vicio de fumar, por ejemplo, no da que nos paremos a dar un mensaje titulado: “Cómo dejar de fumar”.

En el capítulo dos expliqué que tenemos que predicar la verdad aunque no podamos vivirla plenamente, porque no nos

tenemos que predicar a nosotros mismos sino a Dios y la verdad de su Palabra. Pero en el mismo capítulo también aclaré que autoridad sin integridad produce una escasa eficacia en el ministerio. Por eso, en cuanto dependa de nosotros, tratemos de elegir textos en los que tenemos autoridad al respecto. Esto nos dará seguridad a la hora de predicar, y nos evitará las acusaciones del diablo en nuestra conciencia y las de aquellos que nos conocen bien y que no podrán recibir con apertura de corazón el mensaje sabiendo que nosotros no lo estamos viviendo previamente.

f. Contar con un testimonio al respecto

Y un último consejo si me permites: elige un texto en el que tengas un testimonio de impacto. Ejemplo: si tienes un testimonio de confianza en la providencia divina, ya tienes un buen tema del que puedes predicar. El testimonio es un canal de alta eficacia para que la audiencia internalice el mensaje; y podrás incorporarlo en el bosquejo que armarás para darle cuerpo a tu mensaje.

2. Estudiar el texto elegido

Una vez elegido el texto que predicaremos, es importante estudiarlo. Para ello te quiero sugerir un método maravilloso, propuesto por el mismo Papa Francisco en la exhortación apostólica “*Evangelii Gaudium*”. Me refiero a la *LECTIO DIVINA*, de la que ya hablamos en el capítulo dos.

Se trata de aplicar las tres preguntas de la Lectio Divina al texto bíblico en cuestión:

¿Qué dice el texto?

¿Qué me dice a mí el texto?

¿Qué le respondo yo a Dios sobre el texto?

Veamos ahora cómo aplicar la Lectio al estudio del texto elegido:

¿Qué dice el texto?

Acá es donde tenemos que analizar el texto bíblico en el contexto en el que fue escrito, teniendo en cuenta el espacio físico geográfico en el que fue escrito, el autor, la intención del autor, las ideas centrales del texto, las concordancias, las palabras en su lenguaje original, los destinatarios y toda información que nos ayude a conocer el texto objetivamente, sin el filtro de nuestras posteriores interpretaciones. En el capítulo siete veremos en profundidad cómo estudiar correctamente un texto bíblico y qué herramientas tenemos a disposición para conocer mejor la bendita Palabra de Dios sin necesidad de ser teólogos bíblicos.

¿Qué me dice a mí el texto?

Luego hay que preguntarse seriamente qué me querrá decir a mí Dios con este texto bíblico. Es el acercamiento subjetivo que hacemos frente al texto. Es importante hacer esto, porque si no nos toca a nosotros primero la Palabra, difícilmente toque posteriormente a la comunidad oyente. Recordemos que la Biblia es una espada de doble filo, corta al que escucha, pero también al que predica.

¿Qué le respondo yo a Dios sobre el texto?

La tercera pregunta es qué le puedo yo responder al Dios que me hablado en su Palabra. Cuando tenga que orar, al finalizar el mensaje, con la comunidad oyente, esta oración que hemos hecho en privado sin duda puede marcar la diferencia.

Nunca podremos guiar a alguien a una cima que previamente nosotros no hemos escalado.

3. Armar el bosquejo

El tercer paso es el armado concreto del bosquejo.¹⁶ Un buen mensaje se desvirtúa, si no está bien organizado. La organización es como la táctica que se debe seguir para ganar un partido de fútbol. Se puede jugar simplemente pegándole puntapiés a la pelota; pero los grandes equipos, los que conquistan la Copa Mundial, son los que tienen las mejores estrategias.

En la organización del mensaje debemos considerar las siguientes partes:

- A. - Introducción
- B. - Presentación
- C. - Aplicación
- D. - Conclusión

No se trata de un esquema riguroso e inalterable, sino de una pista de arranque para quienes pretenden aventurarse en la difícil tarea de anunciar el Evangelio a los demás.

Veamos entonces en qué consiste cada parte.

A. –Introducción

En la introducción tenemos que empezar saludando a la audiencia. Aquí es donde podremos poner en práctica lo que enseñé en el capítulo anterior cuando veíamos acerca de la

¹⁶ Para este paso tendré en cuenta, como base de referencia, el capítulo siete del libro *Formación de Predicadores*. Op. Cit.. Cap. 7: “Cómo organizar el mensaje”.

interacción con la gente. Recuerda que la primera impresión es crucial y que tenemos que conectar a la gente con lo mejor de sus emociones. Se pueden hacer preguntas del tipo de ¿cuántos vienen por primera vez? Presentarnos nosotros si es que es la primera vez que predicamos allí. Hacer algún comentario sobre lo agradecido que estamos de predicar frente a esta audiencia concreta, etc.

También la introducción sirve para animar a la gente a que escuche el mensaje. Salvador Gómez y Prado Flores dicen lo siguiente respecto de esta motivación inicial:

Se trata de disponer a la audiencia para que no pierda nada de lo que vamos a ofrecerle. Sin embargo, muchos predicadores ocupan los primeros momentos de su mensaje haciendo todo lo posible por arruinarlo. Su introducción es más o menos la siguiente:

- Hermanos, ustedes saben que no sé predicar, pero como me tocó...
- Sinceramente no sé qué decirles. Los demás ya lo dijeron todo mejor que yo...
- Desgraciadamente no tuve tiempo de preparar lo que iba a decirles, así que...
- Quiero pedirles perdón por lo que voy a decirles, pues otros lo podrían hacer mucho mejor que yo... y además ustedes ya lo saben...
- Les voy a quitar un poco de su tiempo...

Para hacer una introducción de esta forma; es mejor no hablar. Si usted nada tiene que decir, no tome la palabra. Si no está preparado, mejor deje su lugar a otro. Si va a desanimar al auditorio con su predicación, mejor no lo haga.

Los minutos iniciales son para que la gente se sienta privilegiada de estar allí, porque va a recibir el mensaje que precisamente está necesitando.

Formas que fomentan el interés y crean la expectativa podrían ser:

- Lo que ustedes van a escuchar en estos pocos minutos, puede cambiar el resto de su vida...
- Hoy les compartiré una enseñanza que jamás olvidarán
- Cuando estaba preparando mi mensaje, hubo un detalle que nunca había descubierto y que deseo compartirles...

- El mensaje que hoy nos tiene la Palabra de Dios, es como anillo al dedo para cada uno de nosotros...

-La Palabra de Dios se va a hacer vida hoy en nosotros. Seremos no sólo oidores de la Palabra, sino testigos de que Dios cumple sus promesas.

- Este día Dios los ha llamado de manera personal, porque Él tiene un mensaje especial para cada uno.

Naturalmente que no se trata de una simple fórmula oratoria. El predicador debe estar convencido de ello; si no, es mejor que no predique.

La motivación inicial debe captar la atención de todos, y encajar en la línea del tema que se va a tratar.

Una buena motivación es corta y suscita en los oyentes la siguiente reacción: Comience ya, por favor, que estamos ansiosos de escuchar lo que nos va a decir... Por tanto, si vamos a hablar de la salvación en Cristo Jesús, podríamos comenzar:

- Lo que vamos a escuchar este día no lo supieron los patriarcas ni los profetas del Antiguo Testamento. David y Salomón, Jeremías y hasta Isaías, habrían deseado estar en el lugar de ustedes, para escuchar lo que vamos a oír esta mañana. Nosotros vamos a contemplar lo que ellos soñaron y no obtuvieron...

En la motivación trasmita vigor, entusiasmo e interés, porque usted es el instrumento portador de la Palabra viva. Ellos deben sentirse afortunados de estar allí, frente a la gran oportunidad de escucharlo.¹⁷

Luego del saludo y de la motivación inicial es conveniente orar junto a la asamblea para disponernos a recibir la Palabra de Dios. Si antes ya han orado previamente por nosotros y por la asamblea, esta oración se puede obviar o se puede hacer breve. Pero si no se ha orado antes, este es el momento indicado de hacerlo.

B. - Presentación

Luego de la introducción debemos presentar el tema del que hablaremos. Aconsejo por general a todos los predicadores a

¹⁷*Ibíd.*

colocarle un título a sus prédicas. El mismo debe ser la síntesis perfecta en un par de palabras de lo que queremos que la gente no olvide al salir de ese lugar. Tenemos que pedirle al Espíritu Santo que nos ayude a ser creativos para colocar un título atrapante, impactante y que resuma la esencia de lo que queremos enseñar.

Quienes me han escuchado predicar habrán notado que todos mis mensajes llevan un título sugestivo y marketinero que les hago repetir siempre a la gente en mi introducción. Ej: *“No me digas que no podrás”*. Mi idea al respecto es que si las personas no llegan a escuchar ni una sola palabra del mensaje que les daré, que al menos ese título les quede resonando en su interior como una revelación de Dios para sus vidas.

En este momento podremos hacer la transferencia de la primera pregunta de la Lectio Divina que hemos realizado previamente: *¿Qué dice el texto?*

Para ello empezaremos leyendo el pasaje bíblico a la audiencia. Es aconsejable, como modo de interacción con la audiencia, pedirle a algún hermano o hermana de la comunidad que lea el pasaje. Claro que es un riesgo si el que lee lo hace defectuosamente. Pero es un riesgo que siempre vale la pena correr para hacer que la gente se sienta parte de la predicación.

Un beso a la Biblia después de proclamar que es Palabra de Dios, ayuda a los demás a darse cuenta de que están frente a un libro diferente a todos los demás pues tiene un valor sagrado.

Procura que el texto bíblico a leer no sea de más de 10 versículos, puesto que una lectura más larga haría perder la atención.

Tampoco es pedagógico hacer una serie interminable de lecturas para reforzar una idea. Es mejor usar una buena cita, que recalcar con diez buenas citas una idea.

Luego de la lectura podremos aclararle a la audiencia todo lo que hemos aprendido acerca del espacio físico geográfico en el que fue escrito, el autor, la intención del autor, las ideas centrales del texto, las concordancias, las palabras en su lenguaje

original, los destinatarios y toda información que creamos conveniente para reforzar la idea que queremos transmitir.

C. – Aplicación

Es la parte que da valor al mensaje. Sin aplicación, no hay razón de predicar, pues la lectura y la explicación se convertirían en un relato histórico o teológico que no provocaría ningún cambio.

En este momento podremos hacer la transferencia de la segunda pregunta de la Lectio Divina que hemos realizado previamente: *¿Qué me dice el texto a mí?* Solo que en este caso responderemos a la pregunta que ya hemos analizado previamente: *“¿Qué le querrá decir Dios a esta comunidad con este texto bíblico?”*

El secreto de una buena aplicación radica en las preguntas que le hagamos al texto que estamos estudiando para predicar. Estas preguntas van a ayudar a ubicar a la gente en sus situaciones personales. Las siguientes preguntas pueden ayudar a estructurar la aplicación:

- ¿Qué identificación tiene cada sector de la sociedad o de la comunidad con las actitudes de los personajes del pasaje?
- ¿A quién representa cada uno de los personajes en cuestión?
- ¿Qué le dice esto a un padre de familia, una esposa, un hijo, la Iglesia, etc.?
- Cada situación representa una actitud de nuestra sociedad... ¿Cuál?¹⁸

Es en esta parte del bosquejo donde tendremos que tener en cuenta el uso de distintas ilustraciones para amenizar el mensaje y hacerlo más digerible por parte del lector.¹⁹

La ejemplificación con ilustraciones es la llave de oro de una predicación. A veces parece que la gente no entiende el mensaje que le estamos dando. Otras veces parece que no penetra. Es como si les

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Profundizaremos sobre este tema en el capítulo siguiente, cuando veamos *el uso de las ilustraciones* a la hora de predicar.

habláramos en otro idioma. Pues bien, dar un buen ejemplo es traducir a lenguaje inteligible lo que estamos diciendo.

Una predicación sin ejemplos es como un camino cuesta arriba. Los ejemplos son los descansos que nos permiten disfrutar de todo el panorama. Se dice lo mismo, pero a colores y en tercera dimensión.

El mensaje se plastifica y cobra figura y forma. Partiendo de hechos y anécdotas, le acercamos a la gente el mensaje. Por otro lado, el ejemplo es como una red que recaptura la atención de los distraídos y despierta a los somnolientos.²⁰

D. –Conclusión

Comenzamos nuestra predicación con una lectura que se fue explicando y enriqueciendo con ejemplos. Un prisma que fue mostrando diversos colores y aspectos. Pero, hacia el final, es tiempo de cerrar el abanico para recoger en un puño todo el mensaje. Se trata de hacer el concentrado de todo lo que hemos querido transmitir.

Si la predicación fue bien realizada, la gente más o menos tiene todo claro, pero al hacer un resumen el predicador conjunta todos los elementos para que no queden dispersos.

Se trata de recorrer panorámicamente toda la predicación y sintetizar el mensaje en una frase o en una pregunta.

La conclusión es el remache final para dejar bien clavado el mensaje. Se trata de concentrar la predicación en una frase que la gente pueda grabarse en su mente y luego repetir. En la misma es importante dejarle a la gente algunos **imperativos**. Los imperativos en una predicación son la puntualización de lo que se debe hacer: las nuevas actitudes y tareas, o el propósito concreto que hay que tomar, el compromiso que se debe cumplir, etc.

El imperativo es una exhortación para que la gente haga lo que debe. Muchos predicadores no incluyen imperativos y esto vuelve ineficaz su mensaje, porque le dejan a la gente que adivine qué debe hacer. Es como decirles "saquen ustedes sus propias conclusiones". No vale la pena predicar sin imperativos. Sería como construir en la arena.

Por último, el imperativo no es un moralismo de "tienes que hacer, debes hacer", sino la lógica conclusión del mensaje anunciado. Si el moralismo es la imposición de un deber o una obligación, el imperativo es

²⁰*Ibíd.*

lo que completa necesariamente una predicación, de tal manera que sin él, ésta quedaría incompleta.²¹

Y finalmente, luego del resumen y del imperativo, podremos hacer la transferencia de la tercera pregunta de la Lectio Divina que hemos realizado previamente: *¿Qué le digo a Dios? Solo que en este caso responderemos a la pregunta que ya hemos analizado previamente: “¿Qué le podría decir a Dios esta comunidad concreta?”*

Una predicación de nada serviría, si sólo hablamos nosotros. Lo más importante es dejar actuar a Dios: que la gente experimente el poder salvífico de Dios.

Si hemos hablado de Dios a la gente, ahora llega el momento de hablar de la gente a Dios.

La oración final recoge el mensaje central y se le pide a Dios la fuerza para cumplir los imperativos.

La primera parte de la oración retoma la enseñanza más importante de la predicación, y la segunda es para pedir fuerzas para cumplir los imperativos. Es decir, primero se recalcan las enseñanzas y luego se reafirman, delante de Dios, los imperativos o actitudes que se han de tomar.

La oración final tiene que ser valiente y hasta agresiva, llegando a pedir a la gente ponerse de pie, pasar al frente, colocar una mano sobre el corazón, orar en voz alta, etc.

Debemos urgir que el auditorio muestre un signo exterior de acuerdo al tema que hemos proclamado. Ejemplo:

- Si hemos hablado de Zaqueo, que se subió a un árbol para ver pasar a Jesús: Levanten la mano los que necesiten ver a Jesús en sus vidas y lo quieran invitar a que pase a su casa...

- Si el tema fue la conversión: Pasen adelante los que quieran aceptar a Jesús como su único Salvador y Señor de su vida...

- Si hablamos del arrepentimiento: Pongan su mano sobre el corazón y repitan conmigo esta oración, para pedir perdón al Señor...

A veces hay que llegar a algo más concreto y valiente:

- Las parejas aquí presentes, tómense de las manos y mírense a los ojos para pedirse perdón...

²¹*Ibidem.*

- Los que quieran dejar el vicio del cigarro, pasen a dejar sus cajetillas frente al altar, y a recoger de ese altar, que representa a Cristo Jesús, la fuerza que les ayudará.

Hemos predicado sobre Jairo, que llevaba prisa para que Jesús llegara antes de que su hijita muriera; pero en el camino el Maestro fue interceptado por una hemorroísa que había usado todos los medios para recobrar su salud, sin resultado alguno. La oración podría ser:

- Pónganse de pie los que sienten que Jesús se ha retardado en llegar a su casa y los problemas se han agravado. Repitan en voz alta:

"Señor Jesús, ven pronto a mi casa, porque si no llegas hoy, no sé qué va a pasar mañana. ¿Por qué, Señor, has tardado tanto y no acabas de llegar?"

- Ahora pasen adelante solamente los que sienten que su problema no tiene solución, que humanamente es imposible resolverlo. Jesús va a intervenir poderosamente en sus vidas el día de hoy. Ahora repitan con voz audible:

- "Jesús, he buscado por todos los medios humanos y ya no hay nada que hacer. Sólo me queda recurrir a ti, y si tú no intervienes, el caso está perdido. Tú eres mi última esperanza, y sé que no quedaré confundido, porque tú no puedes dejar de cumplir tus promesas".²²

4. Estudiar el bosquejo

Por último, el cuarto paso en el armado de un bosquejo es estudiarlo. Un profesor de música me dijo una vez que la canción saldrá tan bien como hayamos ensayado. Y lo mismo vale para una predicación. Si queremos tener seguridad en la predicación, tenemos que ensayarla una y otra vez. Es algo similar al ensayo que se suele hacer para rendir un examen oral. Eso nos conseguirá una independencia del esbozo que ayudará al oyente a abrirse más fácilmente al mensaje que si estamos todo el tiempo mirando un papel. Esto le quita fuerza al contacto visual que tenemos que tener con la audiencia.

²²*Ibidem.*

Esto no significa que no podemos mirar cada tanto nuestro escrito, pero como ayuda memoria, no como recurso permanente.

Hace poco alguien me preguntó cómo hacía yo para predicar tanto tiempo seguido sin tener siquiera un papel a mano, una ayuda memoria. Y le respondí que ese mensaje (era el mensaje “Cuida tu foto”) lo sabía de memoria porque lo había ya predicado cientos de veces. Pero también le reconocí que cuando tengo que dar un mensaje nuevo, difícilmente puedo predicar sin una ayuda memoria, a menos que lo haya ensayado numerosas veces.

Me parece un verdadero arte el saber dar una exposición leyendo cada tanto una ayuda memoria, pero sin que la gente lo note. No por vanidad, sino por eficacia en la transmisión del mensaje.

He conocido personas que no usan jamás una ayuda memoria, simplemente porque no lo hacen. Son los que “fluyen” con lo que dicen que Dios les va mostrando. Pero me parece una pereza disfrazada de misticismo. Claro que creo y practico la docilidad al Espíritu Santo, que nos ayuda a fluir en medio del mensaje hacia otras dimensiones que no habíamos planificado decir. Por supuesto que sí. Pero no concuerdo en absoluto con la improvisación irresponsable en la predicación que tienen algunas personas. La gracia obra sobre la materia.

Salvador Gómez y Pepe Prado Flores comentan al respecto:

“Lo primero que necesita el predicador, es estudio y oración. Para hablar una hora es necesario estudiar por lo menos dos. Ningún buen embajador podrá decir que va sin prepararse, esperando que el Espíritu Santo le diga lo que tenga que decir. Sería una terrible falta de respeto a la gente y también al Espíritu Santo.

El Espíritu recuerda y unge lo que ya existe. El Espíritu aporta la vida, pero supone de nuestra parte la materia prima. Si el médico y el

Es TIEMPO DE **PREDICAR**

futbolista se preparan para su trabajo, con mucha mayor razón nosotros para la obra de Dios.”²³

²³*Ibidem.*

CAPÍTULO 5:

**USO DE
ILUSTRACIONES**

Veamos ahora algunos consejos para poder buscar, encontrar y acomodar ilustraciones para enriquecer nuestra predicación.

Importancia y peligros de las ilustraciones²⁴

Todo predicador ha tenido de seguro la sensación de necesitar una ilustración, es decir, una imagen, cuento, comentario, ejemplo, anécdota, relato o testimonio que brinde más colorido al mensaje que queremos transmitir; pero no lo encuentra o le cuesta encontrar el adecuado. Incluso teniendo buenos sistemas para capturar y archivar ilustraciones, inevitablemente habrá momentos en los que uno no tienen nada en sus notas y no puede pensar en nada de forma espontánea.

Algunas personas están en contra de las ilustraciones, y ciertamente las ilustraciones pueden abusarse. Por ejemplo, podemos sentirnos tentados a confiar demasiado en ellas por el deseo de hacer que nuestras predicaciones sean más atractivas o emocionales. Pero estoy convencido de que hay una manera de ilustrar que es de alta eficacia a la hora de predicar por la ayuda que brinda al oyente.

Tenemos que tener bien en claro que las ilustraciones no son el mensaje central que estamos transmitiendo, pero lo apuntalan a este y le ayudan a la gente a entenderlo más profundamente.

Cabe aclarar también que una ilustración debe explicarse por sí misma. Si tenemos que estar interpretando al oyente lo que quisimos decir con esta ilustración es porque no sirve como ilustración. Una ilustración debe aclarar la idea central, no confundirla. Eso no impide que podamos desarrollar la

²⁴ Utilizaré como referencia el artículo titulado: "8 maneras de encontrar ilustraciones para sermones" escrito por Gavin Ortlund y publicado en "TheGospelCoalition" el 3 de abril de 2019.

enseñanza que deja la misma; siempre remitiéndonos al mensaje central que estamos predicando.

Tenemos que aprender bien la ilustración antes de contarla, de lo contrario podemos entorpecer y anular el proceso de la predicación que estamos brindando. Si no recordamos bien cómo era la ilustración es mejor no usarla en esta prédica concreta que estamos dando o por dar. Es peligroso cuando, en medio del mensaje, se nos viene a la mente una ilustración que podemos dar, pero no la sabemos bien. Es una tentación seguro; es mejor agregar esa ilustración la próxima vez que prediquemos ese mismo mensaje. Algunos caen en la tentación y prefieren inventar lo que no recuerdan de la ilustración, y eso puede arruinar en vez de vivificar el mensaje.

Pero, luego de todas estas aclaraciones, cabe decir que es muy importante usar ilustraciones, y, como veíamos en el capítulo anterior, una prédica sin ejemplos, es como una comida sin sal.

Jesús es un buen modelo para nosotros, porque hablaba con frecuencia a través de parábolas, pero de tal manera que expresaba la autoridad divina y convencía a sus oyentes. Siguiendo el patrón de Cristo, las ilustraciones en las predicaciones no le restan valor a la autoridad del texto, sino que lo intensifican. Del mismo modo, no exaltan al predicador como un impresionante orador, sino que lo obligan a inclinarse humildemente y ajustar su comunicación a sus oyentes.

Dónde encontrar las ilustraciones

Con el deseo de fomentar el uso efectivo de las ilustraciones, aquí te ofrezco 10 lugares o espacios de donde podemos obtener ilustraciones para enriquecer nuestras predicaciones. Sin duda que pueden haber muchas más si

queremos ser exquisitos; pero me referiré ahora a las que considero las fuentes más importantes.

Luego de cada una, colocaré un ejemplo de cómo utilizo personalmente en mi ministerio estas ilustraciones.

1. Textos bíblicos

La mayoría de las Escrituras están en forma narrativa. Las muchas historias coloridas de la Biblia son un campo fértil de material ilustrativo. Un beneficio de esta práctica es que estamos exponiendo a nuestros oyentes a una variedad de textos bíblicos más allá de los que están en el calendario de predicación.

Se pueden hacer paráfrasis de algunos textos bíblicos e inclusive actuarlos para darle mayor énfasis y carga emotiva al mensaje. Pero siempre y cuando conozcamos correctamente el texto bíblico.

Ejemplo:

Cuando uno se está resbalando no hace ruido, pero cuando cae sí. Si eres líder y estás en alguna falta “secreta”, no continúes, te estás resbalando; pero en un instante más caerás, y la caída sí tiene ruido. La oración del Padre nuestro que nos enseñó Jesús en Mt 6, 9-13 dice en un momento “no nos dejes caer en la tentación”. Dicha palabra caer en griego se escribe *eisénegkes*, y significa *entrar*. Nadie cae de repente en la trampa de la tentación, sino que se va *entrando* de a poco en ella; vamos jugando con ella, a veces sin darnos cuenta, hasta que en un momento la caída es inminente.²⁵

2. Anécdotas de los santos

¿A quién no le gusta escuchar en alguna homilía o predicación la historia de algún santo que ilustra el mensaje que se está transmitiendo? Hay muchas páginas en la web de

²⁵ Lo utilizo en predicación sobre santidad de los líderes y predicadores

historias y anécdotas de santos de todos los tiempos que nos pueden ayudar bastante a la hora de preparar un mensaje.

Ejemplo:

San Pablo dice que el verdadero amor: “*No busca su propio interés*” (1 Cor 13, 5). Cuántas veces vos y yo servimos a Dios por amor a la recompensa y no a su persona; buscamos los milagros de Dios y no al Dios de los milagros; obedecemos más bien por miedo al infierno que por temor de ofender a nuestro Padre amado. Y me viene a la memoria, como testimonio de amor desinteresado, el ejemplo de Francisco de Sales, que en una ocasión se tuvo por condenado y escribió a Dios una carta pidiéndole que le dejara servirle incluso en el mismo infierno.²⁶

3. La literatura

Obtener ilustraciones de la literatura es un enorme beneficio para la predicación del Evangelio. La literatura ilustra de manera útil porque:

1. Es narrativa, dramática, y particular (de esto están hechas las buenas ilustraciones).
2. Trae la verdad a las situaciones reales (a menudo contemporáneas) de la vida.
3. Construye un puente para los oyentes que ya simpatizan con la literatura.

Un gran peligro aquí es usar solo un tipo de literatura. Por ejemplo, si siempre se hace referencia a Dostoievsky o a Shakespeare, eso intimidará y posiblemente alienará a las personas menos educadas. O si siempre estás citando a *Narnia* y *El Señor de los anillos*, las personas a las que no les gusta la fantasía tampoco conectarán con ello.

Un principio general de las ilustraciones es este: elige las que incorporan y representan a tu audiencia. Elige lo familiar, no lo extraño. Construye a partir de lo que ya está presente en la mente y la imaginación de tus oyentes lo más que puedas.

²⁶ Lo utilizo cuando predico sobre el amor desinteresado a Dios.

Debemos tener en cuenta el lugar donde estamos predicando, porque habrá ciudades o países donde es más conveniente hablar de ciertos autores que de otros por el conocimiento que la gente puede tener de los mismos. Por ejemplo: cuando voy a predicar a Chile, y estoy tocando un tema de psicología espiritual, en vez de poner ejemplos o relatos de Bernardo Stamateia o de Jorge Bucay, prefiero usar a Pilar Sordo, para generar empatía con la cultura donde estoy predicando.

Y ten en cuenta también que cuanto más amplio sea tu arsenal, más amplio será el efecto. Por eso es importante que el predicador sea un asiduo lector de distintas lecturas.

Ejemplo:

En una ocasión en que el Principito le preguntó al aviador: —"¿Para qué sirven las espinas?"- El otro le respondió: "Tengo que ocuparme de cosas serias", mientras trataba de destornillar un perno del motor del avión.

— ¡Hablas como las personas mayores! - Respondió el Principito – Conozco un planeta donde vive un señor muy colorado, que nunca ha olido una flor, ni ha mirado una estrella y que jamás ha querido a nadie. En toda su vida no ha hecho más que sumas. Y todo el día se lo pasa repitiendo como tú: "¡Yo soy un hombre serio, yo soy un hombre serio!"... Al parecer esto le llena de orgullo. Pero eso no es un hombre, ¡es un hongo!"

A veces se nos pasa la vida ocupándonos de cosas serias...y las imprescindibles pasan por nuestras narices, pero no las vemos. Quizás sea porque, sin darnos cuenta, nos estamos convirtiendo en "hongos".²⁷

4. Testimonios y anécdotas

Las ilustraciones personales pueden ser útiles, porque traen la Palabra de Dios a los momentos "normales" de la vida, y pueden ser más entendible el mensaje que estamos transmitiendo. El gran peligro de usar ilustraciones de vida, por supuesto, es promoverse a uno mismo, o atraer la atención hacia

²⁷ La utilizo cuando predico de vivir una vida en abundancia como Cristo nos enseñó.

uno mismo de manera incorrecta. Incluso cuando se usa a uno mismo como un mal ejemplo, todavía puedes estar diciendo: “¡Mira cómo me desprecio, mira cómo soy humilde!”. Así que asegúrate de que se trata de servir a la gente, y no a ti o al diablo.

Cuanto más conectado estés con una ilustración, más probabilidades tendrás de involucrar a tus oyentes. Por eso es bueno elegir anécdotas y testimonios de impacto.

Cuando trato de encontrar una ilustración, a menudo considero situaciones emocionales. Este es otro principio general de las ilustraciones: cuanto más conectado estés con una ilustración, más probabilidades tendrás de involucrar a tus oyentes.

Ejemplo:

Tengo el bendito hábito, desde hace un tiempo atrás, de salir a caminar una hora por día. Por lo general Pablito me acompaña. Desde casa hasta el parque Sarmiento (principal espacio verde de nuestra ciudad) son diez minutos caminando. Lo llevo en su cochecito de bebé. Cuando el sol inevitablemente le da en la carita, me coloco de inmediato de manera tal que pueda yo hacerle sombra con mi cuerpo. Es bastante complicado a veces; pero me las ingenio para que nunca le dé el sol de frente.

Eso me lleva a pensar cada día en las veces que Dios hace eso con nosotros. La Biblia enseña:

*“El Señor es tu guardián y tu sombra,
el Señor está a tu diestra.
Durante el día el sol no te maltratará,
ni la luna de noche.
Te preserva el Señor de todo mal,
él guarda tu alma.
Él te guarda al salir y al regresar,
ahora y para siempre.”*

Sal 121, 5-8

Si yo, que soy un simple y pecador mortal, procuro ser sombra para mi hijo, cuánto más nuestro Padre Dios que nos ama infinitamente más a cada uno de nosotros.²⁸

²⁸ La utilizo cuando predico sobre confiar en Dios que nos cuida.

5. Historias y biografías

Las ilustraciones históricas pueden ser realmente útiles y edificantes, y cumplir con muchos de los mismos criterios que la literatura. Una vez más, debes tener cuidado. El uso excesivo de este tipo de ilustraciones alienará a las personas que no están interesadas en la historia. Pero la historia también se puede contar de una manera que involucre a casi todos.

Hay tantas historias de personas de todos los tiempos que ayudan a darle colorido a un mensaje. Pídele al Espíritu Santo que te muestre cuáles son las indicadas de incluir en un mensaje.

Ejemplo:

Thomas Edison realizó cientos de inventos cuya influencia en el planeta ha sido absolutamente formidable. Uno de ellos, la bombita eléctrica funcionó luego de mil siete intentos. Imagina si se hubiera detenido, agobiado por el fracaso. La perseverancia lo convirtió en un grande. Un periodista le preguntó un día:

- Sr Edison, ¿qué se siente haber fracasado más de mil veces?

- Nunca he fracasado jovencito – le respondió el anciano científico con valor – descubrí más de mil maneras distintas como no se debe hacer una bombita eléctrica”²⁹

6. La naturaleza

Me ha sorprendido lo útiles que pueden ser las ilustraciones de la naturaleza y del reino animal. Jesús usaba con frecuencia este tipo de ilustraciones, para conectar a la gente con lo que estaba enseñando.

²⁹ La utilizo cuando predico sobre la perseverancia.

Ejemplo:

En la entrada de la NASA se encuentra una imagen de una abeja con una inscripción arriba que dice:

“Las abejas no han sido diseñadas por Dios aerodinámicamente para volar...lo bueno es que ellas no lo saben”

Te toca elegir si quieres ser lo que los demás opinan o luchar por conquistar las alturas volando aunque pareciera que no fuiste diseñado para hacerlo.³⁰

7. Noticias

Las noticias están llenas de historias y otra información que se pueden utilizar para ilustrar. Pueden ser noticias actuales o de otras épocas, que ayudan a contextualizar el mensaje.

Este tipo de ilustraciones tienen grandes cualidades narrativas y resuenan con las personas en formas que la ficción no. A la gente le importan las cosas reales que suceden en el mundo. Sin embargo, ten cuidado de no aprovecharte del miedo que la gente le tiene al declive cultural. También es bueno mantenerse generalmente fuera de la política y los problemas sociales que serán controversiales de formas que no ayudan.

Ejemplo:

La mañana del 7 de diciembre de 1941 sucedió un hecho que marcaría un antes y un después en la historia de la humanidad: el ataque sorpresivo de la Armada Imperial Japonesa contra la base naval de los Estados Unidos en Pearl Harbor, Hawái.

Al finalizar la batalla, el Comandante en Jefe de la Armada Japonesa, Almirante Isoroku Yamamoto dijo a su Estado Mayor: *“Me temo que hemos despertado a un gigante dormido”*.

³⁰ La utilizo cuando predico sobre aprender a conquistar nuestros sueños.

Sin pretender hacer valoraciones históricas sobre estos hechos, quisiera preguntarte: ¿Y si las burlas que has recibido a lo largo de tu vida, los ataques recibidos, las bombas que te lanzaron tantas veces son sólo una provocación para despertar el gigante que vive en ti? Quizás un día al repasar tu historia te des cuenta de que fueron justamente tus grandes enemigos los que te hicieron mover hacia el sitio de bendición donde hoy te encuentras. Eso es lo que pasó en mi vida exactamente.³¹

8. Películas, series o novelas

Este es uno de mis recursos favoritos. La mayoría de los que nos escuchan, más aún si se trata de jóvenes o adolescentes, pasan mucho tiempo viendo películas, series o novelas. Usarlos en una prédica les mantendrá conectado quizás cien por ciento con el mensaje que estamos predicando.

Pero tenemos que tener cuidado con elegir mal estas ilustraciones. Podemos re direccionar a las personas a ver cosas que contienen material que deforma las conciencias en vez de edificar sus vidas. Puedes tratar de enmascarar la ilustración sin mencionar de qué película viene, pero algunas personas probablemente lo sabrán y distraerá a las personas que pasan tiempo tratando de adivinar. Creo que la mejor práctica es usar este tipo de ilustraciones con moderación, y cuando lo hagas, debes tener cuidado con lo que seleccionas.

Ejemplo:

Steven Spielberg inmortalizó a fines de la década del 80 la fabulosa trilogía llamada “Volver al futuro”, una muy completa aventura de ficción en la que un científico apasionado construye una máquina del tiempo. Se trata de un auto, el De Lorean, en el cual se puede viajar en el tiempo a visitar el pasado o a inspeccionar el porvenir. Algo así es lo que sucede con Dios. Él es como el Dr. Brown de la película, que tiene su propio De Lorean para viajar en el tiempo, a la fecha que quiera.³²

³¹ La utilizo cuando predico sobre motivación a cumplir nuestros sueños.

³² *Ibíd.*

9. Canciones

Seas o no músico, una canción puede engrandecer en gran manera tu predicación. La música conecta con lo más profundo del ser humano. Una música bien elegida, en el momento exacto, le brinda al oyente, además de una pausa en su concentración mental, una conexión que puede ser decisiva en la recepción del mensaje. Está demás aclarar que, como músico cristiano que soy, este es otro de mis recursos infaltables en una prédica.

Ejemplo:

La canción “O tú o ninguna” de Luis Miguel recita en una de sus estrofas:

*“Esa que de puro honesta en el fondo te molesta.
Esa que te admira tanto que te obliga a ser un santo
Sólo hay una...”*

Esa es una de las cosas maravillosas que el amor verdadero, ese amor puro que viene de Dios, suele provocar: la santidad.³³

10. Cuentos

Finalmente, los cuentos, pueden ser un canal maravilloso para ayudar a la asamblea que nos escucha para que pueda interiorizar el mensaje. Los cuentos tienen una riqueza en sí mismos que pueden ayudar a todo público, desde los más pequeños hasta los adultos mayores, a apropiarse del mensaje que estamos queriendo transmitir.

³³ La utilizo cuando les predico a las parejas.

Ejemplo:

Dicen que en cierta ocasión se encontraban varias ranitas caminando por un bosque, cuando de repente dos de ellas se cayeron en un pozo profundo. Sus compañeras desde arriba les alentaban a hacer lo imposible por subir, y estas, trataban de todas las maneras posibles intentar salir de ese terrible pozo. Pero avanzaban las horas y no encontraban la forma de escalar. Entonces las ranas de arriba, al ver que se acercaba la noche, y pensando que ya era inútil que sus dos amiguitas se sigan sacrificando, comenzaron a gritarle palabras de desaliento: *“Renuncien chicas, renuncien...no se puede! Vamos a recordarlas siempre...no se cansen en vano!!”* Una de ellas, haciendo caso de los gritos de sus compañeras se desalentó y se tiró al suelo para morir. Se acostó y comenzó a tirarse tierra encima. La otra ranita siguió intentando un poco más, consiguió hacerse una especie de ventosas en los pies con el barro y lograba ir trepando de a poco. Mientras tanto, sus compañeras arriba le gritaban con mayor insistencia palabras de desaliento.

Pasadas unas horas, la ranita obstinada logró salir del pozo, para el asombro y el estupor de sus compañeras. *“¿Cómo puede ser posible hermanita, te estuvimos gritando durante horas que no podrías salir y lo hiciste lo mismo?”* - le dijeron las ranitas conmovidas. Pero la ranita le contestó: *“¿Cómo? ¿Ustedes estaban gritándome que no se puede? ¡Yo pensé que me estaban alentando! Lo que pasa es que soy medio sorda de ambos oídos”*.³⁴

Por encima de todo, las ilustraciones deben ser un acto de amor para nuestros oyentes, una forma de servirles al movernos en su mundo y categorías, de la misma manera en que Dios se ha acercado a nosotros en su Palabra y en el Evangelio. Parafraseando a San Agustín: *“Ama y elige la ilustración que quieras”*. Cuando no estés seguro de qué ilustración elegir, deja que el amor por tu gente sea tu guía, y estarás seguro.

³⁴ La utilizo cuando predico sobre ignorar las voces agresivas y pesimistas.

CAPÍTULO 6:

**DISTINTOS
DESTINATARIOS
Y MENSAJES**

La clasificación del mensaje

No se puede predicar sin antes clasificar el mensaje. Por clasificar el mensaje, entendemos definir el tipo de predicación que vamos a emplear. No es lo mismo animar a los decaídos, que corregir a los extraviados. No es lo mismo un llamamiento a la conversión, que una enseñanza de tipo doctrinal. De acuerdo a las circunstancias y al proceso de conversión del auditorio, se elige la dirección del mensaje.

Es necesario saber lo que esa comunidad necesita en ese momento, para que la semilla de la Palabra dé el fruto adecuado. De otra manera no le interesa. Si al que está enfermo de tos le damos un purgante, causaremos una tragedia cada vez que tosa. Hay que diagnosticar la necesidad y responder exactamente a ella.

Es importante considerar diversos factores del auditorio al que le predicaremos. Los más importantes de estos factores son: la edad de las personas y el contexto social en el que viven. No podemos dar, por ejemplo, un tema de sexualidad sabiendo que habrá niños menores de 10 años en el auditorio. Tampoco podemos dar el mismo mensaje, ni de la misma manera, en una comunidad humilde que si estamos en una de mayores recursos. El Evangelio es el mismo, pero tenemos que adaptar el mensaje a la gente concreta que tenemos frente.

Por otro lado, muchos predicadores fallan porque no saben lo que la comunidad necesita, ni clasifican su mensaje, y por eso son tan dispersos. Por no definir su mensaje revuelven todo, y al final nadie encuentra nada. Tiran flechas al aire para ver si pasa un águila que les haga el favor de encontrarse con ella.

Cada pasaje de la Palabra de Dios es tan rico, que podemos sucumbir a la tentación de tomar el mismo texto para dar diez mensajes diferentes, cayendo así en la demagogia. Lo mejor es enfocar todos los esfuerzos a un solo punto. Los rayos de luz parten de un centro (el sol), pero a medida que se van dispersando y alejando de él, se debilitan y pierden luminosidad. Sin embargo, si nosotros recogemos esos rayos en un lente de aumento y los hacemos converger, multiplican su fuerza y son capaces de producir fuego. Así es la predicación: entre más difusa, es menos clara. Entre más convergencia tenga, más puede encender el corazón de los oyentes. La clasificación es un lente de aumento, que hace converger todo en un punto para lograr un objetivo.

Una tarde que soplaba fuerte viento y comenzaba a llover, un granjero fue a buscar a sus gallinas para resguardarlas de la tempestad. En el camino se dio cuenta de que la ropa del tendedero se iba a mojar y decidió recogerla. Pero antes se encontró con su esposa, que le pidió buscar al perro. En el camino vio que el viento dispersaba la pastura y fue a buscar la llave de la bodega para meterla. Al llegar, oyó cómo el viento golpeaba las ventanas de la casa y decidió primero cerrarlas. Pero se dio cuenta de que las ventanas no estaban pintadas, y regresó con su esposa para preguntarle de qué color las pintaba. Al final, por querer hacer tanto, no hizo nada.

Así pasa cuando queremos abarcar todo en una sola predicación. Predicaciones pesadas, confusas, con exceso de mensajes, terminan siendo difusas y nadie sabe de lo que se habló. Si queremos que la gente se quede con el mensaje, primero debemos clasificarlo. Es imposible que la gente sepa de qué hablamos, si nosotros mismos tampoco lo supimos.

La técnica consiste en:

1. - Decidir qué tipo de mensaje se va a dar, de acuerdo al auditorio.
2. - Enfocar en esa línea toda la predicación (textos, ejemplos, preguntas, etc.)³⁵

Tipos de mensajes

A continuación coloco seis tipos de mensajes a los que, a mi humilde modo de verlo, se puede recurrir, de acuerdo a las necesidades de la audiencia. Cualquier predicación va a entrar en uno de estos apartados. Existen los siguientes tipos de mensaje:

³⁵ GÓMEZ, Salvador y PRADO FLORES, José H. *Formación de Predicadores*. Op. Cit. Cap. 8: "Cómo organizar el mensaje".

1) El mensaje textual

Es el mensaje que toma como base un texto específico, generalmente un solo versículo. Por ejemplo, Juan 3,16. Sobre este escrito entramos a desarrollar la enseñanza. El propósito es desglosar su estructura, haciendo particular énfasis en palabras importantes que dan sentido particular de las frases.

La elaboración del mensaje textual reúne muchas ventajas. Entre ellas, que permite captar el interés de los asistentes, y además, mantiene los márgenes bíblicos, es decir, que se sujeta específicamente a lo Escritural y no a las ilustraciones, por ejemplo.

En esencia, este género de exposición se centra en la Biblia.

2) El mensaje expositivo

Este género de mensaje se desarrolla fundamentando un pasaje bíblico. Entre las ventajas que ofrece, está el que se trabaja con base en un solo texto. Esto favorece concentrar la atención de los asistentes. No es necesario saltar de un versículo a otro. El predicador no fuerza un versículo para que se relacione con otro o quizá para que diga lo que él quiere.

Por el contrario, toma con naturalidad cada una de las ideas y puntos que van surgiendo en cada versículo. Es uno de los estilos más complejos pero a su vez, de los más enriquecedores. La asimilación es más fácil cuando se predica con un solo pasaje.

Está probado que, al salir de una predicación es más probable que los asistentes recuerden no sólo qué base bíblica se utilizó, sino también de qué trató el mensaje.

Es el modelo más aconsejable cuando se trata de un mensaje en el que buscamos como objetivo central, que al terminar de predicar, las personas puedan tener un gesto de

adhesión al mensaje predicado, un encuentro personal con Jesús o una oración de impacto como conclusión.

Las distintas maneras de armar un bosquejo del capítulo 4 tenían que ver más que todo con este tipo de mensajes que con el resto.

3) El mensaje verso a verso

El análisis de un texto versículo por versículo es una excelente manera de predicar, si sabemos hacerlo correctamente. Para ello, es necesario que al hacerlo, anotemos en una hoja de papel cada versículo que estudiaremos en detalle.

Luego tenemos que ordenar la información anotada de manera que nos facilite la elaboración del mensaje, de acuerdo con el modelo de bosquejo que aprendimos.

En todo este proceso juega un papel esencial la utilización de una libreta de apuntes. Guardar esa información es crucial, porque no solo ahora, cuando te dispones a elaborar un mensaje, sino en la posterioridad, puede servirte para elaborar otros estudios bíblicos relacionados.

4) El mensaje con divisiones

Para facilitar la exposición de un tema, también se puede dividir el mismo en puntos específicos. Podríamos hablar de dos tipos de divisiones:

a) **Divisiones Mayores.** Son los grandes aspectos que abordaremos. Por ejemplo, vamos a hablar del pecado. Si lo fuéramos a hacer tomando tres grandes facetas, podría quedar así.

1. EL PECADO NOS LLEVA A LA CEGUERA ESPIRITUAL
2. EL PECADO NOS ALEJA DE DIOS
3. EL PECADO NOS LLEVA AL ESTANCAMIENTO ESPIRITUAL

Observa que se trata de ideas generales, que encierran muchos elementos.

b) **Divisiones Menores** son aquellos puntos que dan soporte a las Divisiones Mayores. Están relacionados con los primeros y sirven para hacer una adecuada exposición.

Si ya tenemos las Divisiones Mayores y vamos a incorporar las Divisiones Menores, quedaría de la siguiente manera:

1. EL PECADO NOS LLEVA A LA CEGUERA ESPIRITUAL

a. Olvidamos los principios espirituales contenidos en la Biblia

b. Dejamos de lado las pautas trazadas por Dios para su pueblo.

2. EL PECADO NOS ALEJA DE DIOS

a. Progresivamente regresamos al mundo pecaminoso

b. Nuestra conciencia nos redarguye y nos apartamos del Dios que da vida

3. EL PECADO NOS LLEVA AL ESTANCAMIENTO ESPIRITUAL

a. Un cristiano inmerso en pecado no progresa

b. Un cristiano inmerso en pecado está ajeno a las verdades bíblicas

5) El mensaje biográfico

Este tipo de mensaje consiste en elegir un personaje bíblico y desde allí elaborar un bosquejo de evangelización.

Entre las ventajas de este género, figura el que se puede analizar en detalle la existencia de un personaje de la Biblia, sus aportaciones a los demás, y en particular, los principios de vida práctica que arrojan pautas y luces para los cristianos de hoy.

Entre los elementos favorables que tiene este sistema de predicación, se cuenta el estrecho acercamiento de los creyentes

con las experiencias, tanto positivas como negativas, de los hombres y mujeres de la Biblia. Ellos, al igual que nosotros, enfrentaron períodos de incertidumbre, persecuciones, intolerancia, duda y también de victoria.

El mensaje biográfico permite estimular un acercamiento entre los problemas y victorias del hombre en los pasajes bíblicos y el presente. Lleva a pensar que ellos no fueron diferentes de nosotros, salvo por su fe y dependencia del Creador, que es justamente lo que estamos llamados a aprender en nuestra cotidianidad.

6) El mensaje temático

Por último, como su nombre lo indica, este género de predicación gira en torno a un solo tema. Es favorable porque ofrece a los oyentes una amplia gama de posibilidades para generar interrogantes en torno a un aspecto escritural en particular. Es como abrir un abanico: ofrece múltiples y variadas facetas. Además presenta una lista panorámica en cuanto al objeto de estudio.

El propio expositor recibe mucha edificación durante la elaboración del mensaje. Aprende, agudiza su visión, trata de ponerse en el lugar de los oyentes y se adelanta a las preguntas que se podrían formular.

De igual manera, obliga a investigar aspectos que pueden no estar demasiado claros. Recuerda que si hay algo que te genera dudas, lo más probable es que a los asistentes también.³⁶

Cuando hablamos de temáticas a dar, tenemos que tener en cuenta que se pueden dar temas **kerigmáticos** (Amor de Dios, pecado, salvación, conversión, Espíritu Santo, etc.) y temas **específicos** (Noviazgo, matrimonios, liderazgo, autoestima, etc.).

³⁶ GARCÍA, Nicolás. *Manual de predicación y Homilética*. 2015.

Es TIEMPO DE **PREDICAR**

Pero, como sea, no debemos jamás olvidarnos que no estamos dando una clase, ni un taller, ni una catequesis. El esquema de los mismos responde a dos maneras distintas de abordar la comunicación de la Palabra de Dios. Todas de igual validez, pero tenemos que tener en cuenta las diferencias para no hacer confundir a la gente.

CAPÍTULO 7:

**EL ESTUDIO BÍBLICO
DEL PREDICADOR**

En este capítulo veremos la importancia del estudio bíblico para un predicador y ayudas prácticas para el estudio autodidacta de la Biblia.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO BÍBLICO

“Así dice el Señor, tu Redentor, el Santo de Israel: «Yo soy el Señor tu Dios, que te enseña lo que te conviene, que te guía por el camino en que debes andar»”

Is 48, 17

El estudio de la Palabra de Dios, conjugando la exégesis, la hermenéutica³⁷ y la oratoria, es imprescindible para un predicador.

Dei Verbum, el documento del Concilio Vaticano II acerca de la Sagrada Escritura, dice lo siguiente:

“Es necesario que...todos los que se dedican legítimamente al ministerio de la Palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte "predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior", puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la Sagrada Liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina.”³⁸

³⁷ **Hermenéutica y exégesis son sinónimos** que se emplean indistintamente en muchos casos. Sin embargo, en ocasiones se le da a la palabra hermenéutica un matiz más espiritual en lo relativo a los significados mientras que, el término exégesis puede tener un componente más centrado en la literalidad, con la intención de reconstruir el significado original.

También se suele considerar que la exégesis, en el análisis de textos bíblicos, es la aplicación seria y formal de los principios y reglas para llegar a una interpretación de las Sagradas Escrituras.

La exégesis, por lo tanto, establece una serie de normas y principios para ser utilizados en la interpretación de este tipo de textos.

La persona que desarrolla esta tarea se llama **exégeta**, y es quien se encarga de explicar el significado de un texto sin incluir sus interpretaciones personales o lo que el texto significa para él.

Por el contrario, el exégeta establece el significado que le quiso dar el autor al texto en cuestión.

³⁸ DV 25

Y en otro apartado, enseña el documento cómo se la debe interpretar correctamente a la Biblia:

“Para que el intérprete de la Sagrada Escritura comprenda lo que Él quiso comunicarnos, debe investigar con atención lo que pretendieron expresar realmente los escritores bíblicos y le pareció a Dios manifestar con las palabras de ellos.

Para descubrir la intención de los escritores, entre otras cosas hay que atender a "los géneros literarios". Puesto que la verdad se propone y se expresa de maneras diversas en los textos de diverso género: histórico, profético, poético o en otros géneros literarios. Conviene, además, que el intérprete investigue el sentido que intentó expresar y expresó el hagiógrafo en cada circunstancia según la condición de su tiempo y de su cultura, según los géneros literarios usados en su época. Pues para entender rectamente lo que el autor sagrado quiso afirmar en sus escritos, hay que atender cuidadosamente tanto a las formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del hagiógrafo, como a las que en aquella época solían usarse en el trato mutuo de los hombres.

Y como la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió para sacar el sentido exacto de los textos sagrados, hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Es deber de los exegetas trabajar según estas reglas para entender y exponer totalmente el sentido de la Sagrada Escritura, para que, como en un estudio previo, vaya madurando el juicio de la Iglesia. Porque todo lo que se refiere a la interpretación de la Sagrada Escritura, está sometido en última instancia a la Iglesia, que tiene el mandato y el ministerio divino de conservar y de interpretar la palabra de Dios.”³⁹

AYUDAS PRÁCTICAS PARA EL ESTUDIO DE LA BIBLIA

Tenemos por tanto, todos los que estamos llamados al ministerio glorioso de la predicación, el deber de estudiar la Palabra de Dios. Esto no significa que tengamos que ser teólogos

³⁹ DV 12

o exégetas bíblicos especializados. Una de las cosas que más se desconocen en el cristianismo es que hay ayudas prácticas para el estudio de la Biblia y el desarrollo de excelentes predicaciones. La mayoría de los cristianos no están enterados de la gran cantidad de excelentes obras de consulta que hay en la actualidad para hacer posible un emocionante estudio bíblico. Esto es como si un carpintero que construye una casa no supiera que hay un martillo y una sierra a su alcance.

Los pastores eclesiásticos deben informar a los fieles acerca de estos libros, ya que el diablo se deleita en mantenerlos fuera de circulación. Mientras Satanás pueda lograr que los creyentes no estudien la Biblia por sí mismos, su trabajo será mucho más fácil. Un cristiano que no pasa tiempo regular cada semana en un estudio bíblico personal, estará tan débil que no podrá resistir las tentaciones del maligno. Un modo práctico en que los pastores pueden «preparar al pueblo de Dios para el servicio» (Ef 4, 12) es dar a conocer al pueblo de Dios estas obras de estudio bíblico.

Una persona que comienza su estudio bíblico personal debe obtener solo las herramientas necesarias para empezar. Recomiendo la biblioteca básica siguiente:

- Una Biblia personal de estudio
- Una Biblia de lectura personal
- Una versión bíblica actualizada
- Una concordancia bíblica
- Un diccionario bíblico
- Un manual bíblico
- Un comentario bíblico
- Un estudio de palabras hebreas y/o griegas

Una Biblia personal de estudio

Es muy importante y necesario para un evangelizador el tener una Biblia personal de estudio. Ella será su primera y más importante obra de consulta.

Algunas Biblias se adaptan más al estudio bíblico personal que otras. Cada predicador tendrá que discernir la mejor Biblia de estudio. Sin embargo, les brindo algunos pequeños consejos por si les sirven:

Una buena Biblia para estudiar debe tener una letra grande para que pueda leerse por largos períodos sin que cause dolor de cabeza por el cansancio ocular.

También debe tener buen papel, para que al hacer anotaciones la tinta no se trasluzca al otro lado de la página.

Los márgenes anchos son de gran ayuda porque permiten hacer anotaciones personales.

Es importante contar con alguna edición bíblica que tenga bastantes comentarios pastorales o exegéticos al pie de página, porque ayudan rápidamente a identificar la manera correcta de interpretación de cada texto.

Por último, una Biblia para estudiar debe tener un buen sistema de referencias cruzadas.

También hay que tener en cuenta nuestro credo y el del público al que tenemos que evangelizar. Si somos católicos obviamente conviene tener una Biblia de estudio católica. Lo cual no impide tener acceso a otras Biblias de estudio desde el ala evangélica. Y viceversa, si somos evangélicos, convendrá siempre estudiar desde una Biblia de estudio evangélica; lo que no descarta cada tanto estudiar también desde un enfoque católico.

Toda Biblia de estudio representa largos años de estudio profundo e investigación, con gran riqueza de ayuda informativa.

Una Biblia de lectura personal

Es aconsejable también, en la medida de las posibilidades, tener dos Biblias, una de las cuales la debemos mantener intacta (la de lectura personal), mientras que la otra la debemos subrayar y marcar, y le podemos hacer anotaciones (la de estudio bíblico). Cuando leemos la Biblia que no tiene marcas, no nos afecta lo que hayamos leído en ella con anterioridad, y cada vez que leamos un pasaje será como si lo hiciéramos por primera vez. La otra Biblia la debemos marcar y subrayar. Podemos escribir notas, subrayar y encerrar palabras en un círculo, o relacionar pasajes afines.

Una versión bíblica actualizada

En los últimos años hemos visto la producción de nuevas traducciones de la Biblia, de uso actual en el idioma español. Aunque cada traducción tiene sus puntos débiles, cada una hace una contribución extraordinaria para un mejor entendimiento de la Palabra de Dios. Muchos que antes solo se interesaban en versiones convencionales han comenzado a leer y estudiar con una Biblia de las más recientes traducciones.

El gran beneficio que puede recibirse de estas traducciones es compararlas unas con otras durante su estudio. Los diferentes posibles significados y usos de una palabra pueden notarse al leer un versículo en diferentes traducciones y observar las diferencias.

No necesariamente tenemos que comprar una Biblia de traducción actual en formato físico. En la actualidad hay algunos textos bíblicos disponibles en formato virtual online con edición paralela de diferentes versiones en columnas. Esto permite comparar traducciones con rapidez sin tener que poner diez Biblias sobre un escritorio.

Además de estas nuevas versiones, se han publicado algunas conocidas paráfrasis del texto bíblico. Una traducción es más bien una traducción palabra por palabra de un idioma

original; una paráfrasis es la traducción en que alguien expresa lo que cree que dice el original, lo que hace inevitable la presencia de algunas interpretaciones propias en algunos pasajes. La mayoría de las traducciones constituyen la obra de un grupo de eruditos, mientras que una paráfrasis, por lo general, es la obra de una sola persona. Las paráfrasis están bien para una ocasional y ligera lectura devocional o como herramienta ilustrativa en la oratoria, pero no deben usarse para un estudio serio de la Biblia. Para el estudio bíblico es conveniente usar una traducción fiel que goce de respeto. Hay muchas traducciones en la actualidad, así que elije aquella con la que te sientas más cómodo. Puedes comenzar con dos o tres diferentes traducciones recientes de la Biblia.⁴⁰

Una concordancia bíblica

Aparte de la Biblia, también conviene tener una concordancia. Esta es una herramienta de suma importancia que estarás empleando en el estudio de tu texto bíblico. Es un índice de las palabras de la Biblia. Algunas Biblias tienen una breve concordancia al final, con una pequeña lista de las principales palabras y nombres. Otras tienen una concordancia exhaustiva y enumeran el uso de cada palabra de la Biblia y da todas las referencias donde esa palabra aparece.⁴¹

Un diccionario bíblico

También debemos tener uno o más diccionarios bíblicos. Por ejemplo, necesitamos un diccionario que nos explique el significado de Urim y Tumim, la genealogía de Herodes, la

⁴⁰Traducciones y paráfrasis útiles y confiables son: La Biblia de Latinoamérica, la Biblia de América, la Nueva Versión Internacional, Dios Habla Hoy o la Biblia de Lenguaje Sencillo.

⁴¹Excelentes manuales de concordancia en la actualidad son, por ejemplo: la «*Concordancia exhaustiva de la Biblia*», de James Strongo «*Concordancia Temática en la Biblia*», de César Herrero Hernansanz. Son tomos grandes y costosos, pero que vale hasta el último centavo que uno invierta en ellos. También están disponibles de modo online o en tiendas electrónicas.

historia de las seis Marías, etc. Un diccionario nos puede proporcionar toda esta información. Pero debemos usar un diccionario cuya orientación doctrinal sea ortodoxa.

Un diccionario bíblico explica muchas de las palabras, temas, costumbres y tradiciones de la Biblia, pero también proporciona información histórica, geográfica, cultural y arqueológica. Provee material de respaldo de cada libro de la Biblia y breves biografías de los personajes principales de ambos testamentos. Una enciclopedia bíblica es un diccionario bíblico ampliado, con artículos más extensos, que trata con grandes detalles mayores temas.

Los diccionarios bíblicos también están disponibles online en el caso de que no podamos adquirirlos.

Un manual bíblico

Esta herramienta es una combinación de una enciclopedia y un comentario en una forma concisa. Se usa para obtener una referencia rápida mientras se lee un libro particular de la Biblia. En lugar de ordenarse por temas en forma alfabética, están diseñados para seguir el orden canónico de los libros de la Biblia. Proporcionan notas de respaldo, un breve comentario, incluyen mapas, planos, notas arqueológicas y muchos otros hechos útiles.

Un comentario bíblico

Un comentario es una colección de notas explicativas e interpretaciones eruditas del texto de un libro particular de la Biblia o sección de la Biblia. Su propósito es explicar e interpretar el significado del mensaje bíblico mediante el análisis de las palabras que emplea y el trasfondo histórico, una introducción al estudio de la gramática y la sintaxis, y la relación de un libro en particular con el resto de la Biblia. Si se utiliza correctamente, un comentario puede aumentarle en gran manera su comprensión de la Biblia.

Por lo general, no se debe consultar un comentario sino hasta después de que uno haya hecho su propio estudio. No permitas que nadie te quite el gozo de descubrir verdades bíblicas por tu cuenta. Nunca consientas que la lectura de un comentario tome el lugar de tu estudio bíblico personal.

Dado que los comentarios bíblicos los escriben seres humanos, son falibles. A veces algunos comentaristas de igual capacidad discrepan en su interpretación de los mismos textos bíblicos.

Vienen en todo tipo de tamaño, y varían desde ediciones de un tomo hasta ediciones de varios tomos.

Un estudio de palabras hebreas y/o griegas

Los cristianos contemporáneos tienen el gran privilegio de poder aprovechar el trabajo de los eruditos bíblicos. Gracias a que hay prácticas obras de consulta, escritas para el cristiano promedio, ahora uno puede estudiar las palabras originales de la Biblia sin saber nada del idioma hebreo o griego. Algunas personas se han pasado la vida investigando el significado exacto de las palabras originales, y luego han escrito acerca de ellas en un lenguaje sencillo y comprensible.

Una buena edición de estudios de palabras le dará la siguiente información: raíz del significado de la palabra hebrea o griega (su etimología), usos de la palabra a través de la Biblia, un ejemplo parecido de su uso en la literatura que no es bíblica en ese período histórico y la frecuencia con la que la palabra aparece en la Biblia.⁴²

⁴²Algunos de los más recomendados:

Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento – W.E.Vine (Ed. Caribe).

Glosario Holman de términos bíblicos (Broadman&Holman)

Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (Editorial Clie)

MÉTODO PARA EL ESTUDIO DE UN TEXTO BÍBLICO

Mucha gente me suele preguntar cómo puede hacer para realizar un estudio autodidáctico de la Biblia. Por esa razón, a continuación, sugiero un método en tres pasos para estudiar un libro de la Biblia:⁴³

PASO UNO: ESTUDIO INICIAL

Lee el libro entero de una vez para identificar el tema (el asunto) del libro. Escoge un título que resuma el tema.

Determina el propósito por el cual el libro fue escrito, a quien fue escrito, y el autor. Algunos libros declaran el nombre del autor pero para descubrir los autores de otros libros necesitarás consultar un recurso externo de estudio de la Biblia. Cada autor tenía una razón especial para escribir bajo la inspiración del Espíritu Santo. Este propósito normalmente se refleja en el contenido del libro.⁴⁴

Determina el escenario geográfico del libro. Esto es donde los eventos ocurrieron.

Resume el principio básico a la vida y ministerio en una frase. Ésta es la verdad básica del libro que es aplicable a tu vida o ministerio. Hay muchos principios enseñados en un solo libro, pero intenta determinar el más importante para tu vida.

En esta primera lectura no te preocupes de los detalles. Examina el libro para obtener la información general: el Tema, el autor, el propósito, destinatarios, el escenario geográfico, y el principio básico a la vida y ministerio. Lee para ganar una

⁴³La elección del mismo dependerá de lo que uno decida a gusto o necesidad en la predicación.

⁴⁴ En el caso de estar realizando una Lectio Divina, como aconsejé desde el comienzo del libro, acá es donde podemos aplicar la primera pregunta: “¿Qué dice el texto bíblico?”

apreciación global del libro entero rápidamente. No te detengas a analizar lo que estás leyendo. Eso lo harás más tarde.

PASO DOS: EL GRÁFICO DE ESTUDIO DEL LIBRO

Lee el libro una segunda vez. Nota las divisiones mayores del libro. Estas divisiones pueden ser determinadas por el asunto, eventos, materiales biográficos, escenarios geográficos, u otros factores similares.

Crea los títulos para cada capítulo del libro. El título del capítulo debe reflejar el contenido general de un capítulo, pero no debe ser tan general que pueda encajarse en cualquier capítulo de la Biblia. Piensa en títulos fáciles que lleven a comprender el contenido del capítulo. Procura que sean cortos para que ellos sean fáciles de recordar.

Selecciona el versículo clave del libro. El versículo clave debe ser uno que mejor resuma el propósito o contenido del libro.

Mientras lees, anota los nombres de personajes importantes en un gráfico.

Registra las palabras y frases importantes en el gráfico. Las palabras y frases claves son básicas para entender el libro. Ellas a menudo son repeticiones frecuentes o explicadas en detalle en el libro.

PASO TRES: EL ESBOZO DEL LIBRO

El paso final en el estudio del libro es crear un esbozo. Este no será un esbozo como el que vimos en el capítulo tres, que era para predicar, sino más bien un esbozo de estudio. Lee el libro de nuevo. Mientras lees, crea un esbozo del libro entero. El propósito de tu esbozo es resumir el contenido entero del libro.

Veamos ahora un **EJEMPLO DEL MÉTODO:**

Libro: El libro seleccionado para el estudio es la carta a los Filipenses.

Tema: El tema del libro es una exhortación a la unidad cristiana.

Autor: El autor del libro es el Apóstol Pablo.

Destinatarios: El libro se escribió a los cristianos que vivían en la ciudad de Filipos.

Propósito: El propósito general del libro era doble: agradecer a los Filipenses su apoyo a su ministerio y apelar a la unidad cristiana.

Palabras claves: Regocijo, alegría.

Versículo clave: Filipenses 2,2

Personajes: Evodia, Síntequé, Timoteo, Epafrodito, Clemente, la casa de César.

Principio Básico a la Vida Y Ministerio: La unidad cristiana trae alegría.

Esbozo: Se trata de una carta escrita por Pablo desde la prisión (probablemente desde la cárcel de Éfeso). Al principio de la misma comenta su dilema entre quedarse en esta vida para seguir evangelizando o partir a la Patria celestial (cap. 1).

Luego exhorta a los filipenses a mantener la unidad y la paz en su comunidad, y a tal fin los invita a seguir el ejemplo de humildad dado por el Señor, el cual se rebajó, y por eso Dios lo levantó (cap. 2).

A continuación, en una especie de apunte biográfico, Pablo declara su origen judío y da testimonio de lo que significa Cristo para él (cap. 3).

Finalmente, Pablo les invita a vivir siempre alegres y les agradece su colaboración económica. Como epílogo les pide que saluden a algunos hermanos de la comunidad (cap. 4).

Este mismo método lo podemos utilizar, ya sea que estudiemos un capítulo, un pasaje o un versículo bíblico. La idea es poner por escrito o graficar lo aprendido para que quede más grabado en nuestra mente y podamos memorizar más fácilmente lo aprendido.

No depender de los investigadores

Las herramientas de estudio de la Biblia son importantes, pero ellas no pueden sustituir el estudiar personal de la propia Biblia. Tú sólo debes usar estas herramientas después de que hayas hecho tu propio estudio de la Palabra. Consultar un libro de estudio de la Biblia antes de estudiar la propia Biblia influye tu mente con comentarios de hombres antes de que tú hayas estudiado las palabras de Dios. Aquellos que escribieron comentarios de la Biblia y otras herramientas del estudio obtuvieron su material de la misma manera que cualquier estudiante puede conseguirlo: De la propia Biblia.

No es necesario depender de la investigación de otros. Si las herramientas de estudio de Biblia no están a tu alcance, no te desanimes. Dentro de ti mora el poder creativo del Espíritu Santo. Él es el maestro especial enviado por Dios que te guiará en toda la verdad. Él es mejor que todas las herramientas de estudio de la Biblia proporcionadas por los hombres. Si estas herramientas están disponibles, aprende a usarlas para complementar tu propio estudio de la Palabra de Dios, pero no dependas de ellas. Depende de la revelación creativa del Espíritu Santo.⁴⁵

⁴⁵ RAMIREZ NAVAS, Juan Sebastián. *Manual de Homilética*. Ed. Lab MSD, Cali, Colombia, 2012. *Parafraseado en algunas ocasiones para una mejor comprensión del lector.*

Es TIEMPO DE **PREDICAR**

CAPÍTULO 8:

**LAS TENTACIONES
DEL PREDICADOR**

Analícemos ahora algunas de las tantas tentaciones que suele enfrentar a menudo un predicador. Tener presente las mismas, nos puede ayudar a prevenir grandes caídas en este bendito ministerio de anunciar la Palabra de Dios.

PREPARADOS PARA EL COMBATE

Las tentaciones son inevitables para un predicador. En realidad lo son para todo cristiano. El mismo Jesús fue tentado por el diablo. Y saber lidiar con ellas es causa de fortaleza y carácter para un evangelizador. Así lo explica el Magisterio:

A través de toda la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde los orígenes del mundo, durará hasta el último día según dice el Señor. Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr su unidad interior”

GS 37, 2 (Concilio Vaticano II)

La resistencia es una actitud indispensable para los evangelizadores, pues nos hallamos en un verdadero combate. El Apóstol Pablo afirma categóricamente:

“Fortalézcanse en el Señor con el vigor de su fuerza. Lleven con ustedes todas las armas de Dios para que puedan resistir las maniobras del diablo. Pues esta no es una lucha contra fuerzas humanas, sino contra los poderes y autoridades que dirigen este mundo y sus fuerzas oscuras, los espíritus y fuerzas malas del mundo de arriba.

Por eso pónganse la armadura de Dios, para que en el día malo puedan resistir y mantenerse en la fila valiéndose de todas sus armas. Tomen la verdad como cinturón y la justicia como coraza; tengan buen calzado, estando listos para propagar el Evangelio de la paz.

Tengan siempre en la mano el escudo de la fe, y así podrán apagar las flechas incendiarias del demonio.

Por último, usen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, o sea, la Palabra de Dios”

Ef 6, 10-17

Pablo utiliza términos bélicos, pues vivía en un tiempo de grandes guerras. La historia misma de la salvación sucede entre guerras. Y les escribe a los cristianos de Asia que sabían muy bien acerca de batallas. En definitiva, les estaba diciendo que se preparen para un combate, para una lucha; que no era precisamente contra hombres. Es una guerra contra el diablo, que lamentablemente no es un guerrero mediocre. Estamos hablando de un combatiente poderoso. Pero no debemos temer, el Señor está con nosotros, y en Él somos *“más que vencedores”* (Rom 8, 37).

Esto no quita que ciertamente debamos prepararnos. Pablo explica la manera: resistiéndole con las armaduras de Dios. Se trata de defendernos de sus ataques; por eso nombra elementos de defensa: armadura, coraza, casco y escudo.

Pero para ganar la batalla necesitaremos también elementos para atacar, por eso San Pablo nombrará la espada, o sea, la Palabra de Dios, que es la que se nos ha encomendado predicar.

Nunca ganaremos una batalla defendiéndonos únicamente. Necesitamos además atacar al contrincante; y la mejor arma contra este enemigo personal la tenemos muy cerca: la Biblia. El mismo Señor Jesús tuvo que enfrentar un combate contra el diablo en las tentaciones del desierto y no sólo se dedicó a defenderse y resistirle al diablo, también lo atacaba con la Palabra en su boca. Y le destruyó con esta Palabra cada uno de sus argumentos hasta derrotarlo (Cf. Mt 4, 1-11).

Pablo consideró su misión y su ministerio como una batalla que debía enfrentar hasta el final de sus días. Era consciente, como debemos serlo nosotros, de que la lucha no acaba jamás en esta vida; el combate es hasta la muerte. El Apóstol sabía muy

bien esto cuando, momentos previos a su partida de este mundo, le indica a su hijo en la fe, Timoteo:

“Debes estar siempre alerta. No hagas caso de tus propias penas, más bien dedícate a tu trabajo de evangelizador y cumple bien tu ministerio.

Yo, por mi parte, estoy llegando al fin y se acerca el momento de mi partida. He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado lo que depositaron en mis manos. Sólo me queda recibir la corona de toda vida santa con la que me premiará aquel día el Señor, juez justo”

2 Tim 4, 5-8

Esta es una de mis citas bíblicas preferidas. Ahora bien, quiero explicarte un detalle semántico que usa San Pablo. Los griegos tienen dos palabras para describir el término batalla y sus sinónimos combate, lucha, pelea.

- 1- **Pale:** de aquí viene la palabra “*pelea*”. Significa aquella pelea en la que quienes se enfrentan se hacen daño, pero no se matan. Es el caso de las peleas familiares, las peleas callejeras, las peleas deportivas como el boxeo, karate, yudo, etc.
- 2- **Agona:** de aquí viene la palabra “*agonía*”. Significa la pelea, el combate mortal en el que uno de los luchadores saldrá muerto. Se trata de una batalla de vida o muerte; un verdadero duelo. De allí que la palabra agonía se utilice para designar la lucha de alguien por sobrevivir en los instantes previos a su muerte.

Pues bien, Pablo utilizará el término *pale* en Ef 6, 12 cuando dice: “*Pues esta no es una lucha (pale) contra fuerzas humanas, sino contra los poderes y autoridades que dirigen este mundo y sus fuerzas oscuras...*” Pero años más tarde, estando en el calabozo de la guardia romana, a punto de ser decapitado, cambiará el término para expresar esta batalla al decirle a

Timoteo: “Yo, por mi parte, estoy llegando al fin y se acerca el momento de mi partida. He combatido el buen combate (agona)...” ¿Sabes por qué cambia de expresión? Porque toda su vida le había enseñado que no se trataba de una simple lucha, sino de un combate mortal.

Tú y yo debemos entender esto, porque nos estamos enfrentando a una batalla de vida o muerte. El diablo no está interesado en distraerte, él intentará destruir tu ministerio, tu vida espiritual, tu familia, tu matrimonio, tus sueños, todo. Un pequeño descuido nos puede conducir al desastre absoluto.

DETRÁS DE LA TENTACIÓN

“El que legítimamente luchare, será coronado”

2 Tim 2, 5

La buena noticia que tengo para darte es que **“detrás de cada tentación grande hay una bendición grande”**. Tomás de Kempis nos dice en la “Imitación de Cristo”: “La tentación presente es señal de un gozo siguiente”.⁴⁶

Hay gente que dice “No voy a soportar más porque el diablo me está atacando tanto, me está afectando tanto que tengo que desistir.” Pero tú no le des con el gusto. Lo que pasa es que el diablo sabe que detrás de esa tentación hay algo maravilloso que Dios tiene para tu vida y nuestro enemigo personal no quiere que recibamos nada de lo que Dios tiene para darnos.

El Apóstol Santiago nos enseña que debemos mantenernos firmes en la tentación: “Resistan al diablo y él huirá de ustedes” (Stgo 4, 7b).

¡Resiste! Y vas a ver la Gloria de Dios sobre tu vida y ministerio. Aun cuando no sea una tentación grande, si resistes te espera la bendición de Dios. El Señor Jesús luego de ser

⁴⁶KEMPIS, Tomás de. *La Imitación de Cristo*. Ed. Paulinas (traducido), Bs. As., 1982. Cap. 9, 7.

tentado por Satanás en el desierto, una vez vencida la tentación, fue servido por los mismísimos ángeles (Cf. Mc 1, 13).

Somos desafiados por Dios a niveles más altos de madurez cada vez que superamos una tentación. No desistas, desafíate a ti misma/o a más. Simplemente cuando seas tentado prepárate, se viene un nuevo paso de madurez.

No se trata de no ser tentado; no podrás evitarlo. No hay momento en la vida de los seres humanos en que dejemos de ser tentados; simplemente seremos tentados. El tema es saber cómo enfrentar la tentación.

LAS TENTACIONES MÁS FRECUENTES

¿Cuáles son las tentaciones más latentes en la vida de un predicador? Bueno, si bien la lista puede ser inmensa, me limitaré a algunas de las típicas tentaciones más frecuentes, que, en mi humilde parecer, suelen ser con las que más tenemos que lidiar los que hemos sido llamados por Dios a este glorioso ministerio.

La tentación de la carne

“El pecado está agazapado a las puertas de tu casa. Él te acecha como fiera, pero tú debes dominarlo”

Gen 4, 7

Una de las tentaciones más fuertes que tiene que enfrentar el predicador es la de dejarse llevar por los deseos de la carne, de los cuales nos da cuenta San Pablo en la carta a los Gálatas:

“Es fácil reconocer lo que proviene de la carne: libertad sexual,

impurezas y desvergüenzas, culto de los ídolos y magia, odios, ira y violencia, celos, furores, ambiciones, divisiones, sectarismo y envidias; borracheras, orgías y cosas semejantes. Les he dicho y se lo repito: los que hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios”

Gal 5, 19-21

Satanás está muy interesado en hacer caer en estas cosas a los predicadores; él los odia con todas sus fuerzas, porque sabe que pueden debilitar su imperio, por eso manda legiones de demonios que sacudan sus vidas. Para los predicadores que no están muy comprometidos con el ministerio que le encomendó el Señor envía unos cuantos demonios raquíuticos que los tientan y los mantienen distraídos, pero en cambio, para los predicadores comprometidos y entregados con pasión a la causa del Reino tiene que enviar sus mejores demonios para que los ataquen con su mayor arsenal.

Jesús le advierte de esto a Pedro, a quien había elegido como la autoridad visible de su Iglesia:

“¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha pedido permiso para sacudirlos a ustedes como trigo que se limpia”

Mt 22, 31

La tentación de la carne para los predicadores es una realidad latente, y debemos estar preparados para enfrentarla:

“Si te has decidido a servir al Señor, prepárate para la prueba”

Eclo 2, 1

Muchos predicadores se van a pique por no estar atentos a estas tentaciones. El diablo meterá presiones de todo tipo para que caiga un evangelizador: vicios, infidelidad, masturbación, pornografía, odio, celo, etc. Son sólo algunas de las cosas con las que probará tirarte; es que él sabe que cayendo tú caerán detrás de ti los que te imitan...y son muchos más de los que piensas.

Déjame hacer una paráfrasis de una especie de crónica que

leí en alguna ocasión sobre la caída de un gran predicador y que también la coloqué en mi libro *“Líder, llegó tu hora”*.

Crónica de una caída anunciada

Día 40: Él es un apasionado predicador con carismas extraordinarios sirviendo al Señor a tiempo completo. Está casado hace más de diez años y tiene dos preciosos hijos. Está pasando una de tantas crisis matrimoniales por falta de diálogo y de otros factores como la rutina y el hastío en la pareja. Esa tarde, como cualquier otra, se puso a chatear en Internet, y navegando se encontró con una vieja amiga, que llevaba casi los mismos años que él de casada. Comentario va, comentario viene, se pasan los números de celulares para encontrarse a compartir “uno de estos días”.

Día 30: Las cosas en la pareja van empeorando cada día. Ahora se agregan a las discusiones gritos, amenazas y algunos forcejeos violentos. Él decide salir a caminar para pensar un rato. Sentado en un banco de la plaza decide mandarle un mensaje de texto a su vieja amiga para saber cómo sigue. Mensaje va, mensaje viene, se ponen de acuerdo en encontrarse a compartir un café.

Día 20: Se juntan en un bar a compartir viejas anécdotas. Charla va, charla viene, ambos se confiesan que su vida matrimonial es un fracaso. Quedan de acuerdo para salir a caminar un rato “uno de estos días”.

Día 10: Salen a caminar por un parque oscuro de la ciudad. Caminata va, caminata viene, se despiden con un apasionado beso. Luego de eso, se sienten mal y deciden no volver a verse por prudencia.

Día 5: Él no resiste más en su casa, la presión es muy fuerte. Hace una llamada secreta a su vieja amiga pidiéndole que se vuelvan a encontrar sólo para conversar algunas cuestiones que quedaron inconclusas. Se encuentran en un bar, café va, café viene, se confiesan mutuamente que se atraen el uno al otro.

Ponen una fecha secreta para su próximo encuentro, esta vez sería en un hotel.

Día 3: Se acuestan en un hotel y planean la forma de seguir haciéndolo en el futuro. Salen del hotel a los abrazos y mimos. Caricia va, caricia viene, son descubiertos por un espía que había enviado el esposo de ella para averiguar acerca de las conductas raras que la mujer tenía en el último tiempo.

Día 2: El marido, luego de golpear a su esposa y amenazarle de muerte, se dirige a la casa del ministro de Dios con una furia irresistible. Pero no lo encuentra, este había salido a una reunión de la Iglesia. Sin embargo, se encontraba su esposa, a quien le cuenta lo sucedido con fotos que demuestran la veracidad de los hechos. La mujer no para de llorar en medio de un terrible ataque de nervios. Al llegar su marido al anochecer, le cuenta lo sucedido en medio de golpes e insultos. Insulto va, insulto viene ella lo echa de su casa y le advierte: *“mañana mismo se enterará de esto toda la Iglesia”*. Se retira a dormir a la casa de un amigo.

Día 1: Lo convocan de la Iglesia para informarle que habían decidido separarlo por un tiempo de la comunidad debido a los escándalos manifiestos. Comienza a llorar amargamente; llanto va, llanto viene se acaba de dar cuenta que había caído en la *tentación de la carne*.

Este relato no está para nada alejado de la realidad; es un hecho que se repite una y otra vez con una gran cantidad de ministros de la Palabra de Dios. Sabrás seguramente de casos de sacerdotes que dejan embarazada a una feligresa, de religiosos que abusan de un menor, de coordinadores de grupos cristianos que hacen un mal uso de dinero, o que dejaron de ser la clase de líderes que eran a causa de una “caída”. Muchos predicadores caen en esta trampa por descuidarse desde el principio.

La caída del rey

Notemos en el relato de esta crónica cómo el predicador

durante la mayor parte de los días hace las cosas a escondidas, hasta que finalmente “se destapa la olla”. Es la antiquísima manera de hacer las cosas del diablo: te tienta, mostrándote que todo estará bien, y una vez que caíste te acusa día y noche exponiendo tu caso públicamente.

Esto es lo que vivió el hombre desde el comienzo, con la caída de Adán y Eva, pero si hay una persona en la Biblia que llevó a cabo al pie de la letra este plan perverso del diablo fue, nada más y nada menos que el rey David.

El rey estaba una tarde al vicio paseando en su terraza, mientras todo su ejército estaba batallando. De pronto vio a una mujer que se estaba bañando. De la simple codicia pasó a averiguar quién era. Era nada más y nada menos que la mujer de uno de sus mejores guerreros: Urías, el heteo, que se hallaba haciendo lo que él debía estar haciendo: luchando.

La mandó a buscar, se acostó con ella descaradamente, y quedó embarazada. San David no tuvo mejor idea entonces que “enchufarle” el hijo a Urías. Así que lo mandó a llamar y le pidió que se acostara con su esposa, como un regalo por semejante esfuerzo en la guerra, una especie de segunda luna de miel. Pero la lealtad de su guerrero no lo dejó darse semejante lujo. Pues sabía bien que, cuando el ejército se encontraba en guerra, el pueblo no podía tener relaciones sexuales.

Rechazada esa maniobra planeó otra trampa maquiavélica: emborracharlo y lograr que de ese modo aceptara acostarse con su esposa. Pero no consiguió nada tampoco así, porque Urías, aún borracho, tenía más dignidad que su propio rey sobrio.

Finalmente decidió lo peor, mandó una carta al jefe de las tropas indicándole que sometiera a Urías al frente de batalla y que el ejército retrocediera para que lo liquidaran. Así fue, y el bendito rey David, luego de asesinar a su amigo de batalla, mandó a buscar a su mujer para quedarse con ella, a pesar de que él tenía ya varias esposas.

Dios le reprendió por boca del profeta Natán diciéndole:

“Tú hiciste esto sin que nadie lo supiera, pero yo cumpliré estas desgracias que digo a la vista de todo Israel y a plena luz del día”

2 Sam 12, 12

Consecuencia: si bien David fue perdonado por Dios por su contrito y genuino arrepentimiento, tuvo que pagar las consecuencias de semejante malicia. Y a partir de entonces comienza una serie de desgracias en su vida y en su familia, que entre otras cosas, terminará con violaciones de una hija por su propio hermano, el asesinato de varios hijos, la división de su reino a causa de la rebelión de uno de ellos y la muerte suya en una ancianidad solitaria sin el cuidado de ninguna de sus esposas ni de sus tantos hijos.

Como podemos ver, el diablo tienta al hombre y luego destapa la olla; en realidad es el Señor el que saca a la luz las obras de las tinieblas: *“No hay nada oculto que no salga a la luz, él pondrá en evidencia las intenciones secretas”* (1 Cor 4, 5). La gran sugerencia del diablo será la de hacer cosas a escondidas, en silencio, pero a la corta o la larga saldrá a la luz el mal hecho.

Cuando uno se está resbalando no hace ruido, pero cuando cae sí. Si eres predicador y estás en alguna falta “secreta”, no continúes, te estás resbalando; pero en un instante más caerás, y la caída sí tiene ruido. La oración del Padre nuestro que nos enseñó Jesús dice en un momento *“no nos dejes caer en la tentación”*. Dicha palabra *caer* en griego se escribe *eisénegkes*, y significa *entrar*. Nadie cae de repente en la trampa de la tentación, sino que se va *entrando* de a poco en ella; vamos jugando con ella, a veces sin darnos cuenta, hasta que en un momento la caída es inminente. Suelo aconsejar a mis alumnos acerca de ciertos juegos sexuales que uno se permite en la pareja de novio que poco a poco, paso a paso nos van conduciendo a una calle sin salida.

Los esquimales utilizan un recurso bastante inteligente para cazar lobos. Cubren con sangre de animales una cuchilla bien afilada y dejan que la sangre se congele alrededor de la cuchilla.

Vuelven a sumergir la cuchilla en sangre y dejan que se congele nuevamente, repitiendo el mismo procedimiento tres o cuatro veces. Una vez que la sangre congelada cubre bien la cuchilla, la colocan en la nieve con el filo hacia arriba en un lugar que resulte accesible a los lobos.

Cuando un lobo se acerca a la cuchilla, comienza a lamerla tratando de gustar la sangre. Primero lo hace despacio y después de manera vigorosa. El gusto de la sangre congelada es como una golosina para los lobos. Lo que el lobo no se da cuenta es que mientras lame la sangre, su lengua se está descongelando a la vez que se descongela la cuchilla. El gusto de la sangre, más su lengua insensibilizada por el frío, hacen que el lobo no se dé cuenta que ya está al filo de la cuchilla. ¡Menos aún cuando se le ha abierto el apetito! Sin darse cuenta, ha empezado a lamer su propia sangre.

A la mañana siguiente los esquimales encuentran al lobo muerto.

Es la misma táctica astuta que el enemigo utiliza para matarnos, porque eso es lo que él está buscando: *“robar, matar y destruir” (Jn 10, 10)*. Para eso le bastará con lograr que simplemente entremos en la tentación, que caigamos una primera vez. Hasta allí trabajará; luego se tirará a descansar tranquilo, como los esquimales. Lo demás se llama *autodestrucción*.

Soldado que huye...

En todos los casos de caídas de este tipo hay una regla de oro que vale la pena tener en cuenta en estos casos:

“Siempre hay un sí que se dijo cuando todavía se podía decir que no”.

Siempre hay un mensaje que se podía haber evitado. Siempre hay una llamada que se podría haber no contestado. Siempre hay un paseo que se podría haber obviado. Porque hay un momento que ya es demasiado tarde...las cartas están tiradas sobre la mesa.

La tentación en sí misma no es pecado, sino más bien el *entrar* en el juego de la misma, *caer* en ella. Jesús mismo fue tentado, sin embargo no accedió al juego del diablo. Alguien enseñó esto:

“Usted no puede impedir que los pájaros vuelen encima de su cabeza, pero puede impedir que hagan un nido en su pelo”

Y la manera de evitar caer en la tentación es huir lo antes posible de ella apenas fuimos tentados, tan simple como eso.

Este principio es el que aplicó José cuando, estando trabajando en la casa de Putifar, funcionario del palacio de Faraón, fue seducido por su esposa para tener relaciones sexuales:

“La mujer lo agarró de la ropa diciendo: “Vamos, acuéstate conmigo.” Pero él, dejándole su ropa en la mano, salió afuera corriendo.”
Gen 39, 12

Y eso es lo que Pablo aconseja:

“Huyan de la fornicación”
1 Cor 6, 18

“La voluntad de Dios es que se hagan santos y que rehuyan la libertad sexual”
1 Tes 4, 3

“Huye de las pasiones juveniles”

2 Tim 2, 22

No debemos ni siquiera conversar por un instante con el diablo, simplemente se trata de huir.

Si estás con tu novio/a a solas...¡HUYE!

Si te encuentras con alguien que resulta ser una seducción en tu vida y que te puede conducir al adulterio...¡HUYE!

Si estás tentado de entrar a ese sitio pornográfico...¡HUYE!

Si estás a punto de insultar a esa persona...¡HUYE!

Si no quieres que las abejas te piquen mantente lejos del panal. El libro de Eclesiástico dice:

“Huye del pecado como lo harías de una serpiente: si te acercas te muerde”

Eclo 21, 2

Y debemos huir de los pecados graves como de los pecados leves⁴⁷, del mismo modo que los hombres solemos huir de la misma manera de las serpientes pequeñas como de las grandes. San Agustín enseña:

“Estos pecados, que llamamos leves, no los consideres poca cosa...muchas gotas de agua llenan un río, muchos granos hacen un montón.” Y la Iglesia nos enseña: *“El pecado venial deliberado y que permanece sin arrepentimiento, nos dispone poco a poco a cometer el pecado mortal”*.

Es el efecto *avalancha o alud* que puede producir un simple copito de nieve, o un poquito de barro. No le des lugar a estas cosas. Todo comienza con una aparente “inocente” tentación y después lleva a la ruina total. Recuerda cómo comenzó la tragedia de David: con una “inocente” mirada. ¿Cómo terminó? Por eso HUYE, cuanto antes mejor.

“...el que se descuida en las pequeñas cosas decaerá de a poco”

⁴⁷ “Evita el pecado, ya sea de grandes o pequeñas cosas” Eclo 5, 15

Eclo 19, 1b

“Un pecado pequeño es como estar “un poco embarazada”: finalmente quedará en evidencia”

Rick Warren

La mejor forma de luchar contra las tentaciones es la meditación de la Palabra de Dios. Jesús no venció al diablo en el desierto hablándole de telenovelas o de las noticias del diario...sino con la espada del Espíritu (Ef 6, 17). Si conoces la Biblia y la pones en práctica en tu vida eres invencible.

“¿Cómo puede el joven llevar una vida pura? Baste con que observe tu Palabra”

Sal 119, 9

¿Por qué cuidarme tanto?

Son muchas las razones por las que deberíamos cuidarnos de *entrar* en la tentación, pero quisiera nombrarte al menos tres, que considero dignas de ser tenidas en cuenta, sobre todo en el ministerio de la predicación:

- 1) Por amor a Dios, por temor de ofenderle.
- 2) Por temor a perder las bendiciones que Dios nos tiene preparadas si nos mantenemos fieles. Dios tiene planes maravillosos para nosotros, y nos quiere usar de una manera que ni siquiera imaginamos (Cf. 1 Cor 2, 9); sin embargo, podemos tirar por la borda todo en cuestión de segundos, por meter la pata, por descuidarnos, por acceder al juego de Satanás. ¡Cuidado!
- 3) Para no ser ocasión de escándalo para nuestros hermanos a los que estamos influenciando. El Señor dice claramente en su Palabra:

“Al que haga caer a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le sería que le amarraran al cuello una gran piedra de moler y que lo

hundieran en lo más profundo del mar”

Mt 18, 6

Nuestras faltas producen un efecto “*dominó*”⁴⁸sobre aquellos a los que evangelizamos; si caemos nosotros, es muy probable que caigan también ellos. Somos sus modelos, lo queramos o no, aunque nos parezca una carga demasiado pesada. Así es.

Por eso es imprescindible nuestro testimonio, porque *somos influencia para los demás*. Pero esa influencia puede ser para bien o para mal; y le tenderemos que rendir cuentas al Señor por aquellos a los que hemos conducido a pecar (la mayoría de las veces sin quererlo). La Biblia enseña que a los que mayor cargo tienen más cuenta se les pedirá:

“Porque rigurosa es la sentencia para aquellos que tienen un alto puesto”

Sab 6, 5

Por eso es necesario que como predicadores aprendamos que a los primeros que tenemos que dirigir es a nosotros mismos. En una ocasión Federico el Grande de Prusia se encontró en las calles de Berlín con un anciano que era súbdito suyo y venía caminando con aires de realeza. Y le preguntó:

- ¿Quién eres?
- Soy un rey – Respondió el anciano
- ¡Un rey! – Dijo Federico mientras se reía - ¿Y sobre cuál reino reinas?
- Sobre mí mismo – Aclaró el anciano con orgullo.

Un predicador necio quiere conquistar el mundo para Cristo...un predicador sabio sólo desea conquistarse asimismo.

⁴⁸Las fichas de Dominó, cuando son colocadas en hilera, una al lado de la otra, se pueden desmoronar fácilmente con sólo tocar la primera ficha de la fila. Cada ficha va tirando a las demás hasta que no queda ninguna en pie.

Sin dudas será el grupo más pequeño al que nos tocará evangelizar, pero el más importante de todos: nuestra propia vida. Si aprobamos esta asignatura de gobernarnos a nosotros mismos entonces tendremos el derecho de evangelizar a multitudes luego.

La tentación del activismo

Otra tentación enorme y peligrosa de los predicadores tiene que ver con el activismo. A un predicador, servir intensamente a Dios a simple vista le puede parecer bueno, pero también le puede terminar haciendo un gran daño a su comunidad y a su propia vida personal. Muchas veces pecamos de hacer cosas por demás, cosas que el Señor no nos pide en el ministerio, y empezamos a ser como Marta de Betania (Cf. Lc 10, 38-42): nos terminamos “perdiendo” en mil asuntos olvidando lo importante. Terminamos sacrificando lo importante en el altar de lo urgente.

El activismo es quizás el gran peligro de los santos evangelizadores, porque *“cuando Satanás no pueda detenerte te sobre activará”*. Quiere decir, que te hará que te ocupes indebidamente de las cosas de Dios, descuidando tus deberes familiares, el estudio, el trabajo...y lo peor de todo, olvidando al Dios al que le estás sirviendo. Porque muchas veces nos sobrecargamos de tantas cosas en “nuestro” ministerio que terminamos descuidando lo más importante: orar, mantener la paz y comunión con el Señor.

El descanso en el ministerio de la evangelización es imprescindible, porque le servimos al Señor con nuestro cuerpo, no somos ángeles o espíritus, sino personas de carne y hueso. La falta del reposo necesario suele hacer que los predicadores tomen decisiones erróneas. Nunca deberíamos tomar decisiones

en momentos de cansancio, de turbación, porque el agotamiento puede enturbiar nuestro punto de vista.

Para ello es necesario que nos demos nuestro propio espacio de reposo. Jesús era consciente del cansancio de sus discípulos y se ocupó de proveer para ellos un momento de descanso, porque sabía muy bien lo que significa la carga del ministerio:

“Jesús les dijo: “Vámonos aparte, a un lugar retirado, y descansarán un poco””

Mc 6, 31

Entre muchas imágenes que la Biblia nos ofrece acerca de Dios, me encanta aquella de *pastor* que tan bien expresada se encuentra en el Salmo 23:

“El Señor es mi pastor, nada me puede faltar; en verdes pastos me hace reposar. A las aguas de descanso me conduce y reconforta mi alma”

Sal 23, 1-3

Tenemos que aprender a ser este tipo de ovejas que encuentran reposo en su pastor. De lo contrario no podremos proveer de descanso a las ovejas que el Señor nos ponga a pastorear. No podemos dar lo que no tenemos. Debemos aprender a depositar nuestras cargas en el Señor; es Él mismo el que nos incita a que lo hagamos:

*“Vengan a mí los que van cansados, llevando pesadas cargas, y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy paciente y humilde de corazón, y sus almas encontrarán **descanso**. Pues mi yugo es suave y mi carga liviana”*

Mt 11, 28-30

Es verdad que tenemos que trabajar mucho, pero también lo es que tenemos que descansar mucho. A veces será orando, otras veces durmiendo cómodos, otras leyendo un buen libro,

otros jugando o pasando tiempo con la familia...hay muchas maneras de descansar. Y no tenemos que pedir perdón por hacerlo, ni siquiera a nosotros mismos. La madrecita de Calcuta enseñaba a sus hermanas de congregación:

“Coman bien, descansen bien, y jueguen bien...esto también es hacer la voluntad divina”

Cuida tu aceite

Una manera maravillosa de prevenir el estrés y todas las consecuencias dañinas que este trae aparejada es aprender a decir que NO.

Existe una historia de un hombre en el siglo XVII cuyo trabajo era cuidar el faro en una zona costera con muchos acantilados rocosos.⁴⁹ El hombre recibía aceite para mantener la llama ardiendo solamente una vez al mes. La cantidad era justa la necesaria para durar el mes completo. Sin embargo, puesto que vivía a solo algunos minutos del poblado, el hombre recibía visitas periódicas de las personas que allí vivían.

En cierta ocasión una de las personas que lo visitaba le suplicó un poco de aceite, puesto que tenía a su familia en casa y no tenía suficiente aceite para soportar el frío. En otra ocasión una anciana le suplicó un poco de aceite para encender su estufa y poder alimentarse. Días después, durante una noche lluviosa, un hombre le pidió auxilio; necesitaba aceite para lubricar las ruedas de su carrosa, puesto que estaba atorada y no podía llegar a casa. “¿Quién se negaría a tan loables peticiones?” pensó aquel vigía.

Llegado el fin del mes, el hombre no tuvo más aceite para el faro, causando que durante la noche muchos barcos se estrellaran y fue grande la ruina de ellos. Al ser reprendido por

⁴⁹ Cf. Lucado, M. *Como Jesús*. Caribe-Betania Editores: Nashville, 2001.

sus superiores, el hombre explicó sus causas nobles, a lo cual recibió una sola respuesta: *“Hiciste mal, porque el aceite se te dio con un propósito específico: mantener la llama ardiendo”*.

A cada uno de nosotros se nos ha dado una medida de recursos parecida: tenemos cierto número de horas en el día, ciertos talentos innegables, una familia por la cual luchar, una misión asignada por Dios en esta vida, un ministerio, un trabajo, una carrera... Todas esas cosas son el “aceite” que Dios nos dio algún día con un “propósito”. Y tal como lo hemos visto en esta historia es necesario cuidar ese aceite.

Cuidar el aceite debiera ser una cuestión de honor en nuestras vidas, un lema de nobleza inscripto en nuestro corazón. No podemos suplir las necesidades de todo el mundo. Aún cuando tengamos la mejor de las intenciones, podemos correr el riesgo de perder de vista la razón por la cual se nos confió el aceite. Entender esto en mi vida me permitió tener paz en la conciencia para decir NO muchas veces. Recibo muchas invitaciones a predicar y servir a Dios de muchas maneras; las mayorías de estas invitaciones son de amistades hermosas que Dios me ha regalado. Pero tengo un aceite que cuidar, no puedo ser tan pésimo administrador del aceite que Dios me ha confiado. Necesito descansar y tener energía para la próxima evangelización en la que quizás cientos serán bendecidos. Necesito pasar tiempo con mi familia, eso me dará la salud emocional para volver a pararme a predicarles a los demás. No sea que por mi descuido muchos barcos se estrellen contra el acantilado.

No podemos vivir tratando de satisfacer las expectativas de todo el mundo. Tenemos que enfocarnos en aquello para lo que fuimos creados. Se nos dio el aceite con un propósito.

El mejor regalo

Leí esta historia del faro en un momento crucial de mi vida. Recuerdo exactamente el lugar donde mi corazón se estremeció y no podía parar de llorar mientras leía este relato maravilloso: el bar *La Sebastiana* del aeropuerto Arturo M. Benítez de Santiago de Chile. Era un mediodía de febrero del 2013. Volví de predicar en la hermosa ciudad de Coyhaique, al sur de Chile.

Unos días antes había estado predicando durante diez extenuantes días en distintas comunidades de Nueva York. El vuelo de regreso hacía escala en Lima, luego en Santiago de Chile y finalmente en mi ciudad. Pero por no saber decir que “no” había amontonado las fechas, y unas horas después de haber llegado a casa, tuve que volver a salir a predicar en Coyhaique. Recuerdo que tuve que viajar con la maleta tal como la traía de Estados Unidos. Estaba demasiado agotado. Los que viajan frecuentemente entenderán de lo estresantes que son las escalas en los aeropuertos.

Esta nueva ruta de vuelo era así: Córdoba – Santiago de Chile. Santiago de Chile – Puerto Montt (Allí hacía escala de doce horas, tenía que dormir en el aeropuerto). Y finalmente me quedaba el tramo Puerto Montt – Coyhaique. Estaba demasiado agotado, mental y físicamente como para dormir en el aeropuerto. Así que me comuniqué con unas hermanas de una comunidad carismática de Puerto Montt para pedirles si podían buscarme del aeropuerto y llevarme a descansar en alguna casa por favor. Las hermanas accedieron con mucho gusto. Pero cuando me buscaron en el aeropuerto, ya entrada la nochecita, me pidieron si podía ir a predicar en su grupo de oración. Ya estaban hechas las invitaciones a todas las comunidades de la región. Sería una gran noche de avivamiento. Como yo no sabía decir que no, acepté. Pero dentro de mí algo estaba mal. El

cansancio me había nublado, no solo el discernimiento, sino mi amabilidad en el trato y la misma unción que estaba en peligro.

Esa prédica fue horrible, al menos desde mi vivencia. Al terminar la misma se me acercó una hermana a criticarme que estaba vestido todo de negro. Y recuerdo que la traté mal, fui duro con mis palabras. Esa noche supe que tenía que cambiar algo urgente en mi vida. Recuerdo aquella noche cantar en mi oración la canción de la hermana Glenda, *“Tú eres el agua viva”*. Especialmente en aquellas palabras cuando recita:

*“Mi pasto abundante medicina será
para todo el que coma de mí”*

Eso es exactamente lo que no estaba siendo, medicina para los que se acercaban a mí. Al contrario, les estaba hiriendo. Todo como fruto del cansancio colosal que arrastraba.

Al siguiente día empezaba un retiro para jóvenes en Coyhaique. Ellos merecían toda mi pasión de siempre. Así que le pedí al Espíritu Santo que renovara mis fuerzas. Y así fue. A pesar del cansancio su unción se derramó en aquel lugar. Pero mi estrés seguía. Tuve que predicar con lentes de sol en una siesta, más por mis ojeras que por el sol en realidad.

Y en el viaje de regreso, en aquel bendito bar del aeropuerto de Santiago de Chile, mientras leía un libro que traía en mi maletín, leí las palabras que el Espíritu Santo hacía tanto que quería decirme entre amigos. El autor, que era como yo, un predicador internacional, casado y con hijos, narraba anécdotas de sus cansadores viajes. Y en un momento cuenta que cuando cumplió sus 40 años decidió hacerse un regalo que le cambió la vida abruptamente: regalarse el “NO”. Un “no” sin culpa, sin demasiadas explicaciones, para decirle a todas esas personas que permanentemente le invitaban a predicar. Yo no podía parar de llorar mientras leía. Ese día, en ese bar, a esa precisa hora, decidí regalarme también el “no”. Sabía que no podía esperar a

llegar a los 40 años, aún me faltaban siete años y no iba a llegar si seguía así.

Aún estoy aprendiendo a usarlo, porque la culpa suele ser un vicio que tarda muchos años en alejarse de uno. Pero desde aquel día todo cambió, sin duda. Y te aconsejo a ti hermana predicadora, hermano predicador, tengas la edad que tengas y seas quien seas en la sociedad, que te regales ahora mismo esas dos benditas letras que pueden guardar tu vida de un desastre inminente en todas las áreas de tu vida: NO.

La tentación de la ansiedad

Otra tentación latente de un predicador es la de la ansiedad, que consiste en querer que todo lo que hemos planificado sobre nuestro ministerio, se cumpla de manera inmediata.

Vivimos en una sociedad altamente “inmediatista”, que quiere tener todo “ya”; que no sabe esperar el momento adecuado. Y eso se traslada a nuestro ministerio de un modo dañino, porque queremos acelerar los tiempos de Dios y podemos terminar arruinando, por imprudencia, el proceso que el Señor quiere realizar en nuestras vidas.

Esto no es para que se escondan detrás de esto los pasivos o los mediocres que se estancan, sino para que aprendamos a esperar en Dios:

“Encomienda al Señor tus empresas, confía en Él que lo hará bien...cállate ante el Señor y espéralo”

Sal 37, 5.7

Y el problema es que muchas veces los predicadores recurrimos a la maldita **manipulación** para lograr de modo rápido y eficiente nuestros objetivos. Nosotros debemos ejercer

influencia en nuestros hermanos, y no manipulación. La influencia es llevar a los demás a un fin común, la manipulación es llevar a los demás a un fin personal. Cuántas veces nos aprovechamos de nuestro puesto y de nuestro ministerio para llevar a cabo nuestros propios sueños y proyectos. Tendremos que rendirle cuentas a Dios por no saber esperar y peor aún, por manipular a "sus" ovejas.

Uno de los errores más groseros que he visto estos años viajando por tantos países es el que cometen algunos ministros de la Palabra en la Iglesia al procurar "abrirse puertas", cuando la Biblia es muy clara al respecto: *"Si Él abre, nadie puede cerrar, y si Él cierra, nadie puede abrir"* (Ap 3, 7). Cada vez que intentamos abrirnos una puerta, solicitando invitaciones, obsesionándonos con "predicar" en tal lugar, sólo impedimos que Dios sea el que la abra.

Cuando el Espíritu Santo es nuestro "mánager" no tenemos que golpear ninguna puerta, Él se encarga solo. Qué lindo es relajarnos y confiarle nuestro ministerio al que le pertenece sin adelantarnos a los tiempos de Dios.

El Espíritu Santo tiene nuestro teléfono; así como le dio a Ananías detalles precisos de dónde encontrar a Saulo de Tarso (Cf. Hech9, 11), lo hará con nosotros si sabemos descansar en sus tiempos.

Tampoco debemos estar ansiosos respecto a los frutos de nuestra predicación. Eso le corresponde a Dios. A nosotros se nos encargó la siembra, la cosecha la hará el Señor en sus tiempos. Y tenemos que saber descansar en esa verdad si no queremos tener un ministerio frustrado.

La tentación de la fama

Qué difícil es que un predicador no sufra la tenacidad de esta tentación a lo largo de su ministerio. Ese anhelo escondido

en nosotros de ser reconocidos, ovacionados, aplaudidos, en el ministerio de la predicación (como también en el de la música) cobra un realce notorio con el que tenemos que luchar de un modo permanente.

Un gran número de predicadores sueña con agendas llenas de viajes espectaculares alrededor del mundo, con ser famosos en redes sociales teniendo un sinnúmero de seguidores, con giras glamorosas a nivel internacional, con estadios llenos de gente emocionada recibiendo nuestro mensaje. El diablo conoce esos anhelos escondidos, y por eso, cada tanto aparece, como lo hizo con Jesús, y nos susurra: *“Te daré todos los reinos y naciones si te postras y me adoras” (Mt 4, 9)*. Y no creerás la cantidad de predicadores que harían lo que sea por tener ese tipo de “poder”.

El apóstol Pablo les escribe una carta a los cristianos que vivían en Corinto aclarando varios puntos que eran motivos de contienda y de discusión entre ellos. Uno de los temas que necesitaba aclarar era acerca del orgullo que se enteró que había entre ellos por sus grandes conocimientos y sabiduría. Y los exhorta de la siguiente manera:

“Que los demás vean en nosotros a servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios”

1 Cor 4, 1

La palabra utilizada por Pablo como *servidores*, en griego se escribe *“uperetas”*, palabra compuesta que significa: *up (abajo) eretas (remadores)*. Hace alusión a los esclavos de la antigüedad que les tocaba la ardua tarea de remar en el primer piso de los barcos de carga. Mientras los que viajaban en el piso superior disfrutaban del paseo, ellos debían trabajar duramente durante

horas consecutivas para que el vehículo avance.

Lo que Pablo les está queriendo decir a los corintios es que se pongan por debajo de los demás, como esclavos de sus hermanos; que vean en los otros al mismo Cristo, a quien deben servir esforzadamente. Esta misma exhortación la encontraremos en una gran cantidad de versículos de las cartas paulinas como un tema recurrente en su teología. Pero es en su himno a los filipenses donde escribe quizás con el mayor énfasis sobre esta convicción que tenía acerca del tema de la humildad:

“No hagan nada por rivalidad o por vanagloria. Que cada uno tenga la humildad de considerar a los demás como superiores que él mismo. No busque nadie sus propios intereses, sino más bien preocúpese cada uno por los demás. Tengan unos con otros las mismas disposiciones que tuvo Cristo Jesús:

El, siendo de condición divina, no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se redujo (gr. ekénosen) a sí mismo, tomando la condición de siervo (gr. doulou), y se hizo semejante a los hombres.

Y más aún, estando en condición humana se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz...”

Fil 2, 3-8

Remarco las palabras *redujo* y *siervo* porque en griego también tienen un significado importante: la palabra griega *kénosis*(reducir) significa “ponerse por debajo de”, “apocarse”, “anonadarse”. Y la palabra griega *doulou*(siervo) se traduce como “esclavo” literalmente. Estas palabras aplicadas a Jesús tienen un impacto grande, sobretodo al considerar lo que Pablo aclara: que tenía una condición divina. Y en eso el Señor nos deja un modelo a los predicadores; el distintivo de nuestro estilo de vida debe ser la humildad. Es lo que les pide a sus discípulos que hagan a los demás luego de lavarles los pies en la Última Cena:

“Si yo, siendo el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Yo les he dado ejemplo, y ustedes deben hacer como he hecho yo”

Jn 13, 14-15

Los tres términos griegos que utiliza San Pablo, *uperetas*, *kénosis* y *douloutien* tienen el mismo sentido: ponerse por debajo. No existe para los cristianos otro estilo de vida. El que fue puesto por Dios en un puesto alto, como lo es el de la predicación, es para **servir**, no para **ser servido**.

Es un gran riesgo predicar. La tentación latente será siempre la de enamorarnos del éxito, de las alturas, del privilegio, del puesto. El Señor no quiere que busquemos puestos, sino su Presencia. Los hijos de Zebedeo, los apóstoles Juan y Santiago, cayeron en esta tentación de pedirle por intermedio de su madre a Jesús ocupar los primeros lugares cuando esté en su reino. Eso hizo que los demás apóstoles comenzaran a discutir con ellos porque se pusieron celosos de semejante pedido. Imagínate el cuadro ese, todos los apóstoles discutiendo para ver quién es el más importante de ellos...la antigua y siempre vigente *tentación del poder*. Jesús tuvo que responderles con una extraordinaria enseñanza:

*“Ustedes saben que los gobernantes de las naciones actúan como dictadores y los que ocupan cargos abusan de su autoridad. Pero no será así entre ustedes. Al contrario, el que de ustedes quiera ser grande, que se haga el servidor de ustedes, y si alguno de ustedes quiere ser el primero entre ustedes, que se haga el **esclavo** de todos. Hagan como el Hijo del Hombre, que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por una muchedumbre”*

Mt 20, 25-28

Si los apóstoles de Jesús fueron tentados de semejante forma, e inclusive el mismo Jesús sufrió el ataque directo de Satanás en esta área, tú y yo, que tenemos un ministerio insignificante en comparación con estos tremendos hombres de Dios, lo seremos mucho más. La tentación de ser servidos es muy poderosa cuando tenemos el título de “predicador”. Pero el Señor dice: *“No será así entre ustedes”*. Nuestro PODER es SERVIR.

La tentación del artista frustrado

Se dan casos frecuentes de predicadores que ambicionan ocupar dentro de la Iglesia el rol de la predicación. Este tipo de ambición es porque piensan que si son predicadores tendrán más popularidad, mayor prestigio, más status social. Se dicen a sí mismos: *“No es lo mismo ser uno más en la comunidad que ser el **predicador**”*. Este tipo de personas, si por desgracia llegan a predicar un día, serán una amenaza destructiva permanente para las comunidades que los escuchen, porque estarán buscando saciarse a sí mismos en vez de servir a sus hermanos.

Son los famosos oportunistas de turno, que ven en su ministerio una oportunidad para ser reconocidos, amados, sentirse superiores que los demás, sanar sus heridas de autoestima, tener gente haciendo silencio delante de ellos, etc. Se dan casos de personas que utilizan el ministerio de la predicación, inconscientemente, como una terapia de sanación interior de una vida llena de fracasos. Para este tipo de personas, estar predicando es estar en una cumbre que deben aprovechar sí o sí para sentirse que son alguien en la vida.

Ese tipo de mentalidad es lo más parecida a los mafiosos

que suelen postularse para puestos políticos con el sólo fin de lucrar económicamente, de tener un protagonismo de popularidad, de satisfacer su hambre desmedida de poder y de gloria. Pero para los cristianos esto es sencillamente una contradicción, nuestra aspiración a la predicación debe ser la compasión, el deseo de servir a los demás, de bendecirlos, de acompañarlos.

El Señor nos advierte en el Evangelio, que no seamos como los fariseos, los oportunistas religiosos de su época:

“No los imiten...todo lo hacen para ser vistos por los hombres...les gusta ocupar los primeros lugares en los banquetes y los asientos reservados en las sinagogas. Les agrada que los saluden en las plazas y que la gente los llame Maestro.

Lo que es ustedes...que el más grande entre ustedes se haga el servidor de todos. Porque el que se pone por encima será humillado, y el que se rebaja, será puesto en alto”

Mt 23, 8.5-8.11-12

¡Cuánto orgullo y egoísmo hay detrás de la predicación! Y cuanto más famoso es el predicador, mayor es la tentación. La tentación de abusar del título para recibir comodidades, para ser atendidos por los demás, para viajar gratis por muchas ciudades y conocer numerosos hoteles, etc. Nos suele encantar usar esa credencial, ese distintivo que nos separa de los demás; es que ese puesto nos hace sentir diferentes del resto. ¡Qué error!, y a la vez ¡Qué horror! No tiene absolutamente nada que ver con la voluntad divina. La predicación es una oportunidad, ciertamente lo es, pero para servir a los demás, no para aprovecharnos de

ellos. Martin Luther King Jr. dijo:

“Todos tenemos la oportunidad de ser grandes, no por la fama, sino por la grandeza, y la grandeza se determina por el servicio”.

Cuidado con los aplausos

“El que se gloríe, que se gloríe en el Señor.”

1 Cor 1, 30

Un mosquito le dice a su mamá:

- Mamá, ¿puedo ir al teatro con mis amigos mosquitos?

-Sí mi amor, anda, pero cuidado con los aplausos

La recomendación de la mamá mosquito es muy apropiada para los predicadores. A veces corremos el riesgo de morir aplastados por los aplausos de la gente. Diego Torres dice en una de sus canciones:

*"Que no me pierda en el aplauso indiferente
de esa gente que aparenta conmigo.*

*Que no me pierda en un mundo que no entiende,
que ha vendido ya su alma y sentido"*

Muchas veces corremos ese gran riesgo algunos predicadores: perdernos en el éxito. Y terminamos en la vanagloria, en vez de darle la gloria de lo que hacemos al Señor. En mi caso, a medida que pasa el tiempo, siento cada vez más temor de Dios respecto del ministerio que se me ha confiado. En los últimos años se acrecentó increíblemente mi ministerio en cuanto a las invitaciones recibidas. Recibo invitaciones semanalmente para predicar en congresos o retiros nacionales de numerosos países del continente junto a los más destacados predicadores y cantantes del momento. Siento como si una

mano me estuviera levantando. El problema es que no estoy seguro de que sea exactamente la mano de Dios. Estoy convencido de que el diablo también nos lleva a lo alto de la muralla para tirarnos desde allá arriba. Es que, cuanto más alto estemos más gente tumbaremos si caemos.

Ahora bien, permíteme aclarar que Dios no tiene problema con nuestra fama, si no con nuestra gloria. Dios sí nos quiere famosos, Él quiere engrandecer nuestro nombre (Cf. Gen 12, 2), quiere que triunfemos en nuestras vidas y que tengamos éxito en lo que emprendamos, como todo padre que anhela lo mejor para sus hijos. Además, con fama, el mismo mensaje que predicamos para veinte personas lo podrían escuchar veinte mil personas. Pero Dios quiere cuidar nuestros corazones del gran peligro de perder nuestras almas en tanto éxito. Sin querer podemos caer en la trampa de olvidarnos del Dios al que le estamos sirviendo. Es tan finita la línea que nos puede hacer caer del otro lado, de quedarnos con la gloria.

Esto no quiere decir que no podemos decir "gracias" si alguien nos elogia algún mensaje que hemos realizado conscientes de que ha sido la gracia de Dios la que ha hecho maravillas. El problema es que muchas personas no tienen claro esto y ese "gracias" es una forma de afirmar que lo hemos hecho con nuestras propias fuerzas.

Cuando en vez de llevar a la gente a Dios le hacemos a la gente quedarse con nosotros, con nuestra persona, es porque hay algo andando mal en nuestro servicio. Imagínense al burro que llevaba a Jesús a la entrada de Jerusalén si hubiese pensado que las ovaciones eran para él y se hubiese parado en dos patas para recibirlas. ¿A dónde hubiera ido a parar el Maestro? Al suelo, por supuesto.

Y eso es lo que me pregunto a veces viendo algunos ministros del Señor, ¿dónde habrá ido a parar el Señor? Me da la impresión de que quedó tirado hace rato en alguna curva del camino. Me refiero a esas personas que cobran tal cantidad de plata para predicar, que piden alojarse en tal hotel, que quieren

ser únicos en el escenario, que aman el aplauso y los gritos de la gente pronunciando su nombre. Supongo que en el fondo del corazón se esconderá un fracasado artista secular que encontró la forma de ser ovacionado... "en el Señor". Y terminamos "sirviéndonos de Dios", en vez de "servirle a Dios", terminamos usando a Dios para nuestros propósitos, en vez de cumplir nosotros el propósito de Dios para nuestras vidas.

Como ésta ha sido en mi vida una de mis más grandes tentaciones, he tenido que hacer pactos con el Señor, como por ejemplo de jamás firmar un autógrafo, sino más bien poner "dedicatorias" con un mensaje de parte de Dios. Al fin y al cabo ¿de qué le serviría a la gente tener mi firma en un libro o Cd? Con terminar poniendo una dedicatoria, una palabra de bendición es suficiente. Y tengo que reconocer que no ha sido fácil.

Por eso mi oración es que me dé un corazón de mosquito... para tener siempre CUIDADO CON LOS APLAUSOS.

CAPÍTULO 9:

**LOS PELIGROS
DEL PREDICADOR**

En este último capítulo del libro veremos finalmente algunos de los tantos peligros que suele enfrentar a menudo un predicador. Tener presente los mismos, nos puede ayudar a evitar grandes frustraciones y a cometer errores graves en nuestro ministerio.

Junto a las tentaciones, existen otras debilidades que solemos tener los predicadores que, en muchos casos, parecen ser sólo errores o crisis, pero en realidad se trata de mucho más que de eso. El diablo intenta destruir nuestro ministerio sutilmente. Por eso se trata de verdaderos peligros que trae aparejado el sólo hecho de pararnos un día a predicar en público.

El peligro del estancamiento

Estancarse es decidir en algún momento dejar de crecer, dejar de prepararse, dejar de capacitarse. Muchos predicadores llegan en ocasiones a pensar que no les hace falta seguir superándose, seguir capacitándose para el ministerio, seguir nutriéndose de enseñanzas nuevas, seguir ascendiendo en la vida espiritual, seguir escuchando otros predicadores que le brinden nuevas ideas para predicar. Y simplemente se detienen en su crecimiento, quizás pensando que lo que han aprendido en el camino es suficiente.

Esto nos convierte en mediocres. Y no podemos serlo si realmente nos queremos dedicar a la predicación. Pat Riley, entrenador de la NBA dijo:

“La excelencia es el resultado gradual de siempre esforzarse por mejorar”

Cuando era más joven serví en una comunidad evangelizadora que se encargaba de dar Seminarios de Vida. Cada uno de los predicadores era experto en el tema que daban. El problema es que el tema era siempre el mismo, no se rotaban. Y escucharlos dar el mensaje era como escuchar una grabación. Volvían a decir siempre las mismísimas palabras, con los mismos ejemplos, los mismos testimonios, los mismos chistes. Como si fuera pecado salirse del “libreto”. Esto es un claro ejemplo de estancamiento.

Una maldición que los tártaros del Asia Central proferían contra sus enemigos decía: *“Que permanezcan en un mismo lugar para siempre”*. Nada de que se mueran, que les agarre una peste, o que les suceda alguna desgracia. No, que se estanquen, esa era considerada la peor maldición que podían darles.

El peligro de la costumbritis

Una de las peores consecuencias del estancamiento de un predicador es lo que yo llamo el mal de la “costumbritis aguda”. Se trata de ese mal que provoca el acostumbrarnos a hacer siempre las cosas de la misma manera, sin ser capaces de innovar elementos nuevos. Lo cual es más dañino aun cuando nuestra evangelización está dirigida a jóvenes o adolescentes.

Muchas veces la juventud se queja, audible o interiormente, de que las formaciones o evangelizaciones que reciben “son aburridas”. Y la mayoría de los predicadores, que entendemos muy bien de qué se trata la crítica, nos excusamos argumentando que *“las prédicas no son para divertirnos, sino para servirle al Señor, ¡aleluya!”*. Y lo decimos en tono militar, en tono de reto, cosa de pasarle al otro la culpa, por no ser tan “espiritual”. Pero en realidad se trata de pereza disfrazada de reverencia, porque es mucho más cómodo seguir predicando siempre de la misma manera, como lo hicimos siempre, que

invertir un tiempo para aprender nuevos métodos, más dinámicos, creativos y entusiasmantes a la hora de evangelizar.

Ciertamente no se trata de convertir el espacio de la predicación en un circo, en un show o en una fiesta de diversión; claramente que no debe ser así. Pero también es cierto que debemos entender la etapa evolutiva del sujeto al que estamos evangelizando. Les tenemos que hablar a los jóvenes de hoy, del siglo XXI, y no a los jóvenes de la época de los dinosaurios. Y esos jóvenes son los jóvenes de la cultura del zapping, de las alborotadas reuniones sociales, de las interminables caravanas, de las fiestas alocadas, de la música inspiradora, de los boliches, de las redes sociales, de la diversión permanente. Ese es el joven de hoy, estemos o no de acuerdo, nos guste o no, ese es el joven al que tenemos que evangelizar.

Ya los documentos del Magisterio y las distintas conclusiones de los obispos de distintas regiones del mundo están haciendo hincapié en esta problemática del joven al que es necesario evangelizarle en su propio lenguaje. Eso es lo que hace ya dos mil años hacía el apóstol Pablo, y que queda evidenciado cuando afirma:

“Me he hecho judío con los judíos para ganar a los judíos...me he hecho todo para todos con el fin de salvar, por todos los medios a algunos”
1 Cor 9, 19.22

El Señor odia la rutina. Date lugar para que cambien de vez en cuando algunas cosas en tu manera de predicar, no hagas siempre lo mismo, rompe un poco con el formalismo. Eso no es satánico, por el contrario, es una herramienta poderosa para captar el entusiasmo de la juventud.

El peligro de la tradicionitis

La prima hermana de la costumbritis es la tradicionitis. Uno de los principales aliados de la rutina es el estructurismo, que

consiste en asfixiar al Espíritu Santo haciendo todas las cosas de un modo estructurado, siempre igual, casi de modo mecánico, sin permitir renovaciones o cambios que favorezcan la innovación.

Hay que diferenciar aquí dos tipos de tradiciones: la Tradición de la Iglesia, que es Sagrada, por ser para los católicos uno de los elementos de la Revelación Divina. Y las tradiciones humanas, que no necesariamente son sagradas, y que no sólo pueden cambiar con el tiempo, sino que deben hacerlo para darles vida a las comunidades.

Pensemos en las renovaciones que en la Iglesia se han dado en las últimas décadas acerca de la manera de celebrar la Eucaristía, sin que el sacerdote le dé la espalda al pueblo, sin tener que ser en latín, etc. Dios no se ofende por estas renovaciones, por el contrario, es Él quien las suscita, porque favorecen el crecimiento de su Pueblo. Es el mismo Jesús el que le tomó de la mano a Pedro para que caminara por el mar, quizás para enseñarnos que si queremos ver algo “nuevo” debemos bajar del bote.

No podemos ni debemos predicar siempre igual solo “porque siempre se predicó así”. Tenemos que darnos el lujo de cambiar ciertos formatos que tal vez ya no sirven para nuestros oyentes. No hace falta que las prédicas siempre tengan la misma estructura. Algunos sacerdotes, por poner un ejemplo, fueron formados en el Seminario con una manera de dar las homilías en las que siempre, siempre hay que terminar nombrando a la Virgen María, sino se puede ofender. Entonces la citan a la fuerza, aunque no tenga nada que ver con lo que están predicando, con tal de que no termine la homilía sin nombrarla.

Debemos darle más protagonismo al Espíritu Santo, dejar que Él rompa nuestros esquemas cuando quiera y como quiera. Eso es de alguna manera lo que el Señor le enseñaba a Nicodemo cuando le decía

"El viento sopla donde quiere, y tú oyes su silbido, pero no sabes ni de dónde viene ni adónde va. Lo mismo sucede al que ha nacido del Espíritu"

Jn 3, 8

Nicodemo era del grupo de los fariseos, los cuales terminaron matando a Jesús por causa de las transgresiones permanentes que le veían realizar a cada instante a Él y a sus discípulos: no lavarse las manos, no ayunar, no respetar el sábado para hacer milagros, etc. etc. Por eso Jesús necesitaba explicarle a este hombre que necesitaba la libertad del Espíritu Santo para ser libre de las estructuras y leyes que tantas veces nos terminan ahogando. San Pablo les dice a los corintios:

"Donde está el Espíritu de Dios hay libertad"

2 Cor 3, 17

Hay evangelizadores que a veces necesitan recibir el llamado de atención que le hace Esteban a los fariseos y el cual le costó que lo apedrearan:

"...ustedes siempre se resisten al Espíritu Santo"

Hch 7, 51

Hermana/o predicador/a, debemos ser libres para dejar que haya cambios en la predicación, no te obsesiones con hacer "todo" lo que habías planificado o anotado en un bosquejo; quizás el Señor quiera hablar otra cosa ahora a su Pueblo. El Señor nos dice en la Palabra:

"Pues sus proyectos no son los míos, y mis caminos no son los mismos de ustedes, dice Yavé. Así, como el cielo está muy alto por encima de la tierra, así también mis caminos se elevan por encima de sus caminos y mis proyectos son muy superiores a los de ustedes"

Is 55, 8-9

El peligro del publicista⁵⁰

Otro peligro al cual se enfrenta el predicador es el de convertir a las piedras en pan, dándole así a la gente lo que desea y no lo que necesita. Siempre está presente en la psiquis del que predica el deseo de ser apreciado por aquellos a quienes les habla. Ese deseo puede tornarse tan fuerte que uno se hace más sensible que un sismógrafo a los gustos de la audiencia. Es en ese momento que el predicador se puede convertir en un publicista, en desmedro del rol profético que exige su vocación.

Todo lo que hacen los publicistas se reduce simplemente a convencernos de que lo que buscamos lo lograremos mejor con sus productos, sus candidatos, o sus mensajes. Cuando se presenta al Evangelio como algo que va a ayudar a las personas a tener aquello que desean, sin criticar eso mismo, se deja como un simple instrumento de propaganda. El famoso *Pare de sufrir* sirve como un ejemplo de este tipo de falsa propaganda.

En este sentido, dar a las personas lo que desean, lleva aparejado el peligro del uso exagerado de ilustraciones e historias. En el capítulo cinco quedó claro lo efectiva que puede ser una buena historia o un chiste para atraer la atención de las personas. El problema es exagerar de las mismas pensando más en el formato del mensaje que en el mensaje mismo. Hay ocasiones en que la gente se queda fascinada con el modo de hablar del predicador más que con el contenido de lo que predica en sí. No dejó un mensaje de impacto y bendición, pero el predicador quedó bien con todos.

⁵⁰ CINCO TENTACIONES QUE ENFRENTA EL PREDICADOR. Artículo disponible en www.contralaapostasia.com Publicado el 8 de Febrero de 2011. *¿Porque les gusta o porque lo necesitan?*

El peligro de la simonía

La simonía consiste en comprar o vender las cosas espirituales. Su nombre proviene de la compra ilegítima de dones que quiso realizarle el mago Simón al apóstol Pedro (Cf. Hch 8, 20). Los ministros del Señor deben dar gratis lo que recibieron gratis, según la exhortación del mismo Jesús (Cf. Mt 10, 8). Los dones son del Señor, es una grave falta administrarlos como si fuéramos los dueños. Lamentablemente en la Iglesia del Señor se dan muchos casos de predicadores que hacen de su servicio apostólico una “profesión” según la cual deberán rendir cuentas a Dios.

Cada tanto me escandalizo escuchando el precio que sale traer a tal o cual predicador a una comunidad. No por el precio de los pasajes aéreos, ni del hospedaje o alimentación. Sino por la “ofrenda” que cobra. Y lo digo con ironía, claro, porque son incompatibles ambas cosas. ¿Te imaginas a un sacerdote que le ponga precio a la homilía que da? ¿Cómo te sentirías al respecto si fueras un feligrés que tiene que pagar un monto por escuchar el anuncio que el sacerdote hace en la misa? Bueno, del mismo modo se sienten las personas que invitan a predicar a alguien y esa persona les pasa una lista de requisitos entre las cuales figura un monto determinado de dinero por prédica dada.

El predicador debe “aceptar” la ofrenda que le quieran hacer por su servicio, porque también es cierto que, según el mismo consejo bíblico: *“El trabajador tiene derecho a su salario”* (Mt 10, 10; 1 Tim 5, 18). Pero muy distinto de eso es colocar un monto al servicio de evangelización que estamos brindando. Una de las mejores enseñanzas que da un predicador no lo dice con la boca, sino con su manera de vivir, confiado en la Providencia Divina. Y por el contrario, hay predicadores que ya antes de

predicar tienen oyentes con un corazón cerrado por culpa de la simonía que practican.

Una de las promesas que le hice al Señor cuando empecé a predicar es que nunca pediría un monto de dinero por mi servicio, ni lo reclamaría en el caso de que no me den ofrenda. Eso me ha evitado frustraciones, pero a la vez me ha dado una paz enorme de cuál es el lugar que ocupó en el Reino de Dios. Pero me apenan los colegas que tengo que ponen precios bajo el pretexto de que son “artistas” y tienen que cobrar a su audiencia. Más cobarde y antievangélico aún me parece el hecho de que pongan un “mánager” como intermediario para decir los requisitos del “servicio” prestado. Pura hipocresía que solo demuestra lo perdido que está el predicador.

El peligro del sensacionalismo

Es cierto que un buen orador sabe mover el corazón, las emociones de las personas. Pero tenemos que cuidarnos del sensacionalismo. Recientemente se ha acrecentado, sobretodo en ambientes carismáticos, la noción de que las sensaciones que se experimentan miden el poder del Evangelio. Muchos predicadores miden el éxito de su predicación de acuerdo a las lágrimas o euforia de sus oyentes.

Otros predicadores, que recibieron el don de la sanidad, se basan en el impacto que causan los milagros y no en la esencia de la fe, que es el reconocimiento de Jesucristo como Señor. A propósito de ello, en una ocasión trajeron a Jesús un enfermo, al que le dijo *"tus pecados te son perdonados"* (Mt 9, 5). Los que estaban allí murmuraron, porque esperaban que lo sanase (lo espectacular), no que lo perdonara (lo verdaderamente importante). Jesús usó este acontecimiento para enseñarles que lo aparentemente sencillo era lo primordial y requería mayor poder y potestad. Una potestad que solo Dios tiene. En ese caso

recalcó que tenía el poder para ambas cosas: perdonar pecados y sanar.

Hoy día muchos escuchan el Evangelio buscando emociones, experimentar, sentir y sumirse en la euforia de eventos sobrenaturales. Por eso, algunos predicán, como decíamos en el caso del publicista, no lo que Dios quiere y como quiere que lo transmitamos, sino lo que la gente necesita y como la gente lo demande.

El gran riesgo del sensacionalista es que la gente se queda con el predicador y no con el mensaje. Por ello, quien predica la Palabra de Dios debe vivir sin procurar estallidos de adrenalina continua, sino transmitiendo la Verdad de la misma, que da frutos por sí misma, independientemente de las sensaciones experimentadas.

El peligro del llanero solitario

Jamás he visto en toda mi vida a alguien sin vida comunitaria y que esté bien espiritualmente. Y eso no excluye a los predicadores. No tener una comunidad de referencia es andar a la deriva y como presa fácil del enemigo. Necesitamos ser parte de un cuerpo, de una familia espiritual, de una comunidad que nos envíe, que interceda por nosotros, con quienes orar y compartir la Palabra. Pedro era enviado por los Doce a predicar, y Pablo por la comunidad de Antioquia (Cf. Hch 13, 1-3).

Podemos estar llenos del fuego del Espíritu Santo. Pero si perdemos el punto de referencia de una comunidad de pertenencia, tarde o temprano comenzaremos a ver menguar ese fuego, y un día nos volveremos brasas calientes, pero que alejados de las otras brasas solo tienden a despedir humo, cuando fueron pensadas para ser llama ardiente.

Una de las principales estrategias del diablo para destruir tu vida espiritual es lograr que abandones tu comunidad. Él sabe cómo hacerlo: te susurrará al oído cosas sobre tus líderes; te hará sentir de más; te dirá que no estás dando fruto, que no vale la pena seguir allí; te afinará el oído para escuchar todo tipo de chimentos que te desanimarán; te hará sentir poco valorado en tu comunidad, y por lo tanto querrás vivir predicando en comunidades que te hagan sentir bien; etc. Es que él, como buen león que es (1 Ped 5, 8), sabe que aislando a sus víctimas es más fácil atacarlas. De allí que tenemos que tener mucho cuidado con ser predicadores al estilo llanero solitario. Aislados somos más vulnerables a las acechanzas del enemigo. Y si no me crees recuerda la caída de David con Betsabé por no unirse a los demás en la guerra y quedarse solo en su palacio.

El peligro del fanfarroneo

El último peligro que quisiera nombrar es el de convertirnos en fanfarrones, personas que aparentan ser los súper ungidos predicadores intergalácticos, cuando en realidad no somos más que un simple mortal luchando con las mismas debilidades que el resto de las personas.

La intención por la cual los predicadores fanfarroneamos suele ser legítima: dar testimonio a los demás para que sean buenos cristianos. Pero en realidad es más impactante e influyente que nos vean como modelos cercanos a los cuales poder imitar. Para ello tenemos que ser humildes y dejar que conozcan nuestras luchas y debilidades; cosa difícil cuando estamos buscando que nos vean como los *predicadores súper ungidos*. Los demás están buscando vernos como personas “normales” y no como un modelo imposible de alcanzar. Quizás no tengamos perfección, pero sí credibilidad, y esto hará que nuestra influencia sea más eficaz.

Tampoco podemos simular lo que no tenemos. El apóstol Pablo nos dice que la verdadera causa por la cual Moisés usaba un velo no solo era para tapar el resplandor de su rostro, sino porque la gloria se le estaba yendo:

«No hacemos como Moisés, quien se ponía un velo sobre el rostro para que los israelitas no vieran el fin del resplandor que se iba extinguiendo»

2 Corintios 3, 13

En otras palabras, no podemos simular aquello que no tenemos solo con el afán de cumplir nuestro sueño personal. Necesitamos tener la integridad de decir: *«Señores, mi rostro ya no brilla, ya pueden mirarme a los ojos»*. En vez de eso, jugamos a simular que estamos ungidos y generamos un resplandor que ya no poseemos. La mayoría de las veces, el recurso principal es el de la mentira y exageración en nuestros relatos personales. Y ya sabemos que toda mentira está motivada por el *padre de toda mentira (Jn 8, 44)*.

Nuestro testimonio es más impactante cuando reconocemos nuestras debilidades y errores. El hecho de ser humanos significa que no somos infalibles. Todos cometemos errores a lo largo de la vida. Sin embargo, lo importante no es eliminar esos errores de nuestra vida, sino reconocerlos, aceptarlos e inclusive aprender a interactuar con ellos en nuestras predicaciones.

Permíteme darte un ejemplo concreto: Si en medio de una prédica nos equivocamos, tenemos que tomarlo con el mejor humor posible y ser sincero con la audiencia. El experto en neurociencia y oratoria Jürgen Klaric dice respecto de sus propios errores en sus presentaciones:

“A mí me pasa todo el tiempo, de pronto estoy en una conferencia y me doy cuenta de que en la presentación hay una falta de ortografía gigante. Lo peor que podría hacer es tratar de esconderla. Al contrario, lo que hago es verla, reírme y decir: “Uy, qué faltota de ortografía puse en mi presentación”. Y se acabó. Con eso la gente se ríe conmigo y además se

sienten identificados porque ellos también cometen errores y no por eso se va a acabar el mundo.

Muchas veces, en mis conferencias, yo cuento una historia de cuando cometí una gran equivocación. Y lo hago a propósito, porque sé que eso me va a ayudar a ganarme al público.”⁵¹

Un viejo proverbio dice con una certeza maravillosa:

“Aprende a reírte de ti mismo y nunca dejarás de divertirte”

⁵¹ KLARIC, Jürgen. *Neuro oratoria*. Ed. Paidós, México, 2018. *Principio siete: tus errores*.

Es TIEMPO DE **PREDICAR**

CONCLUSIÓN

Cuentan que un agricultor tenía un sembrado de flores excelentes. Cada día las enviaba de sus campos para vender en la ciudad. Y cada año ganaba el concurso a las mejores flores, despertando la admiración de todos. Un día un periodista le preguntó cómo hacía para ganar siempre el concurso, y el hombre confesó: “El secreto está en que, de cada cultivo saco las mejores semillas y las paso a mis vecinos para que las siembren”. El periodista exclamó: “¡Eso es una locura! ¿No teme que sus vecinos consigan así buenas flores?” El hombre replicó: “El viento lleva el polen de un sembrado a otro. Si mis vecinos tienen flores de mala calidad, vendrá su polen a mis tierras, se mezclará con las mías, y degradará mi cultivo. Si quiero tener buenas flores, debo ayudar a que mis vecinos también lo hagan”.

En nuestra sociedad competitiva nadie quiere compartir con los demás. Muchos profesores no enseñan todo lo que saben a sus alumnos. Muchos profesionales no revelan toda su experiencia a los aprendices. Cuántos de nosotros tenemos libros, recetas, conocimientos y prácticas personales valiosas que no revelamos a nadie. Y después nos quejamos de que los demás no están a nuestra altura. Quien quiere lograr el éxito, debe ayudar a que sus vecinos también tengan éxito. Quien quiere vivir bien, debe ayudar a que los demás vivan bien. Porque grande es aquel que para brillar no necesita apagar la luz de los demás.⁵²

⁵²ÁLVAREZ VALDÉS, Ariel. *Enigmas de la Biblia 18*. Ed. San Pablo. Bs As, 2019. “*La esposa de Poncio Pilato defendió a Jesús durante el juicio?*”

ES TIEMPO DE **PREDICAR**

Es por esa razón que he escrito este libro que acabas de leer, para compartirtelo lo poco que sé del asunto. Pero ese poco, en manos de Dios puede marcar una diferencia.

Si te has quedado con ganas de seguir creciendo y formándote en esta área, te ofrezco la posibilidad de acompañar tu proceso formativo como docente y acompañante tuyo a través de www.cursos.sower.com.ar donde encontrarás, no solo los cursos de “Formación para Predicadores” que desde hace un tiempo allí ofrezco, con videos, evaluaciones y material de formación, sino también el curso de “Liderazgo” y el de “Formación Bíblica”.

Es mi oración que este libro haya llegado a la hora indicada y a las personas correctas que sepan levantarse y entender que les llegó su tiempo de anunciar la gloriosa y siempre viva semilla de la Palabra de Dios. Seguramente nunca conoceré el alcance que tendrá este libro para todas las personas que lo lean. Pero no se nos pidió cosechar, sino sembrar. Este libro es eso: una siembra de todo lo que aprendí en mi vida sobre predicación.

Te animo a creer que Dios cuenta contigo para llevar a cabo una gran obra evangelizadora. Y todo empieza con entender que ya:

ES TIEMPO DE PREDICAR

Para comunicarse con el autor:

sebaescudero3@hotmail.com

Facebook Oficial: www.facebook.com/sebastianescuderooficial

Instagram Oficial: www.instagram.com/sebastianescuderooficial

Canal de Youtube: SebastianEscudero

Es TIEMPO DE **PREDICAR**